

# EL HOMBRE QUE EXPLICABA MILAGROS

**Dr. Fell y Sir Henry Merrivale, sagaces personajes  
creados por Dickson Carr, nos deleitan con  
ingeniosas soluciones de casos desconcertantes**

## John Dickson Carr



Lectulandia

John Dickson Carr forjó su reputación a través del arte del desconcierto. Creador de detectives tan legendarios como el escandaloso Sir Henry Merrivale y el impresionante Dr. Gideon Fell, reivindicó el rompecabezas de la «habitación cerrada» como suyo y virtualmente arrojó la llave para siempre. Ahora Douglas G. Greene ha producido, después de más de una década de investigación, la biografía definitiva de este escritor único. En ella vemos cómo, comenzando con los primeros esfuerzos de su infancia en la pequeña ciudad de Pennsylvania, Carr estaba destinado a adquirir fama como narrador. Además, John Carr (quien también escribió como Carter Dickson) sabía instintivamente que tenía una afinidad por los crímenes «imposibles» y muy precozmente se propuso explorar este fenómeno, cuyas técnicas perfeccionaría a lo largo de setenta novelas, junto con docenas de cuentos cortos y obras radiofónicas. La historia del género del misterio a mediados del siglo xx también está aquí, ya que la vida de Carr se extiende por dos continentes y las tradiciones literarias de Estados Unidos y Gran Bretaña. Sus amigos y contactos forman los gigantes del «Quién es quién en la Edad de Oro»: Dorothy L. Sayers, Ellery Queen y Agatha Christie, entre otros.

«John Dickson Carr: El hombre que explicaba los milagros» es un retrato de una época brillante en la literatura del crimen imaginativo y del hombre complejo que fue una de sus figuras clave.

Lectulandia

John Dickson Carr

# El hombre que explicaba milagros

Gideon Fell - 23

Henry Merrivale - 23

ePub r1.0

Titivillus 05.02.2018

Título original: *The Men Who Explained Miracles*

John Dickson Carr, 1963

Traducción: Ramón Margalef Llambrich

Editor digital: Titivillus

Retoque de portada: Preigad

ePub base r1.2

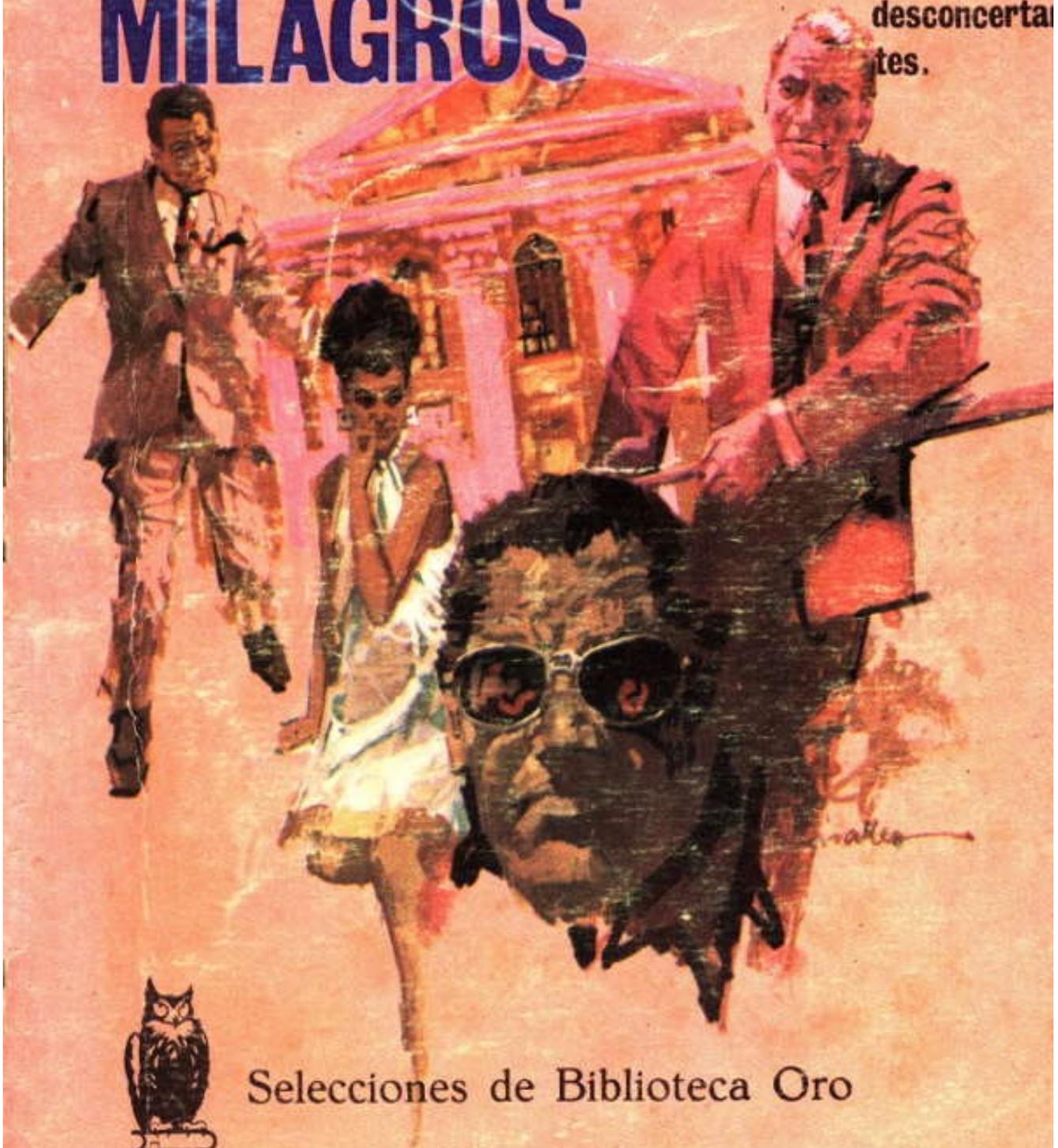
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

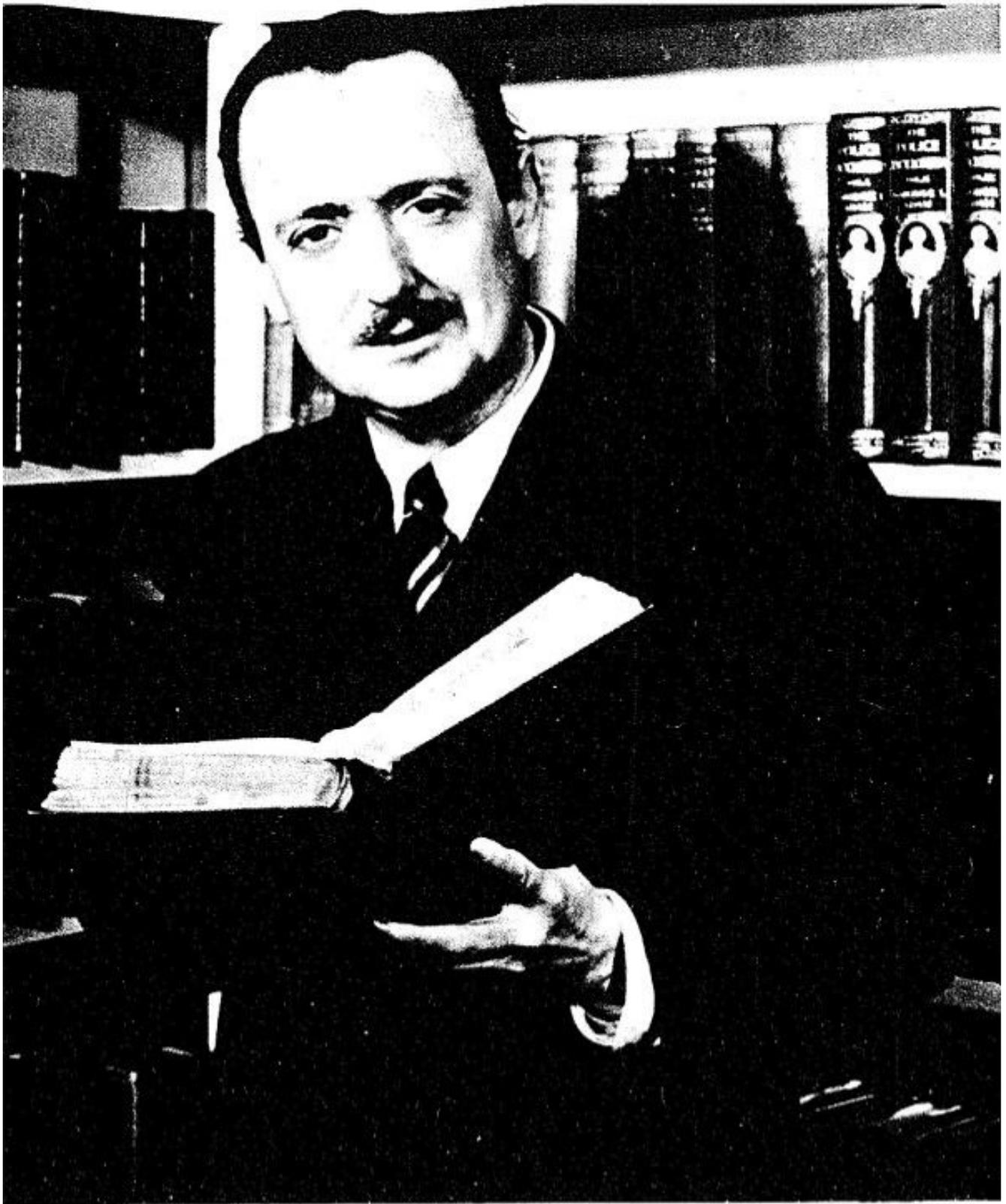
---

# JOHN DICKSON GARR EL HOMBRE QUE EXPLICABA MILAGROS

Dr. Fell y Sir Henry  
Merrivale, sagaces per-  
sonajes creados por  
Dickson Carr, nos dele-  
tan con inge-  
nias soluci-  
nes de casos  
desconcertan-  
tes.



Selecciones de Biblioteca Oro



John Dickson Carr  
CARTER DICKSON

## PRÓLOGO<sup>[1]</sup>

### CARTER DICKSON

*Entre los escritores más destacados de la novelística policíaca se halla John Dickson Carr, que utilizó para sus novelas los seudónimos de Carter Dickson y de Carr Dickson.*

*Aunque se le cataloga como escritor inglés, la realidad es que nació en los Estados Unidos de América el año 1905.*

*Su ciudad natal fue Uniontown, del Estado de Pennsylvania.*

*Sus padres fueron Waoda Nicholas Carr y Julia Carr, el primero de los cuales ocupó durante mucho tiempo el cargo de administrador de Correos de Uniontown y temporalmente, de 1913 a 1915, fué miembro del Congreso de los Estados Unidos.*

*A los ocho años, John Dickson Carr fué llevado a Washington. Mientras su padre «tronaba en el Congreso», el pequeño John, en pie sobre una mesa de la antecámara, recitaba el monólogo de Hamlet a algunos caballeros, entre los cuales se encontraban Thomas Heflin, Pat Harrison y Claude Kitchin.*

*Sentado sobre las rodillas de «tío Joe», Cannon escuchó relatos de fantasmas.*

*Sherlock Holmes, D'Artagnan y el Mago de Oz fueron los héroes de su juventud, a los que dedicaba todas las horas que podía.*

*A los catorce años empezó a escribir en un periódico cuyo hombre se desconoce. Escribía Sobre deporte, haciendo también la crónica de los Tribunales de justicia.*

*Tan desconocidos como el nombre del periódico en que hiciera sus primeras armas como escritor son los colegios en que estuvo, a excepción de la High School, que, según confesión propia, estaba orgulloso de él porque fué el único instituto en que aprendió sin cansarse.*

*Pudo haber estudiado la carrera de leyes en la Universidad de Pennsylvania, pero su dificultad con los libros frustró los designios de la familia, y se hizo periodista.*

*Otro de los grandes tropiezos de su carrera escolar fueron las matemáticas.*

*En 1920 fué al extranjero, viajando y viviendo en Inglaterra y en el continente europeo. Por esa época escribió una novela histórica, que no tuvo ningún éxito.*

*En 1930 escribió It walks by Night. Tenía entonces veinticinco años, y fué una obra que atrajo poderosamente la atención de los lectores.*

*Según el Daily News Standard, de Uniontown, de fecha 31 de agosto de 1939, John Dickson Carr visitó su ciudad natal en compañía de su esposa, oriunda de Bristol, Inglaterra. Como su hija Julia era aún muy pequeña, la dejaron en Bristol con su abuela materna.*

*John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fué honrado con la inclusión en el Detective Club.*

*Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.*

*Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fué varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.*

*J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.*

*Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.*

*Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como «H. M.» o «El Anciano».*

*La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte ha sido y es los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.*

*John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.*

SALVADOR BORDOY LUQUE

SECCIÓN DE RECLAMACIONES  
EXTRAVAGANTES

## EL «NEGOCIO» DE WILLIAM WILSON

El coronel March, de la Sección de Reclamaciones, ha recibido en su despacho de New Scotland Yard muchos raros visitantes; pero en pocas ocasiones se ha enfrentado dentro del mismo con personas de la categoría social de lady Patricia Mortlake, hija única del conde de Cray.

Hace dos o tres años, cierta agradable mañana de primavera, lady Patricia penetró en su lugar de trabajo como un verdadero torbellino. Las aletas de su aristocrática nariz palpitaban a causa de sus fuertes resoplidos. Y esto a despecho de que la joven en cuestión venía a ser en circunstancias normales una de esas damas lánguidas de ojos inexpresivos y firme mentón que míster Coward gusta de convertir en heroínas de sus obras.

—Se ha negado a rellenar el impreso oficial, señor —le dijeron con anterioridad al coronel March—. Por si fuera poco, lleva consigo un pequinés. Sin embargo, me ha enseñado una nota redactada por el comisario...

—Hágala subir —repuso el coronel.

Lady Patricia se dejó caer en una silla entre un revuelo de pieles, sin dejar de acariciar un momento a su perrito. Belleza famosa, quizás quedaba en las fotografías mejor de lo que era en realidad. Era el suyo un rostro esmeradamente retocado y la mandíbula inferior hacía pensar en la dureza de la porcelana.

Enfrentábase en aquellos momentos, según advirtió, con un hombre de aspecto afable y recia complexión (el coronel rondaba los cien kilos), unas mejillas cubiertas de pecas, ojos de suave mirar y poblado bigote. Balanceábase ante el fuego de la chimenea, calmoso, dando continuas chupadas a una breve pipa. El inspector Roberts habíase situado cerca de él, abriendo una agenda.

—Quiero que lo localice usted —dijo lady Patricia, enojada.

—¿A quién he de localizar? —inquirid March.

—A Frankie, desde luego —manifestó la visitante, impaciente—. Le estoy hablando de mi prometido. Sin duda, habrá oído hablar de él.

El coronel sintió como si un rayo de luz lo iluminara todo. Cualquier lector de periódicos se hallaba en condiciones de reconocer la reputación de que gozaba la persona del honorable Francis Hale, el más joven de los ministros del gabinete últimamente formado por aquellos días. Francis era joven. Y rico. E inteligente. Y tenía por delante un futuro esplendoroso.

Todo cuanto podía decirse de él era bueno. Francis Hale actuaba siempre correctamente, incluso en lo tocante a su decisión de prometerse a la empobrecida hija de un par arruinado. Era un individuo abstemio, un hombre que no fumaba, un

sujeto de vida casi dolorosa de puro austeridad. Para su fuero interno, el coronel March lo juzgaba un «muerto».

—Por lo que a mí respecta debo decirle que he terminado con él —declaró lady Patricia fríamente—. ¿Qué no habré hecho yo por ese hombre? ¡Todo, todo! Le busqué amistades propicias, lo introduje en los sitios más convenientes, le procuré las relaciones más beneficiosas... ¡Y no me tengo por una mujer tolerante! Ahora bien, no puedo perdonar que en ese banquete de la corporación pronunciase un discurso hallándose como se hallaba completamente bebido, ciego por efecto del alcohol...

El coronel March no era hombre que se sorprendiese fácilmente. Esta vez, sin embargo, estuvo a punto de delatar su asombro.

Hubo un nuevo y furioso revoloteo de pieles. Lady Patricia, entonces, continuó hablando:

—¿Para qué vamos a hablar de esa tunante pelirroja con la que actualmente se deja ver en público? ¡Esto sí que colma la medida!

El coronel tosió discretamente.

Disimuló su gozosa sonrisa con mucha dificultad. Seres humanos de contextura normal experimentan una culpable sensación de placer cuando ven a uno de esos hombres que pasan por la vida como si estuviesen hechos de cartón, ceder ante lo que para todos es piedra de toque de cotidianas debilidades. El coronel March no constituía precisamente una excepción de la regla general. Dándose cuenta de que lady Patricia lo observaba, optó por guardar silencio. Ella no era tonta.

—Usted se preguntará —prosiguió diciendo—, qué interés puede ofrecer esto a la policía.

—Ya que hace tal suposición...

—Me imagino que a la policía ha de interesarle saber que Frankie ha desaparecido. Sí, coronel. Ha dejado su despacho sumido en la mayor confusión, en un momento crítico. Se fue sin dar a mis padres ninguna explicación, sin decirme a mí una palabra. Es posible que le agrade enterarse también de que se esfumó misteriosamente de esa horrible oficina de Piccadilly, donde sólo Dios sabe qué ha venido sucediendo...

El coronel March miró muy serio a su visitante.

—Continúe.

—Se ha estado conduciendo de una manera muy extraña —añadió lady Patricia— en el transcurso de este último mes. Desde la primera vez que vio esto, concretamente.

Lady Patricia se sacó de debajo del abrigo un ejemplar de una revista semanal famosa, de las de tipo conservador, caracterizada por su formalidad. Cuando la hubo abierto buscó la página destinada a los anuncios. La roja uña de su dedo índice señaló uno impreso en negritas. Rezaba el mismo, simplemente:

*William y Wilhelmina Wilson. 250-A, Picadilly.*

Nada más.

—Este anuncio ha aparecido solamente en las mejores publicaciones —insistió la dama—. Cada vez que Frankie lo leía parecía ir a perder la cabeza.

March frunció el ceño.

—¿A qué se dedican William y Wilhelmina Wilson? —inquirió.

—¡De eso se trata, señor mío! ¡No lo sé!

—Pero, bueno, si el suyo es un negocio legítimo estará registrado oficialmente.

—No; no hay nada de eso —la dama adelantó el labio inferior, desafiante—. Bien... Verá usted. Contraté los servicios de un detective privado para que vigilara a Frankie. El hombre me ha comunicado que se dedicaban a vender aspiradores de polvo.

El inspector Roberts, desesperado, había dejado de tomar notas hacía minutos. No obstante, el coronel March seguía escuchando con evidente interés las palabras de lady Patricia. Reanudó su rítmico y cachazudo balanceo ante el fuego de la chimenea, dando nuevas chupadas a su corta pipa.

—Todo comenzó cierta tarde, con ocasión de estarle yo esperando dentro de un coche y frente a la Cámara de los Comunes. Se plantó en la parte alta de las escalinatas, charlando interminablemente con ese terrible miembro del partido laborista que se llama... no sé cómo. No paraba de hacerle gestos desde el vehículo, sin que lograra atraer su atención. Por fin, condescendiente, se avino a unirse a mí, no sin mirarme de un modo extraño, tras lo cual ordenó al chófer que se detuviera en el primer quiosco que encontráramos al paso. En él compró un ejemplar de esta revista.

Lady Patricia señaló con un expresivo ademán la publicación.

—No supe qué miraba en ella... Me di cuenta, sin embargo, de que le sucedía algo. Le pregunté si realmente le inspiraba interés lo que estaba haciendo por él. Para aquella noche había organizado yo un concierto de música de cámara a base del Trío Julio, cuyos componentes ejecutarían diversas selecciones de obras de autores modernos. Entonces, Frankie respondió...

—¿Qué? —apremió el coronel.

—... respondió: «¡Al infierno los autores modernos!». No estaba bien que se expresara así. El Trío Julio ha causado verdadero furor esta temporada en los medios musicales.

—¿Sí?

—Después lo sorprendí en el instante en que recortaba ese anuncio del semanario. La cosa carecía de importancia y olvidé el incidente. Pero hace una semana tan sólo lo vi haciendo idéntica operación con *The Times*. En consecuencia —agregó lady Patricia—, decidí averiguar quiénes eran «William y Wilhelmina Wilson» realmente. Ayer les visité.

Los ojos de la joven tomaron una expresión astuta.

—Sean quienes sean —añadió pensativa—, se ve que manejan dinero. Yo esperaba encontrar una oficinita de mala muerte en cualquier tenebroso rincón de la

zona. Pues bien, no ocurrió nada de eso. Mi querido amigo: la oficina está enclavada en un moderno bloque donde radican numerosas entidades comerciales de distinto tipo, frente a Green Park. Ambiente de negocio: he aquí lo que no acierto a comprender. Se utiliza el ascensor para subir hasta el piso y entonces usted llega a un enorme corredor de mármol y a una puerta de cristales en la que se lee «William y Wilhelmina Wilson».

La expresión de lady Patricia en estos momentos era de ira. Intentaba por todos los medios disimularla. Guiada repentinamente por sus instintos maternos levantó al pequinés hasta la altura de sus ojos, agitándolo cariñosamente al tiempo que adelantaba hacia el animal sus labios. El perrito sacudid la cabeza para apartarse unos pelos de los ojos y miró a su dueña con ojos de cansancio, al parecer.

—Abrí la puerta —siguió explicando lady Patricia—, encontrándome en una gran sala de espera. Vi unos bronces de buena calidad y varios grabados al aguafuerte. Di unos golpecitos en la puerta. No me contestó nadie. Repetí los golpes sobre una mesa. Nada. Cuando ya no sabía qué hacer... mi *Flopit* empieza a husmear... ¡Oh, mi precioso *Flopit*...!, y se sitúa ante una segunda puerta, poniéndose a ladrar.

La dama suspiró.

—Abrí aquella otra puerta. Era la de un despacho, el que podía corresponder a una secretaria. En el centro de la habitación había una gran mesa y una butaca detrás de ésta. En la butaca, se encontraba Frankie, mi Frankie. Y sobre sus piernas, con los brazos alrededor de su cuello, habíase sentado una pelirroja sinvergüenza de unos diecinueve años de edad.

La tos del coronel March se alargó tanto, fue sofocada de tal manera, que un espectador imparcial hubiera descubierto algo extraño en aquélla. A lady Patricia no se le escapó el detalle, desagradándole bastante. Pero, en fin, tenía que seguir hablando.

—¿Eh?, ¿qué le parece? He dicho ya que soy tolerante. Sin embargo... Mi querido coronel: la sangre me hervía. Yo echaba fuego. Guardé silencio, no obstante. Cogí a *Flopit* por su delicado cuello y salí del despacho dando un tremendo portazo. Crucé la sala de espera y me planté en el pasillo.

»No fui lejos... Después de todo, Frankie es bueno. Claro que no porque sea muy rico está autorizado a gastar su dinero en una desconocida, exponiéndose a que ella se lo saque todo mientras que yo... yo... Yo, mi querido coronel, he trabajado lo indecible por ese hombre, deseosa siempre de llevarlo adelante. Sí. Me he esclavizado por Frankie.

»Aguardé unos momentos frente a la puerta. Finalmente, decidí volver a entrar, enfrentándome con ellos. Penetré en la sala de espera nuevamente. Entonces me encontré allí con un señor ya entrado en años, muy bien vestido. Tenía un aspecto bastante distinguido. Era calvo; sólo conservaba ya unos cuantos cabellos blancos en las sienes y la nuca. Estos últimos, muy rizados, le tocaban el cuello de la camisa.

»—¿Puedo servirla en algo, señorita? —me preguntó.

»—¿Quién es usted? —le pregunté yo a mi vez.

»—William Wilson, para servirla. ¿Ha sido usted citada aquí?

»Lo dejé helado. Le dije que deseaba ver al señor Hale. El hombre enarcó las cejas, contestándome que Frankie no se encontraba allí, que no había oído hablar jamás de ningún señor Hale, que no entendía una sola palabra de lo que decía... Le indiqué que suponía que tampoco sabría nada acerca de una pelirroja. Mostróse sorprendido entonces de veras, manifestando que se imaginaba que me estaba refiriendo a la señorita Wilhelmina Wilson, su sobrina y secretaria (¡quién lo hubiera dicho!), insistiendo que ignoraba cuanto al señor Hale pudiera referirse...

»Bueno. ¡Aquello era ya demasiado, coronel! Di unos pasos y abrí la puerta correspondiente al despacho en que viera a Frankie antes. Frankie no se encontraba allí; la pelirroja sí, en cambio. Hallábase de pie, delante de otra puerta de menor tamaño que conducía a una especie de guardarropa. Su gesto era el de una persona culpable... La empujé, echándola a un lado y miré dentro del cuarto, pero...

Lady Patricia Mortlake tragó saliva.

—Pero... ¿qué? —inquirió el coronel March.

—Frankie no estaba allí.

—¿No estaba dentro del guardarropa?

—No se encontraba en ninguna parte —replicó la joven, alzando los hombros—. Sólo había otra habitación, un gran despacho desde el cual se dominaba Piccadilly, en el cuarto piso. En el no se escondía nadie porque lo registré. Y aquella oficina no tiene otra salida que la del pasillo principal, donde yo estuve parada unos momentos. Frankie no estaba allí. En cambio, vi sus ropas.

—¿Cómo?

—Vi sus ropas y efectos personales, esto es; su traje, su reloj de pulsera, la agenda, cartera y diversos papeles, un llavero y la pluma estilográfica que le regalé el día de su cumpleaños. Estas cosas sueltas habían sido guardadas en un cajón. Tropecé con las ropas de Frankie, pero no con él. Y desde entonces nadie le ha puesto la vista encima. Bien. ¿Sigue usted preguntándose por qué he venido aquí?

Hasta aquel momento el coronel March había estado escuchando a lady Patricia con cierto aire indulgente. Ahora frunció el ceño.

—A ver... Permítame que me haga cargo de la situación —dijo con voz ronca—. Usted sostiene exactamente que ha desaparecido, ¿no?

—¡Sí!

—¿Y no pudo haberse escabullido por alguna parte mientras usted inspeccionaba otros rincones de las oficinas?

—¿En paños menores? —inquirió Patricia, tajante.

Se produjo una pausa.

—¡Frankie! —la exclamación fue como un doloroso ¡ay!—. Tenía que ser Frankie quien hiciera esto. Desde luego que pudo haberse escabullido aprovechando un descuido mío. Existe la posibilidad de que saliera por un ventana, descendiendo

hasta la planta baja agarrándose sucesivamente a los salientes de la fachada, como si fuera un auténtico «hombre araña». Ahora bien, ¿en paños menores? —recalcó de nuevo lady Patricia—. ¿Frankie iba a hacer eso?

—¿Y si disponía allí de otro traje?

—¿Para qué iba a tener allí otro traje? —preguntó lady Patricia, más tajante que nunca.

No es frecuente que el coronel March se vea parado en seco. No; no es corriente que alguien le salga al paso, impidiéndole seguir adelante. Sin embargo, esto le pasa a veces, de tarde en tarde. Ahora vivía una de aquellas ocasiones.

—¿Y qué ha hecho usted desde entonces?

—¿Qué podía hacer? No está en su piso, no se encuentra tampoco en su casa de campo... Ninguno de sus amigos, ni siquiera su secretario particular, parece conocer su paradero en la actualidad. Yo me lancé incluso detrás de ese laborista terrible a que aludí antes, quien se ha relacionado últimamente mucho con Frankie. Pensé al hablar con él que iba a reventar de risa. No obstante, me juró que no sabía dónde se hallaba mi prometido.

—¡Hum!

—No podemos dar publicidad a este episodio, ¿comprende? Sería horroroso. Usted se convierte ahora en la única esperanza que nos resta. ¿No se ha hecho todavía con ninguna hipótesis?

—¡Oh, las hipótesis! —exclamó el coronel March, agitando un brazo, irritado—. Podría elaborar media docena de ellas, si bien ninguna explicaría la principal dificultad. Vamos a suponer que William y Wilhelmina Wilson han asesinado al señor Hale, ocultando seguidamente el cadáver; supongamos que existe una tremenda conspiración contra él de carácter político; imaginemos que Francis Hale ha adoptado un disfraz y que se esconde tras la apariencia del viejo caballero de blancos cabellos y distinguido aspecto...

Lady Patricia irguió el busto de pronto.

—Cabe otra suposición más disparatada: que echase a andar por calles y plazas vestido, únicamente con su ropa interior... Sí, amiga mía, son muchas las cosas que cabe imaginar. Ninguna de ellas, con todo, resolverá para mí el punto que me extraña más.

—¿Cuál?

—¿Qué actividad desarrollan William y Wilhelmina Wilson? —preguntó el coronel—. ¿Se le Ocorre alguna idea, Roberts?

—Pues... —Roberts vacilaba.

—Vamos, vamos, ¡le escucho!

—Mire, señor... Aquí lo interesante es esto: ¿habrá desaparecido el señor Hale voluntariamente o no? Yo me inclino por lo último.

—¿Por qué?

—Piense en sus efectos personales; en el reloj, en la cartera, en las otras cosas. Si

usted pensara esconderse en alguna parte, ¿no sería todo eso lo primero que se llevara? No creo que se propusiese fingir un suicidio o algo por el estilo. Hay un momento en que lo vemos cómodamente instalado en esa oficina, con la joven pelirroja sentada encima de sus piernas —Roberts tosió, apurado, apartando la mirada de la visitante—. Luego, de pronto casi, se esfuma. Esto es lo que menos me agrada.

El coronel March emitió un gruñido.

—Y, sin embargo —prosiguió diciendo Roberts—, si esa pareja se ha deshecho de Hale, no se me alcanza el cómo ni el porqué de su acción. Éste parece un asunto de Edgard Allan Poe.

Roberts guardó silencio debido a que acababa de sorprender una curiosa expresión en el rostro del coronel March. Era igual que si le hubiesen atizado en plena nuca un fuerte golpe con un palo...

—¡Santo Dios! —musitó con voz fantasmal—. ¿Podría ser eso?

—Podría ser... ¿qué? —inquirió lady Patricia.

—El nombre... —el coronel March parecía estar monologando—. El nombre podría ser una coincidencia. De otro lado resultaría infernalmente justo, lógico: tendría el sello de Wilson —volvióse hacia lady Patricia—. Dígame usted: ¿aguanta bien Francis Hale las bebidas alcohólicas?

La joven le dirigió una inquisitiva mirada.

—¡No sé qué demonios está usted hablando, señor!

—Sí, sí lo sabe —el coronel se irritaba con facilidad—. Usted me dijo hace un rato que Hale, en un momento de debilidad se emborrachó, cuando el banquete de la corporación. ¿Qué es lo que bebió?

Lady Patricia dejó de estar boquiabierta.

—Bebió de todo, indudablemente —respondió la joven—. Comenzó por las combinaciones y terminó con el coñac. Cuando se dio cuenta ya no se podía tener en pie. Mi padre estaba indignado.

—¿En qué forma le afectó el alcohol? Me refiero, naturalmente, a Hale.

—Todos dijeron que no había improvisado nunca un discurso tan bonito como el que entonces pronunció. Verá usted... Él lo había preparado, escribiéndolo, pero a la hora de recurrir a las cuartillas mezcló torpemente éstas, de modo que lo suyo fue en realidad una improvisación, la cual a los que conocían el discurso se les antojó horrible. Los demás no parecieron advertir nada anómalo e incluso celebraron sus frases. Menos mal, porque...

El coronel March se frotó las manos. Sentíase complacido. Absorto en sus pensamientos, sus labios se habían dilatado en una franca sonrisa que amenazaba la estabilidad de la pipa. Seguidamente se aproximó a su visitante, a la que tocó en un hombro.

—Váyase a casa, lady Patricia. Váyase a casa, tome una aspirina y deseche toda preocupación. El inspector Roberts y yo vamos a visitar a los Wilson. Tengo razones que me permiten pensar en el hallazgo de una salida a la presente situación.

Efectivamente, creo poder decirle que me encuentro en condiciones de adivinar...

—De adivinar... ¿qué? —inquirió lady Patricia, dejando el perro en el suelo.

—La actividad real de William Wilson —manifestó el coronel March.

Un ascensor de marcha extraordinariamente suave los dejó en el cuarto piso de la casa en cuyo portal aparecía el número 250 A, en Piccadilly. Flotaba una calma especial por aquellos corredores y vestíbulos de mármol, algo impalpable que recordaba el interior de un templo. Los nombres *William* y *Wilhelmina Wilson* se veían dibujados sobre la puerta de cristal, en negros caracteres, todo tan discreto como si se tratase de una tarjeta de visita. El coronel March empujó aquella, haciendo una seña al inspector Roberts para que le precediera.

La sala de espera se hallaba delicadamente iluminada y alfombrada. En una mesita de centro veíanse unas cuantas revistas esparcidas, para solaz de los que en la habitación habían de aguardar el momento de ser atendidos. El inspector Roberts se preguntó qué podían esperar allí los visitantes. Detrás de la mesa de la recepcionista, en el extremo opuesto del cuarto, se encontraba sentada una joven de rojos cabellos, pequeña y esbelta. En aquel instante paseaba su mirada por las páginas de una revista semanal ilustrada.

—¿La señorita Wilson? —inquirid el coronel March.

—Usted dirá —contestó la señorita con cortés viveza.

—Desearía hablar con su tío.

March dejó sobre la mesa su tarjeta oficial.

Durante unos segundos, la señorita Wilson contempló con gravedad el rostro del coronel, dedicando también varios más a la menuda cartulina. Al inspector Roberts no le extrañó nada que el frígido Francis Hale se hubiese «colado» por la señorita Wilson. Ésta se hallaba en posesión de unos ojos muy azules y de cierto aire de engañoso recato, aparte de que a su boca hubiera podido aplicársele el calificativo de generosa...

Pero si Roberts esperaba sorprender en la chica un gesto de culpabilidad o, al menos, de nerviosismo, quedó defraudado. Lo que iluminó su rostro fue una sonrisa de casi burlona alegría, que ella, instantáneamente, hizo desaparecer de aquél.

—Mi tío ha estado esperándole —admitió—. ¿Quieren hacer el favor de pasar al despacho?

Los tres cruzaron la oficina con la secretaria —en la que vieron la mesa famosa, con el no menos célebre sillón giratorio—, penetrando en una tercera estancia desde la cual se dominaba Piccadilly. Aquí, tras otra mesa, descubrieron a un anciano caballero que tenía las maneras de un cardenal. Su brillante calva estaba orlada por una masa de blancos cabellos, rizados en la parte de la nuca, en la cual alcanzaban el immaculado cuello de la camisa. Cabalgaban sobre su nariz unos quevedos. Había estado examinando un montón de fotografías. Dio la bienvenida a March y Roberts cortésmente.

—Como ya les ha dicho mi sobrina, les estaba esperando. Hagan el favor de

tomar asiento, caballeros. Tú, Wilhelmina, es mejor que te quedes.

—En ese caso —manifestó el coronel March—, no me andaré con rodeos. Desde luego, usted no se llama en realidad Wilson, ¿verdad?

El señor Wilson hizo lo mismo que si se hubiera sentido dolido ante aquella pregunta.

—Naturalmente que no. Éste es mi nombre comercial. Se trata —dijo moviendo expresivamente una mano; como para captar una idea—, de un toque de fantasía, si usted quiere llamarlo así.

—Sí. Es lo que en seguida me imaginé, nada más adivinar el carácter de su negocio.

Ahora el señor Wilson se sintió auténticamente molesto.

—¿Ha dicho «negocio»? —preguntó en tono de protesta—. Pero, ¡mi querido señor! ¡Nada de eso! En justicia hay que calificar mi actividad de servicio, un servicio en gran escala. En fin de cuentas, soy un hombre moderno que cubre una necesidad actual, habiéndome puesto a la disposición de quienes deban atenderla.

—¿No le da miedo que yo ponga ahora mismo las cartas boca arriba?

El señor Wilson se permitió una leve sonrisa.

—En absoluto. Si usted llegara a mirar esas fichas —indicó señalando unos archivadores alineados junto a una de las paredes del despacho— y viera los nombres ilustres que las encabezan, no se habría expresado en tales términos. Tengo un cliente, por ejemplo... Pero, bueno, hay que ser discreto... —el señor Wilson volvió al tema de poco antes—. ¿«Negocio»? ¡No, no, qué va! Lo mío es un servicio, como ya le señalé. ¡Pero si incluso llego a veces a considerarme a mí mismo un auténtico bienhechor!

El inspector Roberts era un hombre paciente. En su calidad de ayudante del coronel March era forzoso que fuese así. Ahora bien, la excitación que produce la curiosidad tiene sus límites, hasta cuando el afectado es un dócil subordinado.

—Señor —medió de repente—, esto se me hace irresistible. Antes de que me desoriente por completo y para siempre, ¿quiere usted decirme qué pasa, aquí? ¿A qué se dedica este hombre? ¿Por qué ha adoptado el nombre de Wilson?

Las tres personas restantes miraron a Roberts. Wilson chasqueó la lengua con aire de reproche; su sobrina sonrió; el coronel March no alteró su gesto.

—Este caballero se llama a sí mismo William Wilson —replicó el jefe de Roberts—, de acuerdo con la obra de ese título, que fue escrita por Edgard Allan Poe, como usted sugirió, indirecta y oportunamente, ¿no se acuerda? ¿Conoce el argumento de aquélla?

—Al menos no lo recuerdo.

—William Wilson —explicó el coronel— se encontró consigo mismo. Roberts parpadeó.

—¿Que se encontró consigo mismo?

—Se encontró con su propia imagen —declaró el coronel March, poniéndose

cómodo en su asiento—. La verdad es que este señor aquí presente, Wilson, me inspira una gran admiración. Es el propietario de una agencia única. Se dedica a proporcionar a hombres y mujeres eminentes sus dobles, a quienes utilizan los personajes célebres en sus apariciones en público de escasa trascendencia. De esta manera, la «figura» de turno puede quedarse tranquilamente en su casa, entregada a sus quehaceres.

El señor Wilson se inclinó sobre la mesa, declarando muy formal:

—Se quedarían ustedes sorprendidos si llegaran a comprobar la enorme demanda que registran nuestros servicios. Limítense a considerar lo que es la vida de un hombre público... Cuando lo lógico es que ande entregado a su trabajo, sus admiradores o seguidores le obligan a que se deje ver en público, cosa con la que, generalmente, no gana nada. Lleva a cabo continuas visitas de inspección; coloca innumerables primeras piedras; hace acto de presencia en las reuniones de las madres de familia... Entre las personas que con él toman contacto en tales ocasiones hay pocas que lo hayan visto antes y muchas que no tornarán a verlo jamás. Un buen doble, entonces...

El señor Wilson suspiró, un tanto entristecido.

—Creo que la idea no es mía —prosiguió diciendo—. Fue ensayada hace varios años por un americano eminente. Sencillamente: el hombre no podía resistir los apretones de manos.

Wilhelmina Wilson hizo una demostración de lealtad.

—En cambio, tú fuiste el primero en ver las posibilidades comerciales de este asunto —proclamó, sentándose en el borde de la mesa de su tío, como si se aprestara a defenderlo contra cualquier supuesto ataque. En cierto modo destruyó el efecto de su gesto al guiñar un ojo al coronel March.

—Gracias, querida.

El señor Wilson se volvió hacia sus visitantes.

—Nuestros honorarios, por supuesto, son muy elevados —explicó en tono de excusa—. Ahora bien, ustedes no tienen idea de las dificultades con que tropezamos en nuestro trabajo. Una vez tuve que trasladarme nada menos que a África del Sur para localizar un doble pasable de... Bueno, bueno, no hay que ser indiscretos —el hombre cerró los ojos, sonriendo feliz—. Y luego hemos de ocuparnos de la forma de hablar del individuo, de su tono de voz, etcétera. Hay una época que se destina al adiestramiento. En conjunto, yo me siento satisfecho de mis realizaciones. La próxima vez que vayan al cine y vean un noticiario, ¡abran los ojos! Es posible que descubran algo sorprendente.

El inspector Roberts volvía a respirar normalmente.

—Entonces... el señor Hale... —comenzó a decir.

—¡Ah, sí! —exclamó el dueño de la agencia, frotándose las reseca palmas de las manos y frunciendo el ceño al fijar la mirada en el coronel March—. ¡El señor Hale! Me imagino que usted observaría una discrepancia cuando el doble del señor Hale, un

joven actor que promete mucho, Gabriel Fish, se emborrachó durante la celebración de un banquete...

—Probablemente, no se trataba de la discrepancia a que usted alude... A propósito: ¿no fue esa una temeridad por su parte?

—Quizá —admitió el señor Wilson, serio—. Era el menor de dos males. Mire... De haber sabido nosotros que la prometida del señor Hale iba a estar presente, habríamos optado por evitar el riesgo. Pensamos que en caso de que Fisk cometiera algún desliz habría de disponer de una excusa a mano que lo justificara. El señor Hale es un auténtico abstemio. Sin embargo (eso es lo que yo pienso), hasta un convencido abstemio puede llegar a cambiar de opinión.

El coronel March dejó oír una risita.

—Un abstemio, efectivamente, puede cambiar de opinión, pero no es capaz de alterar su sistema digestivo. Es materialmente imposible que haga los honores a una larga lista de vinos que comienza con las combinaciones y termina con el coñac sin exponerse a caer enfermo o a quedarse dormido. En el individuo que no ha tomado nunca una bebida alcohólica en su vida sostengo la existencia de una imposibilidad física. Cuando tuve noticia de ese pequeño episodio me dije: «Es una prueba de resistencia, pero... el autor de ella no ha sido Hale». Y, hablando de su prometida...

Wilhelmina Wilson irguió los hombros.

Durante todo el tiempo que duraba aquella conversación, en varias ocasiones, había hecho gestos significativos: los normales en una persona que se dispone a hablar. Continuaba sentada en el borde de la mesa de su tío, contemplando cavilosa la punta de uno de sus zapatos. Al hablar el coronel, la joven miró a su tío con una elocuente expresión de súplica en sus ojos.

Pero el señor Wilson permaneció impertérrito.

—¡Ah, sí! Usted quiere referirse, sin duda, a ese desventurado incidente de ayer por la mañana.

—¿Qué es lo que hubo desventurado en él? —preguntó la chica, repentinamente irritada.

—¡Silencio! —dijo su tío, levantando un dedo. El hombre parecía afligido—. Ha de saber usted, coronel, que mi sobrina es demasiado... impulsiva. Igual que su pobre madre, mi hermana. Por añadidura, siente una gran debilidad por el joven Gabriel Fisk.

»¿Comprende usted lo sucedido? Espero que sí. Ese traje, la cartera, el reloj y lo demás, nada tienen que ver con el caso. El señor Hale nos proporcionó un duplicado de cada uno de sus efectos personales; Yo soy un artista, señor. O bien, no soy nada. El traje y los otros objetos no han sido usados\_ por espacio de una semana. Fisk dejó la ropa ahí, en el armario, una vez se hubo cambiado, tras haber asistido a la exposición floral de Muswell Hill, hace unos siete días.

»Ayer, Fisk, vestido con su traje de costumbre, se presentó aquí en demanda de instrucciones. Él y mi sobrina... —el señor Wilson tosió—. Fue una pena que lady

Patricia Mortlake entrara en el despacho... cuando entró. Fisk, ni que decir tiene, se esfumó en cuanto ella hubo vuelto la espalda. Desgraciadamente, lady Patricia es una mujer de carácter. Registró el piso, localizó el traje y comenzó a sospechar... ¡qué se yo! ¡No quiero ni pensarlo!

—¿Y qué me dice de Hale? —inquirió el coronel March sin parpadear—. Me refiero al auténtico Hale. ¿Dónde para ahora?

El señor Wilson tornó a hablar en el tono de excusa de antes.

—Está en su casa de campo. Debe de haberse tapado hasta la cabeza con las ropas de su cama, esperando que se le ocurra una idea para explicar su supuesta conducta. Mucho me terno que lady Patricia siga disgustada, aunque él cuente la verdad. Y por lo que a mí respecta... ¡ejem...!, me parece que voy a perder un cliente. La vida — consideró el señor Wilson moviendo la cabeza— no es nunca nada fácil.

—Cierto.

—En todo caso, ¿accederá usted a respetar nuestro pequeño secreto? Nuestro «negocio», como prefiere llamarlo...

El coronel March se puso en pie. Su figura, siempre impresionante, parecía llenar ahora la habitación. Se puso su sombrero, más inclinado de lo que resultaba correcto, y cogió el bastón, de empuñadura de plata. Su rostro, cubierto de pecas, se veía encendido en aquellos momentos.

—La verdad es que no me es posible hacer otra cosa. Me ha podido usted. Creo haber comprendido la situación planteada al pensar que si su «negocio» fuese conocido por todos, peligrarían las reputaciones de la mitad de los hombres públicos de Inglaterra. No hay que dar tal paso. La gente no quiere que los personajes que crea la engañen. ¡De acuerdo! ¡Que sea así! En consecuencia, si la señorita Wilson atestigua la verdad de la presente historia...

—Sí —manifestó la joven, con la mirada fija en el suelo.

—Pues ya no hay nada más que decir. Señor Wilson, ¡que usted lo pase bien!

—Lo mismo le deseo, coronel March —respondió radiante el aludido—. Wilhelmina querida: ¿tienes la amabilidad de acompañar a estos caballeros para mostrarles la salida?

Wilhelmina hizo lo que se le había pedido. La joven no parecía estar muy contenta. Pero por vez primera se notaba en sus modales cierto nerviosismo. En la oficina exterior se detuvo de pronto y girando en redondo se enfrentó con March y Roberts.

—Usted, coronel... —Wilhelmina comenzó a hablar en un tono explosivo. Súbitamente se interrumpió para echarse a reír... o a llorar. March no supo a qué atenerse—. ¿Qué es lo que está pensando?

—¿Qué estoy pensando? —repitió el coronel, adoptando una expresión muy ingenua.

—Sí, sí... ¡Usted ha estado pensando algo! No he tenido más que mirarle la cara. ¿Qué ocurre? ¿Sigue sin dar crédito a nuestra versión de los hechos? Le juro a usted

que ese traje y las demás cosas no han sido tocadas para nada desde hace una semana.

—¡Ah, vamos! Se trata de eso, ¿no? —replicó el coronel, como si repentinamente hubiera visto claro—. He creído lo que me han dicho.

—Entonces, ¿qué era lo otro? ¿En qué estaba usted pensando? —insistió la muchacha.

—Bueno —respondió el coronel March—, puesto que me lo pregunta se lo diré: pensaba en el perro.

—¿En el perro? —inquirió la chica, desconcertada.

—En el perro de lady Patricia Mortlake, un animalito sobre el cual se podrían decir algunas cosas. A mí no me gustan los pequineses, ¿sabe? —el coronel March adoptó una actitud reflexiva—. El perro en cuestión, según observé, tenía una cualidad. *Flopit* no mostraba el menor interés por los desconocidos. Estoy seguro de que si fuera mostrado a todo el personal de Scotland Yard, no se molestaría ni en abrir un ojo... No había ni que pensar, desde luego, en que ladrara. Es uno de esos canes que únicamente ladran cuando huelen o *sienten* a alguien que conocen perfectamente. De manera que si fue Gabriel Fisk quien estuvo con usted aquí ayer, yo me pregunto ahora por qué razón *Flopit* armó el pequeño escándalo que vino a ser la causa de que lady Patricia Mortlake se fijara en ustedes dos.

Los azules ojos de la muchacha no se apartaban un momento del rostro del coronel. Se había quedado muda. March agregó sonriente:

—No se lo deje —esto fue pronunciado en voz muy baja—. A él le irá usted mejor que esa dama gruñona de alta alcurnia que no piensa más que en planear su vida con arreglo a cánones fijos y previstos, sin el más leve margen de libertad.

—Frank Hale y yo estamos en relaciones desde hace bastante tiempo —confesó la joven—. Me figuré, sin embargo, que lo favorecería diciendo...

—¿Por qué han de mentir usted y su tío? ¿Para dar gusto a lady Patricia? —preguntó el coronel—. Por lo que a Hale atañe, ya me doy cuenta de que tiene calidad humana todavía. A su lado, quiéralo Dios así, se convertirá en un hombre de estado. Buenas tardes, señorita Wilson. Vámonos, Roberts. Hemos de ocuparnos de otras reclamaciones tan extrañas como esta.

## EL PISO VACÍO

De nuevo volvía a oír aquella maldita radio. Chase dejó encima de la mesa la pluma. Durante unos minutos había tenido una ligera noción de que ocurría algo anormal no sabía dónde. Súbitamente, advirtió que, procedente del piso inferior, llegaba a sus oídos un ruido insoportable; Puede que un estudio sobre la tesorería real y sus encargados, en el período comprendido entre 1660 y 1688, no constituya un tema popular en el cual basar una tesis, pero es preciso reconocer que requiere concentración. Douglas Chase, doctor en Filosofía y miembro de la Real Sociedad de Historia, levantó la cabeza, apartando la vista del laberinto de libros que tenía delante, con la expresión de una tortuga aturdida.

El símil, en verdad, no era merecido. Douglas Chase tenía tan poco de tortuga como de insecto. Tratábase de un joven eminente y formal que se enfrentaba con una tarea. Aquella tesis que llevaba entre manos —de ganar el premio— significaba mucho para él. Significaba una tarima de profesor en una universidad americana, con unos honorarios que ascendían casi a dos mil libras esterlinas anuales. Para un erudito inglés tal salario resultaba increíble o poco menos. Chase, deslumbrado, se preguntaba qué haría con él si lo conseguía. Pero, en fin, en eso estaba...

—Creo que se te ofrecen muchas probabilidades de triunfar —le había dicho un colega aquella tarde—. Sin embargo, me gustaría que poseyésemos más información acerca de K. G. Mills.

Pues su único competidor temible era un hombre llamado así. Chase no había hablado nunca con K. G. Mills, personalidad rodeada de cierto misterio, que parecía hallarse en posesión de unas dotes formidables. Entre los mismos amigos de Chase, el nombre de Mills se había convertido ya en un expresivo y legendario símbolo de villanía. Ahora que Chase necesitaba concentrarse en su labor, para ver de derrotar a Mills, el inquilino del piso inferior decidía poner la radio al máximo volumen.

En primer lugar, el joven comenzó a maldecir los pisos modernos por la estructura que daban a los mismos. Su apartamento se componía de dos modestas piezas, hallándose enclavado en la segunda planta de un bloque nuevo situado en las proximidades de Primrose Hill: una colmena de rojos ladrillos y blancas fachadas. Los inquilinos se habían lanzado sobre la construcción como si fueran moscas, debido a que los alquileres eran bajos. Chase encontraba las modernas comodidades muy adecuadas para aquellos que igual que si sufrieran de un mal crónico olvidábase de encender fuegos o de introducir monedas de un chelín en el contador eléctrico. No obstante, había que convenir que la finura de las paredes era algo notable. A través de ellas lo mismo se oía el «tic-tac» de un reloj que las palabras de

reproche de una vecina dirigidas a su marido con motivo de haber regresado al hogar demasiado tarde. Ahora la «pega» era aquella radio. Y eso pese a que faltaba muy poco para que fuesen las doce de la noche.

Hombre prudente, Chase intentó no hacer caso de la insoportable perturbación. Pero el inquilino del otro piso tenía, sin duda, una gran debilidad por las bandas de música, más estrepitosas, puestas en el aire por las emisoras nacionales o extranjeras, que gustaba de oír, por lo visto, a todo volumen. Cuando Chase hubo leído por tres veces una misma página sin entender una sola palabra del texto, decidió que era preciso tomar alguna determinación para acabar con el singular tormento.

Después de levantarse se pasó en un gesto mecánico las manos por los cabellos, con la vaga idea de arreglarse un poco, encaminándose a la puerta. Ya en el pasillo, una bofetada de aire fresco le recordó que había olvidado su abrigo. Decidió ponerse un grueso jersey y comenzó a bajar las escaleras, calzado con sus zapatillas caseras.

De no haber sido por la radio, hubiérase podido afirmar que el edificio dormía. Reinaba, efectivamente, una gran quietud en todas partes. Por regla general era una especie de caja de resonancia, que, como tal, ampliaba los simples rumores de pasos o el zumbido continuo del ascensor. Chase no encontró a nadie en su camino. Una fina niebla se había filtrado en los sombríos corredores. El joven enfiló uno que conducía directamente al apartamento situado debajo del suyo. Allí la oscuridad era absoluta.

«¡Vaya! Aquí deben de haber sufrido alguna avería», se dijo Chase. Encendió una cerilla, avanzando a tientas. Dos viviendas, una al lado de la otra, ocupaban el extremo del ala. Y la radio seguía sonando... ¿Quién ocuparía las habitaciones inmediatas? El joven levantó la cerilla hasta ver la plaquita con que contaban todas las puertas, destacándose sobre la verde pintura de la madera. Habiéndosele apagado la primera, Chase encendió otra cerilla a toda prisa, leyendo con atención el nombre que tenía delante.

La placa rezaba: «K. G. Mills».

Chase, incrédulo, la leyó varias veces. Tratábase de una coincidencia, sin duda. Era imposible que aquel fuera él formidable K. G. Mills de la leyenda. No obstante, el joven experimentó un fuerte sobresalto, llegando incluso a retroceder. Sin pensárselo más, oprimió el botón del timbre.

—¡Sí, sí, sí! ¡Ya va! Un momento, ¡por favor!

Le había contestado una voz femenina. Chase se sintió asaltado por una terrible sospecha.

La puerta se abrió lentamente. En el umbral se plantó una joven que no contaría más de veintitrés o veinticuatro años, una muchacha de aturdidas maneras, cuyos dedos se hallaban manchados de tinta. A pesar de llevar el pelo recogido hacia atrás, formando un moño sobre la nuca, su blanco rostro no perdía nada, resultando sumamente atractivo. Tenía unos labios gruesos, pero primorosamente formados; Sus ojos, extraordinariamente alegres y vivaces, eran muy azules. Ahora se encontraban

ensombrecidos. Vacilante, se pasó el reverso de la mano por la frente, dejando en ella varias manchas de tinta.

—Usted dirá...

—¿Podría hablar con el señor Mills?

La chica pareció cambiar de actitud.

—El señor Mills... soy yo —respondió la joven, fría, dignamente—. Me explicaré —añadió, frunciendo el ceño e irguiendo el cuerpo—. Si he de expresarme con precisión académica le indicaré que mi nombre es Kathleen Gerrard Mills y que soy el único miembro de la familia Mills presente en este piso ahora. Bueno, usted ya me entiende... Lo cierto es que ando enredada en un trabajo de investigación de suma importancia y me ha sacado de mis casillas esa infernal radio del piso de arriba. ¡Oh!, casi no sé lo que me digo...

Ahora, Charles casi no acertaba a dar crédito a lo que oía.

—Señorita, soy el inquilino del piso de arriba. No soy el dueño de esa radio. He bajado con el exclusivo propósito de protestar de la suya.

Los ojos de Kathleen Mills, más bien aturridos en aquellos instantes por efecto del estudio, cobraron viveza.

—Pero si yo no tengo aquí ninguna radio...

Chase observó que ella vestía falda gris y blusa de igual color, muy ajustada, subrayando una figura menuda aunque fuerte. Cruzóse de brazos gravemente, frunciendo el ceño, adoptando la postura argumentativa peculiar en muchos preceptores. Aquella profesora, tan joven y atractiva, no podía provocar con su impulsivo movimiento otra cosa que una sonrisa en su interlocutor. Esto es lo que hubiera sucedido de no haberse mostrado la chica tan desesperadamente seria.

—¡Qué raro! —exclamó Kathleen Mills—. Esos horrorosos ruidos tienen que proceder forzosamente de alguna parte. Suponiendo que usted me haya dicho la verdad, señor... ¡ejem...!

—Chase —repuso el joven, como si acabase de cometer una infracción—. Soy el doctor Chase, del *University College*...

—¡Válgame Dios! —dijo ella, muy natural en su sorpresa.

\* \* \*

Se contemplaron mutuamente. Luego, Kathleen Mills, con las mejillas encendidas, habló con gran formalidad.

—¿Cómo está usted? Es cierto que me siento muy complacida por tener la oportunidad de conocerle personalmente, doctor Chase, pero me veo obligada a aprovechar la presente ocasión para decirle que, a mi juicio, sus puntos de vista sobre el episcopado escocés carecen por completo de base. Efectivamente, como ya señalé en el *Quarterly Survey*, usted no parece haber oído hablar nunca de la «Comprehension Bill» de Nottingham —Kathleen añadió, medio enojada—: ¿Y qué

ha sido de su barba? Yo le he supuesto siempre en posesión de una, grande, esplendorosa...

—Nuestro desacuerdo es evidente... Desde luego, no me refería a la barba, sino a su anterior observación. Si usted me hiciera el honor de aceptarme una taza de café... o una cerveza, nosotros... —muy dudoso, Chase agregó—: ¿Usted bebe cerveza?

—Naturalmente que bebo cerveza. Me gusta muchísimo además. ¡Oh!, ese intolerable ruido me desconcierta... ¿De dónde procederá?

La radio continuaba a todo volumen. En el interior del tranquilo edificio, a aquella hora tan avanzada de la noche, ejercía un efecto fantasmal. Aparte de la sorpresa experimentada al verse en presencia de Kathleen Mills, Chase sentía una emoción indefinida que incrementaba su desasosiego. Su mirada se detuvo en la puerta de la habitación de al lado.

—¿Estará ahí dentro la radio que intentamos localizar?

—Ya había pensado yo en eso —admitió Kathleen con excesiva rapidez—. Fue lo primero que se me ocurrió. Después, sin embargo... es que el piso está vacío; es el único que queda libre en el edificio. ¿Quién se va a dedicar a oír la radio en el interior de un piso en tales condiciones?

Chase contempló a la joven, preso de una gran incertidumbre. La visión de una radio puesta en marcha a todo volumen en el interior de mi piso desprovisto de muebles y a oscuras, se le antojaba algo absurda.

Kathleen prosiguió hablando:

—No vayamos a pensar ahora en supersticiones. Somos seres racionales, doctor Chase. Eso es, al menos, lo que yo creo. Supongamos que se ha cometido un acto de violencia en cierta casa. ¡Bien! La casa en cuestión es derribada para dejar sitio a otra, para levantar un bloque de pisos, por ejemplo. Imaginemos que usted cree en misteriosas emanaciones o influencias, ya que en mi cabeza no cabe tal cosa. ¿Existe alguna razón juiciosa para pensar que dichas influencias pueden manifestarse en cierto piso, dando de lado los restantes? ¡Qué tontería!

—Un momento, un momento... ¿Qué es lo que está usted hablando? —inquirió Chase muy sereno.

—Pues... Ahí tiene ese piso. Al parecer, lo han visitado docenas de personas y todas ellas, como si se hubieran puesto de acuerdo, lo han rechazado. ¿Por qué? No lo sé. Nada tiene de particular; es exactamente igual que los otros veinte. El señor Hemphill, el agente arrendador, jura que es así. Pero ha corrido el disparatado rumor de que algo horrible se traslada a él por la noche, no saliendo hasta que llega la mañana. Se lo conté a mi tutor. Éste es Arnot Wilson, el abogado, ¿sabe? Cuida de mis intereses desde la muerte de mi padre. Se mostró muy interesado por mis manifestaciones. Comportándose ridículamente, intentó gastarme bromas sobre el particular y hasta asustarme. En fin de cuentas, yo duermo al otro lado del muro, ¿comprende?

Kathleen sonreía, sí, pero los blancos de sus ojos habían adquirido una extraña

luminosidad y, además, hablaba con extraordinaria rapidez. Al lado de la puerta, en el rincón, veíase la más pequeña del montaplatos. Chase la abrió. La interior no había sido cerrada. Ya no había la menor duda...

—Sí, la radio está ahí dentro. ¿No la oye? —preguntó él.

—Bueno... ¿y qué se puede hacer?

—Entraré en el piso por el montaplatos y la apagaré —repuso Chase sencillamente.

Por el hecho de ser alto apenas cabía en la caja. Su posición, dentro de ella, era poco airosa, grotescamente encogido como se encontraba. Esto, sin embargo, le tenía a Chase sin cuidado. Antes de instalarse allí había tocado accidentalmente una de las manos de Kathleen Mills, observando que estaba fría como el hielo.

La entrada del piso se hallaba a oscuras. Se olía allí a pintura. Incluso se *sentía* que no vivía nadie en aquél. Chase se aproximaba lentamente al punto en que debía de estar el receptor funcionando. Sería, seguramente, el cuarto más *frecuentado* de la casa... Esto era un decir, claro. Chase pensaba en tales términos porque siendo el piso exactamente igual al suyo, calculaba que se hallaba ya debajo de la habitación en que de una manera habitual se entregaba al trabajo. Crujía el pavimento bajo sus pies más de lo debido. A medida que se separaba de la puerta de entrada se identificaba más y más con el papel de un hombre caminando por el interior de una cueva, vacilante siempre al apoyar los pies.

Divisó confusamente una ventana y luego una puerta de cristales. Abrió ésta... El ruido era irresistible ahora.

El haz luminoso, amplio y alto, de una farola callejera, llegaba a tocar los empañados cristales de dos ventanas. En un rincón, junto a la chimenea, Chase descubrió una forma confusa y una pequeña luz. Para ser tan pequeña, la radio hacía mucho ruido. Era uno de esos aparatos, bastante cómodos, que pueden ser llevados fácilmente de un lado para otro. Se hallaba conectado a un enchufe situado en la parte inferior de la pared. El joven apagó el receptor y entonces se hizo el silencio a su alrededor, bruscamente.

Después ya no notó nada. Allí dentro no había nadie. Percibió tan sólo los sucesivos crujidos de las tablas del piso, bajo sus pies. Súbitamente, el tintineo del timbre de la puerta exterior, oprimido con feroz insistencia, le sobresaltó, haciéndole casi dar un salto. Acercóse rápidamente a aquélla, abriéndola, para encontrarse allí con Kathleen.

—Estaba usted retrasándose mucho —dijo la chica—. ¿Y bien?

—La radio se hallaba ahí dentro, sí; pero sola, sin nadie que se dedicase a escucharla. No acierto a explicarme el porqué de esto. En la casa no hay ninguna persona ahora, como ya le he indicado.

Chase estaba en un error.

A la incierta luz de las siete de la mañana del día siguiente, varios obreros que trabajaban en una construcción vecina al bloque fijaron sus miradas distraídamente,

durante su labor, en las ventanas del cuarto de estar del piso vacío, sin observar nada de interés. Pero a través de los cristales de las del dormitorio divisaron la figura de un hombre acurrucado en un rincón. Era un individuo de corta estatura, de fuerte complexión, con aspecto de persona bien alimentada. Iba vestido con un abrigo y se tocaba con un sombrero hongo. Estaba muerto... James R. Hemphill, agente arrendador de los pisos, lo identificó como el señor Arnot Wilson, abogado, con domicilio en el número 56 de la avenida Harrow, N.W.3. Requeridos los servicios de un médico, éste declaró que Wilson había fallecido a consecuencia de un ataque cardíaco, causante del cual había sido un tremendo desquiciamiento nervioso. Concretamente: la víctima había muerto de miedo.

\* \* \*

Dos días más tarde, cuando el veredicto del médico fue confirmado por la autopsia realizada por el forense oficial, se reunían en uno de los despachos de New Scotland Yard varias personas.

La muerte de Arnot Wilson había producido cierta agitación. Dentro de unos círculos limitados, Arnot Wilson era famoso. Se le había considerado siempre todo un personaje, un abogado persuasivo, un buen conversador de sobremesa, un hombre entretenido... Su ingenio era no de los que pinchan, sino de los que arañan. Gustaba de coleccionar bastones y cajas de cerillas utilizadas por los miembros de la realeza. Podía afirmarse que había andado a saltos por la vida. Tenía una faz redonda, de inocentona expresión. Eran muchos los que conocían sus botines y corbatas, su cepillado gabán y calva y brillante cabeza. Pasaba por ser un «dandy» de particulares características.

Vivía en su piso sin más compañía que la de un cocinero y criado. Aquél se hallaba enclavado en una alta casa de estilo Victoriano de la avenida Harrow, a no mucha distancia del edificio en que fuera encontrado su cadáver. Hacía demasiado calor siempre dentro de la vivienda. Wilson había distribuido por todas las habitaciones una serie de estufas eléctricas que permanecían encendidas toda la jornada, lo mismo en los pasillos que en los cuartos de baño. Reinaba allí una gran limpieza, pues era implacable con los servidores. Resultaba curioso que hubiese acabado muriéndose de miedo en el interior de un piso vacío.

El cadáver fue encontrado un sábado por la mañana. El lunes, Kathleen Mills y Douglas Chase fueron llamados a Scotland Yard. Los recibió en un despacho iluminado por las lámparas eléctricas un hombre corpulento, de suaves maneras y pecosa faz, mirada afectuosa y poblado bigote. Este caballero se presentó a sí mismo como el coronel March.

La cortesía del coronel era tan grande como su cuerpo.

—Antes de ahora deben de haberles molestado a ustedes una docena de veces, por lo menos. Espero que sean comprensivos... Les he llamado porque el caso es

nuevo para la sección que yo dirijo. Supongo que esto no será un trastorno muy grave para usted, señorita Mills...

Kathleen levantó la cabeza, con el gesto característico en ella siempre que se aludía a una imaginaria debilidad femenina.

—No he experimentado el más leve trastorno —replicó—. El señor Wilson fue uno de mis tutores. Administraba el poco dinero que mi padre me dejó. Verdaderamente, apenas lo conocía, y...

—¿No le era simpático?

—No lo sé —contestó Kathleen, que hacía evidentes esfuerzos para mostrarse sincera—. Nunca estuve segura de eso. Lo único que recuerdo de ese individuo es que desde el momento en que lo conocí jamás desaprovechó las oportunidades que se le presentaron para hacerse el gracioso a mi costa.

Repentinamente, ella se puso muy colorada, advirtiendo que estaba creando un ambiente especial con su declaración. Luego, manifestó violentamente:

—¡Oh!, es posible que me esté conduciendo como una estúpida. Y usted se da cuenta de ello, ¿verdad? Pero lo que he dicho es cierto. Siempre estaba de broma... Y vengan chistes y más chistes acerca de mi persona, de las carreras que siguen las mujeres, de las eruditas que carecen de amigos jóvenes... No descansaba nunca. Wilson era tan cansado para estas cosas que a veces se me antojaba un tipo carente por completo de humanidad.

El coronel March asintió gravemente. Chase no había oído nunca a Kathleen Mills hablar con tanta franqueza.

—Bueno, coronel —agregó la joven—, guardo en cartera unas preguntas que nosotros... el doctor Chase y yo... deseáramos que fueran contestadas. Sus compañeros nos han estado interrogando por espacio de dos días y no sabemos todavía a qué atenernos. El inspector jefe... ¿cómo se llama...?, el inspector jefe Ames fue siempre en todo momento demasiado evasivo. ¿Quiere usted dar contestación a cuatro preguntas mías?

—Si puedo...

—Gracias. Helas aquí: ¿a qué hora murió el señor Wilson?; ¿murió realmente de miedo?; ¿por qué estaba funcionando aquella radio a hora tan avanzada de la noche?; y, ¿qué demonios hacía Wilson en el piso...? Tengo entendido que la oscuridad le causaba un pánico atroz.

\* \* \*

El coronel March se acomodó detrás de su mesa de trabajo, moviendo con algún esfuerzo su centenar de quilos. Fijó primero sus ojos en el tablero y luego, sucesivamente, en las ventanas, en el fuego, en el inspector Roberts, su segundo. A continuación pareció tomar una decisión.

—Puedo responder a sus dos primeras preguntas —manifestó, aclarándose la

garganta—. El señor Wilson murió alrededor de las once de la noche del viernes a consecuencia del miedo...

Chase no acertó a interpretar la breve mirada de vacilación, casi de terror, que sorprendió en los ojos de Kathleen.

—Pero... ¿estaba él realmente en el dormitorio, muerto, cuando el doctor Chase y yo hicimos acto de presencia en el piso?

—Sí.

—Y, bueno... ¿es correcto desde el punto de vista médico hablar de muerte como consecuencia del miedo experimentado por la víctima?

—Lo es —declaró el coronel March, bruscamente vehemente—. Ha tocado usted un tema interesante, señorita Mills. Ésa es la razón de que el caso haya sido puesto en mis manos. En nuestra sección son acogidos los sucesos raros, extraños... Ninguno más raro que el presente. La ley no se ha enfrentado nunca con nada igual. Hagamos ahora una suposición. Imaginémonos que nos hallamos ante un crimen.

Era ésta una palabra nueva y desagradable. Chase se movió inquieto. El coronel March permaneció impassible.

—Hablo solamente de una suposición. Supongamos que yo doy con un medio de asustar a alguien, de manera que su corazón y su sistema nervioso sean machacados, como si sobre ellos hubiérase abatido un gigantesco martillo. Tal es el significado del informe médico, expresado con un lenguaje nada técnico. Yo no mato un inválido ni un hombre de corazón débil. Escojo una víctima de corazón y nervios en excelente estado, como el señor Wilson. No lo toco. Lo expongo, lo mismo que si se tratara de una placa fotográfica sacada a la luz, a una visión tan aterrorizadora que su sistema nervioso se derrumba, tras lo cual fallece.

El coronel March guardó silencio durante unos momentos.

—Bien —prosiguió diciendo—. Teóricamente, soy culpable de un crimen. He ahí la ley. Pero, ¿quién lograría convencer a un jurado para que se pronunciara en tal sentido? Yo dudo de que pudiese conseguirse eso. Lo estimo imposible. Búsquese un medio para matar a alguien de miedo y se habrá dado con la fórmula ideal para eliminar a quien queramos con la mayor impunidad, casi.

A Chase no le gustó aquello, por el efecto que causaba en Kathleen.

—Como teoría, la que acaba de esbozar resulta interesante —medió—. Sin embargo... ¿es que se ha sugerido la posibilidad de un crimen?

—¿Y qué otra alternativa se nos ofrece? —inquirió el coronel March extendiendo ambas manos—. ¿Vamos a suponer que el piso vacío se hallaba embrujado? ¿Pensaremos que se encontraba habitado por duendes? ¿Supondremos que no había hombre ni mujer que se atreviera a dormir allí por temor a perder la razón o la vida? ¿Así, sin más? No puedo creer eso, amigo mío. La única posibilidad que hemos de examinar... —March se interrumpió, respirando con dificultad. Luego, prosiguió diciendo en tono normal—: Señorita Mills, doctor Chase: estimo justo que conozcan los dos datos ciertos. Inspector, ¿quiere usted rogar al señor Hemphill que entre?

Aguardaron un momento. James Hemphill, el agente arrendador, no se hizo esperar mucho. Era un joven afable que parecía ver en la muerte del señor Wilson algo así como una grave queja de sus inquilinos. Cuidadosamente vestido, en posesión de unas manos muy blancas y unas cejas muy negras, qué formaban un solo trazo sobre los ojos, sentóse con, cautele en la silla que el coronel March le ofreció.

—Señor Hemphill: quisiera referirme a determinados puntos de la declaración que usted facilitó a la policía. ¿Sabía acaso que Arnot Wilson se proponía pasar varias horas en el piso vacío el viernes por la noche?

Chase notó que Kathleen estuvo a punto de ponerse en pie al oír las anteriores palabras.

—Sí, en efecto, lo sabía —respondió Hemphill, aclarándose la voz varias veces como un orador nervioso.

—¿Le suministró usted la llave necesaria?

—Sí.

—Y fue usted quien procuró que la luz del pasillo estuviese apagada, a fin de que nadie lo viera entrar allí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Para qué quería pasar varias horas en el piso?

Las erizadas cejas de Hemphill parecieron extenderse levemente, igual que diminutas antenas.

—¡Oh!, se trataba de esa estúpida historia que ha circulado en relación con la vivienda... Una tontería. A él le había inspirado algún interés. Me dijo que siempre había querido ver un duende...

—¿No habría otras razones por en medio, señor Hemphill?

Éste miró fugazmente a Kathleen.

—Por lo visto, suponía que la señorita Mills... llevaba una doble vida. Insistió en su idea una y otra vez. Sostenía que si se mantenía al acecho en el piso vacío el viernes por la noche, la cogería *in fraganti*... Pensaba en un probable amigo de la joven —Hemphill hizo un gesto raro, como si se excusase—. Lo siento, señorita Mili. Aquello no estaba bien, pero estimé que no se trataba de causarle ningún daño.

La faz del hombre muerto pareció flotar entonces ante los presentes en el despacho. Arnot Wilson había declarado a menudo que les gustaba estar al tanto de «ciertas» cosas...

—¡Oh, no! ¿Qué daño podía causarme? —inquirió Kathleen entre dientes—. La acción resulta tan propia de ese individuo que no me ha sorprendido lo más mínimo.

Hemphill, muy pálido, dio ahora muestras de alivio.

—Se llevó la radio consigo. Las paredes de la casa no son muy gruesas, como todo el mundo sabe. Él temía que los ocupantes de otros pisos le oyeran andar de un lado para otro y que llamaran a la policía. El ruido de la radio, pensaba, le serviría de camuflaje. Es difícil localizar la presencia de un sonido... ¿Quién ignora esto? Nuestro hombre se figuraba que los otros inquilinos, al oír la radio, jamás

relacionarían la misma con un piso vacío.

—Tenía razón —observó Douglas Chase—. Y si se me permite que por una vez olvide que Arnot Wilson es un ser ya de otro mundo, añadiré que era un condenado cotilla, haciéndose acreedor a lo que luego había de sucederle.

—Un momento —medió el coronel March, cuyos ojos no se habían apartado ni por un segundo del rostro del agente arrendador—. Admitido que él llevase la radio consigo, ¿cómo explica que la pusiese a todo volumen, de manera que en vez de servirle de camuflaje pudo haber despertado a los inquilinos de todo el edificio?

—No puedo explicarme eso, por supuesto.

—¿Cuándo vio al señor Wilson vivo por última vez, Hemphill?

—En la noche del viernes, alrededor de las ocho. Colocó la radio en el cuarto de estar. Se manchó bastante haciendo esto y le pregunté si quería lavarse. Me contestó que no, que prefería regresar a su casa, donde tomaría unos bocadillos y bebería una copa de vino, regresando a las once, aproximadamente. Se fue a eso de las ocho y media.

El coronel March contempló atentamente sus dedos, apoyados en el borde de la mesa. Daba la impresión de sentirse algo confuso.

—Las ocho... sí. Ya había oscurecido. Y creo que en el piso no había ninguna luz...

—En efecto. Ahora bien, yo tenía una linterna.

—¿Con qué espíritu se enfrentaba el señor Wilson con la perspectiva de una estancia en el piso vacío, a solas?

Tras unos momentos de vacilación, durante los cuales Hemphill no supo si sonreír o ponerse muy serio, aquél manifestó:

—Estaba verdaderamente asustado, si quiere que le diga la verdad. Intentaba disimularlo, por supuesto. Todo en él eran risitas y sacar el pecho, pisando fuerte apandar, pero se le veía que no estaba entusiasmado con la experiencia... Insistí en que dentro del piso vacío no había ocurrido nunca nada de particular —seguidamente, el agente se inclinó hacia lo profesional—. Mi compañía me preguntó: «¿Por qué le permitió usted que hiciera eso?». Procedí así para demostrar de una vez para siempre que las habladurías puestas en circulación por la gente eran puras patrañas. ¿Quién es el que pierde con todo esto? Se lo diré: yo. Perderé mi empleo, pero todo el mundo habrá de reconocer que cumplí con mi deber.

—Usted quizá pierda su empleo, pero otro hombre perdió la vida. Gracias, señor Hemphill. De momento no necesito nada más. Pero no se vaya —el coronel March miró a los otros—. Hay otro testigo a quien es necesario que oigan. Inspector, ¿quiere usted hacer el favor de indicarle al señor Delafield que pase? Maurice Delafield ha sido el criado de Arnot Wilson por espacio de quince años.

Delafield parecía lo que era, decidió Chase. Tratábase de un tipo delgado, de anchas espaldas y grandes manazas, cuyo vigor físico contrastaba con su rostro, ajado, con expresión de cansancio. Sus canosos cabellos estaban perfectamente

peinados y cepillados, hallándose partidos por una correctísima raya. Un leve encorvamiento le restaba altura. Como consecuencia de una última enfermedad, que no por temor, sus manos presentaban una clara tendencia hacia el temblor continuo.

El coronel March se dirigió a él hablándole en un tono casi afectuoso.

—Tengo entendido que estuvo al servicio del señor Wilson durante mucho tiempo.

—Sí, señor.

—¿Lo apreciaba usted?

—Sí, señor —respondió Delafield, cuya voz se había hecho ahora cavernosa.

Por un momento, Chase temió que el hombre perdiera el control de sus nervios, echándose a llorar. Pero no pasó nada de esto. Delafield sostuvo la mirada de su interlocutor.

—Acabamos de enterarnos por el señor Hemphill que Arnot Wilson lo dejó a las ocho y media, aproximadamente, de la noche del viernes, con la intención de ir a su casa. ¿Fue efectivamente a su casa?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo al llegar a ella?

—Pues, verá usted... No había cenado nada. Estaba excitado con todo aquel asunto de la «caza» del duende. ¿Me comprende? Tomó unos bocadillos y se bebió tres vasitos de oporto. Como se había ensuciado un poco en el piso vacío, me dijo que pensaba tomar un baño y cambiarse de ropas. Era sumamente especial para estas cosas. Mi señor —los párpados de Delafield habían enrojecido; su voz se tornó ronca de nuevo— tomó su baño. Luego leyó los periódicos de la noche por encima, saltando brevemente de una página a otra. Alrededor de las diez y media me pidió que le recogiera el coche. Instalóse solo al volante. Ésa fue la última vez que lo vi con vida.

—Dígame: ¿le preparó usted las prendas que vestía aquella noche?

—Sí, señor.

Seleccionando un periódico del montón que tenía encima de su mesa, el coronel se lo tendió a Delafield.

—Vea usted... Ahí hay una lista de las cosas halladas en los bolsillos del señor Wilson cuando fue descubierto su cadáver: agenda, pluma estilográfica, llavero con seis llaves, otra separada, correspondiente al piso deshabitado, reloj y cadena, cartera con ocho libras en billetes, diez chelines y nueve peniques en monedas de plata y cobre... ¿Quiere usted comprobar esto cuidadosamente y decirme después si fue cuanto el señor Wilson se llevó de su casa?

Delafield hizo denodados intentos para dar satisfacción al coronel, pero sus resecos dedos temblaban... El periódico se le escapó de entre las manos y el hombre lo contempló con una curiosa mirada de desesperación, quizá la de un pescador al cual se le acabara de escapar un pez.

Muy apurado ahora, dijo:

—Lo siento, señor. No es que esté asustado. De veras que no lo estoy. Es que últimamente estuve enfermo. El señor Wilson no me dejaba ya que lo afeitara, indicándome siempre, constantemente, una y otra vez, de manera incansable: «El día menos pensado me vas a degollar, Maurice. Y la justicia no tardará mucho tiempo en colgarte, querido, por el hecho de haberme acordado yo de ti en mi testamento».

Delafield se sentó de nuevo, después de haber cogido el periódico con las dos manos, poniéndolo a continuación sobre la mesa del coronel. Prosiguió hablando en el mismo tono que antes, hasta que Kathleen le interrumpió.

—¿Es que alguien abriga todavía alguna duda sobre el carácter del hombre que fue Arnot Wilson? Lo que le pasó, ¿se lo tuvo merecido o no?

—No, señorita, no...

—Bien, dejemos eso a un lado ahora —medió el coronel March, expresándose con una severidad extraña en él.

Todos lo miraron. Había fruncido el ceño y sus ojos permanecían fijos en el testigo, como si hubiera querido hipnotizarlo.

—Le he hecho una pregunta, señor Delafield. ¿Es esa relación correcta?

—Sí, señor.

—¿Está usted seguro de que no se llevó nada más?

—Completamente seguro, señor.

—Perfectamente. Entonces tengo el gusto de informar a ustedes que no nos hallamos frente a un crimen sobrenatural, que no estamos efectuando investigaciones sobre una muerte de origen ultraterreno...

Se produjo un cambio en la atmósfera del despacho, tan evidente como si la temperatura hubiese aumentado bruscamente o las luces se hubieran apagado. Al coronel March no parecía haberle afectado la variación. Todo lo contrario. Rebosaba naturalidad. Por vez primera recurrió a su pipa favorita, que guardaba en uno de los cajones de su mesa de trabajo.

—Aquello fue un crimen —prosiguió diciendo mientras atacaba la pipa parsimoniosamente—. Y la víctima no murió de miedo. Murió de una causa más común y mejor conocida. Señalé hace un rato la existencia de otra posibilidad. Queda por ver si podré probar esto. Descartamos la otra hipótesis tras la autopsia, eliminada por diversas circunstancias. Y, sin embargo, existe otra forma de matar a un hombre, con la que se presentan los síntomas externos e internos del terrible martillazo asestado al corazón y al sistema nervioso.

Habló Hemphill ahora, levantando la voz.

—¿A qué forma se refiere usted?

—Me refiero, sencillamente, al procedimiento consistente en pasar una corriente eléctrica por medio del agua del baño.

El coronel March se volvió hacia Delafield.

—¿Quiere usted decirnos cómo mató a su señor, o desea que lo explique yo?

\* \* \*

El inspector Roberts se puso en pie, colocándose en el otro extremo de la habitación. Pero no fue necesario... Delafield continuaba sentado, con las manos cogidas, oprimiéndolas nerviosamente. Asentía. Los que lo observaban experimentaron la impresión de que en unos segundos su rostro se había ajado increíblemente.

—Se lo explicaré todo —contestó el hombre—. Le pido, no obstante, coronel, que vea en ello únicamente un accidente...

—Un momento —contestó March apremiante, con un gesto de preocupación—. Quiero que comprenda que no está obligado a contestar...

—¡Oh, bien! —exclamó Maurice Delafield, agitando una mano bruscamente—. Estos caballeros y esta señorita confirmarán lo que yo declare. No me proponía decirle nada, a menos que usted lo adivinase. Yo, coronel March, no quise causar ningún daño...

Delafield extendió ambas manos.

—Éstas lo hicieron todo... Usted, señor, sabrá sin duda que a Arnot Wilson le gustaba que la casa estuviese siempre bien caliente. En ella, por todas partes, incluso en los cuartos de baño, había estufas eléctricas que permanecían encendidas todo el día.

—Conozco ese detalle.

Delafield bajó la cabeza.

—Coloqué, como de costumbre, una de las estufas en el cuarto de baño que mi señor pensaba utilizar. Eso es todo. El señor Wilson me había ordenado que procediera así. Luego introduje aquélla en el baño, de acuerdo con sus instrucciones. Una y otra vez me había estado diciendo cómo tenía que proceder. Para mí era una especie de pesadilla... Antes me cogió por un brazo...

»Verá usted... El señor Wilson leyó en un periódico, tiempo atrás, que varias personas habían sido asesinadas por tal procedimiento. Creo que las muertes se produjeron en Bristol. Hablóse de accidentes casuales. Un día de mucho frío, las víctimas colocaron calentadores eléctricos en los estantes que suele haber encima de las pilas de baño. Era un verdadero disparate proceder así, pero el caso es que incurrieron en el mismo. El señor Wilson no procedió de igual forma, desde luego. Pero a él le agradaba el calor, a él le gustaba tener una buena estufa en las inmediaciones del baño...

»Le daban miedo esas cosas. Me dijo en un centenar de ocasiones: “Que no se te ocurra nunca hacerme eso a mí. Te colgarían, acusado de asesinato”. Era lo mismo que cuando lo del afeitado, señor. Llegó un momento en que me fue imposible ver dentro del cuarto de baño una estufa encendida sin ponerme nervioso. Wilson se enteró de los síntomas que presentaban las personas electrocutadas por aquel

procedimiento leyendo un libro titulado *Taylor's Medical Jurisprudence*, según me parece recordar. No hay que olvidar que mi señor era abogado... Se quedó francamente sorprendido.

«El viernes por la noche yo me hallaba un tanto distraído. Había estado hablando con él sin cesar, durante un buen rato, de duendes. Se metió en el baño. Luego me llamó para que le colocara la estufa más cerca de la pila. Yo cogí aquella despreocupadamente. Repentinamente, él empezó a gritarme: “¡Déjala en el suelo, estúpido! ¡Déjala de una vez!”. Al mismo tiempo adelantó una mano para sujetarme por el brazo...

De nuevo, la mirada de Maurice Delafield se posó en sus propias manos. Reinaba un gran silencio en el despacho. Kathleen se había levantado para dejar descansar las suyas afablemente en los hombros del servidor de Arnot Wilson.

—Entonces... la estufa se me cayó...

»Luego temí que me colgaran por aquello, conforme el señor Wilson me había advertido. Era lo más seguro, si llegaba a saberse lo sucedido. Me imaginé que disponiendo las cosas de otro modo con oportunidad, nadie se enteraría... En el libro que he citado se afirmaba que los síntomas en este tipo de electrocución son idénticos a los de la muerte por efecto del miedo. El pobre señor Wilson siempre había temido a los duendes y a la oscuridad...

»Antes de nada decidí vestirlo. Ello no suponía ningún esfuerzo notable para mí, pues durante años enteros había sido una de mis tareas cotidianas. A continuación bajé con él las escaleras. Tampoco esto significaba gran cosa, por mi fortaleza, aparte de que Arnot Wilson no pesaba mucho. Frente a la puerta de la casa estaba el coche. La niebla era muy densa. Por eso no tuve miedo de que pudieran verme.

»Yo tenía la llave del piso y sabía cuáles habían sido sus últimos proyectos. Sabía, asimismo, que en el pasillo que conducía a la vivienda no habría luz y que en los alrededores de la puerta de servicio no se veía normalmente nada. Instalé en el dormitorio el cadáver a las once de la noche, aproximadamente. Después puse la radio en marcha y me fui. La puse a todo volumen, con objeto de que llamara la atención y el cuerpo fuese encontrado pronto. Quise evitar que estuviese en aquel sitio un espacio de tiempo indefinido...

»Poco me queda por decir ya. Es posible que Arnot Wilson fuese una persona “difícil”, pero yo estuve a su servicio durante quince años y uno se acostumbra a los que ha de tratar a diario. No sufrió al morir... Profirió un grito y cayó de espaldas. En diversas ocasiones sentí el deseo de decírselo a usted todo, pero... Supongo que ahora me colgarán. Juro, sin embargo, que no fue mi propósito causarle ningún daño...

Las manos de Kathleen oprimieron cariñosamente los hombros de Delafield. Chase, arrastrado por ciertas corrientes de simpatía, tan fuertes como las eléctricas en ocasiones, se encaró con el coronel March.

—Señor, yo creo...

March movió la cabeza a mi lado y a otro, estudiando el rostro de Delafield con pensativa mirada.

—Seguramente no le pasará nada, en el caso de que haya dicho la verdad — afirmó el jefe del departamento «D-3»—. Pero nada en absoluto, quizá. No sé... Yo me he decidido a creer en su sinceridad. En mi informe oficial haré constar también tal impresión personal.

Kathleen parpadeó, sobre todo al sentir que Chase oprimía fuertemente su mano.

—¿Aceptaría usted... ¡ejem...!, mis excusas por lo que llegué a pensar? — inquirió la joven, dirigiéndose al coronel March—. Tal vez Arnot Wilson tenía razón después de todo. Pero... ¿tendría la bondad de satisfacer mi curiosidad en un punto? ¿Cómo demonios supo usted lo que había sucedido?

—¡Ah, vamos! —exclamó el coronel, echándose a reír al notar la vehemencia con que Kathleen le había hablado—. La cosa no se presentó difícil. El departamento a cuyo frente estoy halló más obstáculos; por ejemplo, cuando en Hammersmith resolvió el caso de un individuo que se dedicaba a tocar el timbre de llamada en la puerta de una casa. Todo dejó de ser misterioso en cuanto comprendí un hecho fundamental: Wilson no había muerto en el piso, sino que fue llevado a él.

»Esto era evidente porque nuestro hombre había dejado de llevarse algo que era imposible que olvidara. Ese *algo* no fue hallado en sus bolsillos ni en el piso. Todo el mundo sabía cuánto temor inspiraba a Arnot Wilson la oscuridad. Era la suya una obsesión de tipo morboso... Creo que logró hacer acopio de valor para decidirse a ir allí, particularmente contando con el incentivo de espiar sus movimientos. Lo que me niego a creer radicalmente es que se enfrentara con la perspectiva de estar varias horas solo en un piso supuestamente poblado por duendes sin meterse en cualquiera de los bolsillos del gabán o la chaqueta una linterna eléctrica, una vela o, al menos, una caja de cerillas.

RELATOS DEL DOCTOR  
FELL

## EL LADRÓN INCAUTO

Dos huéspedes que no iban a pasar la noche en Cranleigh Court optaron por marcharse poco después de las once. Marcus Hunt los acompañó hasta la puerta principal. Seguidamente regresó al comedor, en cuya mesa las fichas de póquer habían sido apiladas, formando regulares montoncitos en blanco, rojo y azul.

—¿Echamos otra partida? —preguntó Rolfe.

—No —contestó Derek Henderson. Su tono era el habitual: el de un hombre fatigado—. Sólo somos tres.

Su anfitrión, situado junto al aparador, observaba a los dos amigos. En la larga casa, de techos bajos, desde la cual se dominaba la campiña de Kent, el silencio era tan grande que sus voces resonaban exageradamente.

El comedor, grande, de altos zócalos, se hallaba iluminado por varias lámparas eléctricas de pared que prestaban una luz especial a los sombríos colores de las pinturas. No es corriente ver en el interior de una casa de campo normal dos Rembrandt y un Van Dyck. La presencia de tales cuadros era allí ya una especie de reto.

A los ojos de Arthur Rolfe, traficante en objetos de arte, aquéllos representaban concretamente una suma de dinero tan elevada que no podía menos que echarse a temblar con sólo evocarla. Para Derek Henderson, los cuadros en cuestión constituían un problema. Era crítico de arte... No se adivinaba a primera vista qué podían significar para Marcus Hunt.

Éste continuaba junto al aparador, con los puños apoyados en las caderas. Sonreía. Era un hombre de mediana edad, rechoncho, de redonda faz y fuerte complexión. Unas patillas y una pequeña barbita le habrían dado la apariencia de un ciudadano de cualquier burgo holandés. La camisa se le había abultado desordenadamente a la altura del vientre. Su sonrisa era irónica en el momento en que Henderson cogía el paquete de cartas entre sus largos dedos, cortándolas varias veces para luego irlas mezclando rápidamente con la ayuda de ambos pulgares, siempre con la destreza de un prestidigitador.

Henderson bostezó.

—Amigo mío, me sorprendes —dijo Hunt.

—Es precisamente lo que me proponía —contestó el otro—. Ahora bien, ¿por qué te expresas así en este particular momento?

Henderson era un individuo joven, alto, delgado, inmaculado en su indumentaria. Usaba barba. Su barba era rojiza, lo cual suscitaba la hilaridad en algunas personas. Sin embargo, él la llevaba con absoluta naturalidad.

—Me sorprende —explicó Hunt— que te agrade algo tan burgués, tan plebeyo, como el póquer.

—Me encanta descubrir el verdadero carácter de las personas. Tú sabrás que nada hay como el póquer para eso...

Los párpados de Hunt se estrecharon.

—¿Sí? ¿Sabrías analizar mi carácter, por ejemplo?

—Con mucho gusto —repuso Henderson.

Distraídamente echó unas cartas sobre la mesa. Vieron dos cincos... La última fue el as de espadas. Henderson la estudió en silencio antes de levantar la vista por espacio de unos segundos.

—Tengo que confesarte, a mi vez, que también tú me has sorprendido. ¿Te importa que sea franco? Te he tenido siempre por un coloso de los negocios, por un avasallador, por un hombre que no se arredra en circunstancias que obligan a correr grandes riesgos... Ahora crea que has dejado de ser así.

Marcus Hunt se echó a reír. Henderson, sin embargo, no se alteró.

—Eres engañoso, pero cauto. A mi entender, es posible que en realidad no hayas sabido nunca qué es el riesgo. Otra sorpresa... —Henderson sirvió nuevas cartas—. Aquí tenemos al señor Rolfe. Éste es el hombre que dadas las condiciones adecuadas no vacilaría en afrontar toda clase de peligros.

Arthur Rolfe consideró seriamente tal manifestación. Veíasele un poco sobresaltado, pero sensible al halago. Semejante a Hunt en la corpulencia y la altura, su aspecto era más atildado. Su cuadrada faz tenía un color muy moreno. Usaba lentes y la frente aparecía surcada por una serie de arrugas...

—No sé qué decirle —declaró muy serio. A continuación sonrió—. Los hombres que desarrollando mi actividad aman el riesgo, acaban por perderlo todo —miró en torno a él—. Yo, desde luego, no me atrevería a tener tres cuadros como esos, que representan una suma aproximada de treinta mil libras, colgados en las paredes de una habitación como esta, en la planta baja de una casa, carente de protección, provista de ventanas de dos hojas de vidrio, dando por añadidura a una terraza —Rolfe comenzó a hablar atropelladamente—. ¡Santo Dios! Supongamos que un ladrón...

—¡Maldita sea! —exclamó Henderson de forma inesperada.

Hasta Hunt dio un salto.

Desde la iniciación de la partida de póquer se había ido creando allí dentro cierta atmósfera de inquietud. De un frutero colocado sobre el aparador, Hunt había cogido una manzana. Luego empezó a pelarla con un afilado cuchillo, cuya hoja de acero lanzaba mil destellos a la luz de las lámparas.

—Por poco haces que me arranque el pulgar —manifestó dejando el cuchillo—. ¿Qué te pasa?

—Se trata del as de espadas —declaró Henderson lánguidamente—. Es la segunda vez que aparece en un período de tiempo no superior a los cinco minutos.

Arthur Rolfe decidió mostrarse curioso.

—Bueno, ¿y qué?

—Yo creo que nuestro joven amigo se está convirtiendo en un médium —declaró Hunt, de buen humor nuevamente—. ¿Sigues descubriendo caracteres humanos o te vas a dedicar a predecir la suerte de cada uno?

Henderson vaciló. Su mirada se detuvo en Hunt, deslizándose luego por la pared, sobre el aparador, en dirección a «La vieja del sombrero», de Rembrandt, que parecía contemplarlo con la inmovilidad de una india de rojiza tez. Finalmente, los ojos de Henderson se posaron en las ventanas de cristales que daban a la terraza.

—Claro, a mí no me afecta... —dijo con un encogimiento de hombros—. La casa es tuya, así como los cuadros. Tuya es la responsabilidad también si ocurriera algo, pero... con respecto a ese individuo, a Butler, ¿qué sabes acerca de él exactamente?

Marcus Hunt sentíase divertido, alborozado más bien.

—¿Hablas de Butler? Es un amigo de mi sobrina. Harriet lo conoció en Londres, pidiéndome que lo invitara a venir aquí. ¡Bah! ¡Tonterías! Butler no puede constituir un motivo de preocupación. ¿Qué habías llegado a pensar?

—Escuchen —dijo Rolfe levantando una mano.

\* \* \*

El ruido que oyeron, procedente de la terraza, no se repitió. No se repitió porque la persona que lo había producido, una joven agitada, nerviosa, echó a correr en dirección al extremo opuesto, donde se apoyó contra la balaustrada.

Lewis Butler vaciló antes de seguirla. La luna iluminaba con tanta claridad aquella zona que se podía ver incluso el cemento de las juntas de las losas. Harriet Davis vestía una blanca bata, muy larga, que se levantó un poco al apretar el paso.

Luego, ella le hizo una seña a Lewis...

La muchacha se había sentado a medias en la baranda de la terraza. Acababa de extender sus blancos brazos, reposando las manos en la piedra. Sus oscuros cabellos, sus negros ojos cobraron más movimiento, más vida, allí a la luz de la luna. Butler advirtió el rápido y rítmico palpar de su corazón en las sucesivas elevaciones y caídas de su pecho. Admiró incluso la sombra de sus largas pestañas.

—Eso fue una mentira —declaró Harriet.

—¿Qué?

—Lo que mi tío Marcus dijo. Ya lo oíste —Harriet oprimió con más fuerza aún la baranda. Abatió la cabeza vehementemente—. Hablo de lo de mi relación contigo y de mi petición para que te invitase a venir... ¡Si te he conocido este fin de semana! Claro, puede ser que mi tío esté perdiendo la cabeza, o bien... ¿quieres contestarme a una pregunta?

—Si me es posible...

—Perfectamente. ¿Eres por casualidad un... delincuente?

Harriet Davis se expresó con naturalidad, con absoluta franqueza, lo mismo que si hubiese preguntado a su interlocutor si era médico o abogado. Lewis no resultaba tan inexperto que pensara en echarse a reír. Advertía que dada la disposición de ánimo de la joven, para ella, como para cualquier mujer, una carcajada habría sido lo mismo que un puñado de sal vertido en una herida.

—Te responderé con sinceridad: no soy ningún delincuente. ¿Quieres decirme ahora por qué razón me has preguntado eso?

Harriet Davis levantó la vista, fijándola en el oscuro firmamento.

—Esta casa —explicó— contaba antes con una serie de aparatos de alarma contra los ladrones. Nada más tocar una ventana se oían timbres por todas partes, igual que si hubiese sido un parque de bomberos en acción. Mi tío suprimió esos chismes la semana pasada —la chica se oprimió las manos con fuerza ahora—. Los cuadros eran guardados en la planta superior, en una habitación cerrada con llave que queda junto a su dormitorio, últimamente, los mandó bajar: la semana pasada también. Es como si mi tío anduviese empeñado en que lo robaran.

Butler se dio cuenta de que habría que maniobrar con mucho tacto en aquellos instantes.

—Quizá —manifestó. Ella le dirigió una rápida mirada, pero no formuló comentario alguno—. Supongamos —prosiguió diciendo Lewis ociosamente— que uno de sus famosos Rembrandt es sólo una falsificación... Para él sería un alivio no verse obligado a mostrárselo a sus amigos, muchos de ellos expertos en tal materia.

La joven denegó con un movimiento de cabeza.

—No —afirmó—. Sus cuadros son todos auténticos. Y te diré que yo había pensado en eso ya.

Había llegado el momento de asestar un golpe, y un golpe fuerte, por añadidura. Para Lewis Butler, en su inocencia, allí no parecía existir ningún particular problema. Sacó de uno de sus bolsillos la cigarrera y comenzó a darle vueltas, sin llegar a abrirla.

—Mira, Harriet... Es probable que lo que voy a decirte no te guste, pero lo cierto es que podría hablarte de muchos casos, divulgados por la prensa, protagonizados por personas que tenían un gran interés en ser robadas. Si un cuadro se asegura por más dinero del que en realidad vale, desapareciendo posteriormente en circunstancias misteriosas cualquier noche... ¿eh? ¿Qué pasa entonces?

—No razones mal —contestó ella más calmada—. Sin embargo, hay un inconveniente en el caso presente: ninguno de los cuadros de mi tío está asegurado.

La cigarrera, de metal muy pulido, resbaló entre los dedos de Butler, cayendo con gran estrépito sobre las losas. Los cigarrillos quedaron diseminados por el suelo. Al agacharse él para recogerlos, la joven oyó el distante ruido de una campana en la torre de alguna iglesia. Eran ya las once y media.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Mi tío no se ha gastado jamás un penique en eso. Dice que es

tirar el dinero.

—Pero...

—¡Oh! No sé por qué te hablo en estos términos. En fin de cuentas tú eres un desconocido para mí —Harriet se cruzó de brazos, encogiéndose de hombros como si tuviese frío. Se había apoderado de ella una gran incertidumbre, un evidente temor—. ¡Hasta mi tío me parece ahora un desconocido! ¿Quieres saber lo que pienso? Creo que se está volviendo loco.

—¿Tanto como eso?

—Sí. ¿Por qué no? Es muy posible. Tú no lo has visto en determinados momentos, cuando sus ojos se cierran poco a poco y de su rostro se esfuma su gesto familiar de señor campesino. No es un hipócrita; no finge nada. Odia esa clase de gente, que no ha vacilado nunca en desenmascarar. Bueno, y si no es verdad que haya perdido la cabeza, ¿qué es lo que le pasa? ¿Qué puede pasarle?

Los dos lo sabrían tres horas más tarde.

\* \* \*

El ladrón no inició su ataque hasta las dos y media de la madrugada. Primeramente se fumó unos cigarrillos escondido entre los arbustos existentes al pie de la terraza. Después de haber escuchado las campanadas del reloj de la iglesia esperó, unos minutos más. Luego trepó hasta las ventanas de cristales del comedor.

Soplaba un viento frío a aquella hora, la de los suicidas y los malos sueños. Filtrábase en suaves bocanadas por entre las hojas de los árboles, produciendo un débil murmullo. Al mirar hacia atrás, por encima de su hombro, los últimos rayos de luz lunar iluminaron... ¿su faz? No. Solamente la negra máscara que asomaba por debajo de un grasiento gorro calado hasta las orejas.

Concentró su atención en una de las ventanas, recurriendo al contenido de una bolsa con herramental inferior en tamaño a las que suelen utilizar los motoristas. Pegó dos cortas tiras de cinta adhesiva al vidrio, precisamente al lado del pestillo. Finalmente, con su pequeño aparato de cortar cristal, dibujó un semicírculo dentro de los límites de la cinta.

El hombre produjo algún ruido, semejante al del torno del dentista al operar en una muela. Entonces hizo un alto en su trabajo para escuchar...

No oyó nada. Ni siquiera el ladrido de un perro.

La cinta retenía el trozo de cristal suelto, impidiendo que cayera al suelo haciéndose mil pedazos, con el consiguiente estrépito. Por el orificio practicado, el ladrón deslizó una enguantada mano, descorriendo el pestillo. Arrimándose a la ventana, amortiguó los crujidos de la misma al abrirse.

Sabía muy bien lo que quería. Guardóse la bolsa de las herramientas en un bolsillo y extrajo de otro una larga linterna eléctrica. Su luminoso haz se paseó por el aparador del comedor, rozando brillantes cubiertos de plata, un frutero, un cuchillo

clavado en una manzana, como si se tratara del cuerpo de alguien... Por último se detuvo en el rostro de bruja de «La vieja del sombrero».

El cuadro no era grande y al ladrón le costó poco trabajo descolgarlo. Quitó marco y cristal, separándolos del lienzo. Aunque intentó enrollar éste con el máximo cuidado, la reseca pintura crujió, saltando menudas estrellitas que dañaron la faz de la bruja. El hombre se había aplicado con tanto afán a su tarea que no advirtió la presencia de otra persona en la habitación.

Era un ladrón incauto. No poseía un sexto sentido, muy frecuente entre los de su profesión, que hace presentir el crimen.

En la habitación situada en la planta superior de la casa, Lewis Butler fue despertado por un ahogado rumor de objetos metálicos que cayeran al suelo.

No había hecho más que dormirar desde que se acostara. Sabía con certeza lo que debía estar sucediendo en aquellos momentos, pero no tenía la menor idea sobre el porqué ni el cómo. También ignoraba la identidad de las personas que habían dado lugar al alboroto.

Butler saltó de la cama, poniéndose las zapatillas inmediatamente nada más oír el estruendo. Su bata, como de costumbre, se le resistiría, *escondiéndole* las mangas cuándo más prisa tenía... Eso ocurrió efectivamente, pero al menos llevaba ya una pequeña linterna eléctrica en un bolsillo.

Ninguna otra persona parecía haber oído la algarabía. Sin dejar de cavilar, Butler reconoció que jamás se había movido con mayor celeridad una vez estuvo fuera del dormitorio. Sin utilizar la linterna llegó a la alfombrada escalera. En el vestíbulo inferior notó en seguida una corriente de aire. Esto significaba que había sido abierta una ventana o una puerta. Encaminóse directamente al comedor.

Llegaba demasiado tarde.

El fino haz luminoso de su linterna se paseó por la estancia. A continuación, Butler encendió las lámparas. El ladrón se encontraba allí, desde luego. Pero estaba tendido en el suelo, frente al aparador, inmóvil. Y, a juzgar por la cantidad de sangre que se veía en su jersey y en los pantalones, no volvería a moverse jamás.

—Esto es ya inevitable —comentó Butler en voz alta.

Un servicio de plata, incluida una tetera, había caído al suelo desde el parador. El cadáver se hallaba al lado del frutero, tumbado boca arriba, entre varias naranjas y manzanas y un aplastado racimo de uvas. La máscara todavía cubría la cara del ladrón; su grasiento gorro seguía calado hasta las orejas; las enguantadas manos yacían abiertas...

Alrededor del hombre se veían fragmentos de vidrio y, asimismo, el marco del Rembrandt. El lienzo había quedado bajo su cuerpo, arrugado. A juzgar por las manchas de sangre, aquel individuo debía de haber recibido varias heridas mortales en el pecho, producidas con el cuchillo situado cerca de él.

—¿Qué es esto? —inquirió alguien junto a Butler.

No se hubiera sobresaltado más si el cuchillo en cuestión lo hubiese sentido en

sus costillas. No había notado que alguien encendiera las luces del vestíbulo, ni oído los pasos de Harriet Davis al aproximarse a él. Hallábase a su espalda, embutida en un quimono japonés. Sus negros cuellos le caían en cascada sobre los hombros. Luego, la muchacha apartó la mirada, horrorizada, del comedor, retrocediendo, moviendo la cabeza violentamente, dispuesta según todos los indicios a echar a correr.

—Será mejor que despiertes a tu tío —le dijo Butler con viveza, con una confianza que en realidad no sentía—. Y a los servidores. He de hacer una llamada telefónica ahora —Butler miró a la joven a los ojos—. Sí; no estás equivocada. Oreo que lo has adivinado ya. Soy un policía.

Harriet hizo un gesto de asentimiento.

—En efecto. ¿Y es Butler tu nombre real?

—Soy sargento de la Brigada de Investigación Criminal. Mi nombre real es Butler, sí. Fue tu tío quien me trajo aquí.

—¿Por qué razón?

—No sé. No me dio explicaciones.

Aunque atemorizada, la muchacha se mostraba directa y desconcertante.

—Pero si él no quiso decir para qué necesitaba en casa un policía, ¿cómo es que tus superiores accedieron a enviarte aquí? Para eso era necesario que les informase ampliamente, ¿no?

Butler no hizo caso de estas preguntas.

—Tengo que ver a tu tío. Ve arriba y despiértalo, ¿quieres?

—Mi tío no se encuentra en su habitación.

—¿Que no...?

—No. Llamé a la puerta del dormitorio antes de bajar. Había salido.

Butler subió las escaleras de dos en dos. Harriet había encendido todas las luces al bajar.

El dormitorio de Marcus Hunt estaba vacío. El *smoking* se hallaba colocado cuidadosamente sobre el respaldo de una silla, igual que la camisa, con su corbata de lazo. El reloj de Hunt, encima de la cómoda, daba un «tic-tac» muy fuerte. Butler vio allí unas monedas, así como sus llaves. El dueño de la casa no debía de haberse acostado, ya que Su lecho aparecía intacto.

La idea que se le ocurrió a Lewis Butler, mientras escuchaba el insistente «tic-tac» del reloj de Hunt en los minutos precedentes al amanecer de un nuevo día, era tan fantástica que no se atrevió a darle crédito.

Bajó las escaleras. Por el camino tropezó con Arthur Rolfe, que había salido disparado de otra habitación. El comerciante en objetos de arte se había embutido en una bata de franela. No llevaba las gafas puestas y por tal motivo su mirada parecía como enturbiada y sus ojos hundidos. Se plantó enfrente de Butler, reacio a hacer ningún movimiento.

—Sí. No tiene que preguntarse nada. Es un ladrón.

—Lo sabía —repuso Rolfe calmosamente—. ¿Se llevó algo?

—No. Fue asesinado.

Rolfe guardó silencio durante unos momentos. Su mano se adentró por la abertura de la bata, buscando el pecho, igual que si hubiese sentido de pronto cierto dolor.

—¿Asesinado? ¿Me está usted diciendo qué el ladrón fue asesinado?

—Sí.

—Pero, ¿por qué? Por un cómplice, supondrá usted, ¿verdad? ¿Quién es ese ladrón?

—Eso es lo que yo quisiera averiguar —replicó Butler secamente.

Harriet Davis se había apostado a la entrada del comedor, con la vista fija en el cadáver. No se movía un solo músculo de su faz. En cambio tenía los ojos enrojecidos.

—Le quitarás la máscara, ¿no? —preguntó la joven a Butler, sin volver la cabeza.

Caminando con mucho cuidado, para no pisar las frutas ni los trozos de vidrio, Butler se aproximó al hombre. Primeramente, tiró de la parte superior del grasiento gorro; después desprendió de la cabeza la negra máscara, sujeta a aquélla por una cinta elástica. Inmediatamente vio lo que había esperado ver...

El ladrón era Marcus Hunt. Había sido apuñalado a la altura del corazón cuando robaba en su propia casa.

\* \* \*

—Ya lo ve usted, señor —explicó Butler al doctor Gideon Fell en la tarde del día siguiente—. Eso es lo malo... Cuanto más se estudia el caso, más absurdo le parece a uno.

A continuación hizo un nuevo y detenido relato de los hechos.

—¿Por qué había de entrar ese hombre en su casa por una de las ventanas? ¿Por qué tenía que robarse a sí mismo? Los cuadros que poseía eran de gran valor y ni uno solo de ellos está asegurado. En consecuencia, ¿cuál fue el móvil de sus actos? ¿Estaría loco, sencillamente? ¿Tendría conciencia de lo que hacía?

La luz del sol bañaba la villa de Sutton Valence en su totalidad. Aquélla se extendía por la parte alta de la campiña y sus grisáceos edificios recordaban la fisonomía de algunas aldeas italianas. Dentro del huerto de manzanos de la blanca hospedería que llevaba el nombre de «Tabard», el doctor Gideon Fell había elegido un banco situado junto a una mesa, con una jarra de a cuarto, de las de asa y tapa, llena de cerveza. Pululaban por allí las avispas. El doctor Fell había embutido aquella tarde su corpachón en un traje blanco de hilo. Hacía calor y su rosada faz brillaba.

Sus inútiles y mecánicos movimientos para defenderse del acoso de las avispas hicieron que en sus ojos apareciera una suave expresión de resentimiento.

—El superintendente Hadley me sugirió que... ¡ejem...!, que echase un vistazo allí. Se ha hecho cargo del asunto la policía local, ¿no?

—Sí.

—Las palabras exactas de Hadley fueron: «Se trata de algo tan sin pies ni cabeza que solamente usted será, seguramente, capaz de entenderlo». Los halagos de ese hombre se me antojan cada vez más repulsivos —el doctor Fell frunció el ceño—. ¿Qué es lo que más le extraña a usted de este caso, Butler?

—Pues... Desde luego, lo primero que se pregunta uno es: ¿por qué había de entrar a robar ese hombre en su propia casa?

—¡No, no, no! —gruñó el doctor Fell—. No se deje obsesionar por eso. Veamos... —una de las avispas revoloteó por encima de la jarra de cerveza y el doctor la ahuyentó con un soplido, abultando exageradamente los carrillos, como hubiera podido hacerlo el padre Neptuno—. La joven, a mi entender, formuló una interesante pregunta. Efectivamente, si Marcus Hunt no quiso decir con qué fin requería los servicios de un detective en la casa, ¿por qué razón accedieron en la Brigada de Investigación Criminal a enviarlo a usted allí?

Butler se encogió de hombros.

—El inspector jefe Ames se figuró que Hunt tramaba algo anormal y se propuso pararle los pies...

—¿Qué era lo que podía tramar?

—Un robo simulado de sus cuadros con el propósito de cobrar el importe del seguro. Pensó hallarse ante el viejo juego de recurrir a la policía para que las sospechas de ésta se orientasen en otro sentido. La suposición no era nada descarriada... Hasta que me enteré (cosa que ha sido probada hoy), que el dueño no se había gastado ni un penique siquiera en asegurar sus obras de arte.

Butler guardó silencio un segundo, vacilando.

—No podía tratarse de una simple broma —prosiguió diciendo—. Observe que hubo premeditación en todo. Hunt se puso unas ropas viejas de las cuales habían sido quitadas las etiquetas del sastre y la lavandería. Utilizó guantes y una máscara, proveyéndose además de una linterna eléctrica y de una bolsa de herramientas anticuadas. Salió de la casa por la puerta posterior, que nosotros encontramos más tarde abierta. Se fumó unos cuantos cigarrillos entre los arbustos, al pie de la terraza... La tierra era blanda allí y descubrimos sus huellas. Seguidamente, cortó un trozo de cristal... Pero, bueno, todo eso se lo he contado ya.

—Y luego —musitó quedamente el doctor Fell— alguien lo mató.

—Sí. He ahí el último y más enigmático «¿por qué?». ¿Por qué habían de matarlo?

—¡Hum! ¿Hay alguna pista?

—Todas ellas son negativas —Butler sacó su agenda—. De acuerdo con el informe del forense, Hunt murió a consecuencia de una puñalada en el corazón, asestada con una fina hoja (probablemente, ese cuchillo para la fruta), tan fina que costó trabajo encontrar la herida. Se localizaron huellas dactilares suyas, pero nada más. Notamos una cosa rara, sin embargo. Varias piezas de la cubertería de plata

caída del aparador presentaban arañazos muy extraños. Daban la impresión de que en lugar de haber sido derribadas durante la lucha habían sido apiladas unas encima de otras, formando una especie de torre, a continuación desbaratada bruscamente...

Butler hizo otra pausa porque el doctor Fell movía su gran cabeza de atrás hacia delante y viceversa, profundamente afligido.

—¡Vaya, vaya, vaya! Y éstas son las pistas calificadas por usted de negativas.

—¿Usted, no piensa igual? Nada hay ahí que explique por qué ese hombre pretendía robar en su propia casa.

—Mire, Butler... —dijo el doctor afablemente—. Quisiera hacerle una pregunta tan sólo: ¿cuál es el punto más importante en el presente caso? ¡Un momento! Un momento, ¿eh? No he dicho el más interesante, sino el más importante, ¿estamos? Será, seguramente, éste: un hombre fue asesinado. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. Naturalmente.

—Menciono tal hecho —dijo el doctor en tono de excusa— porque existe el peligro de que lo pasemos por alto. A usted apenas le ha interesado. Usted sólo piensa en esa insensata mascarada de Hunt. Se fija en lo nimio y descuida lo primordial. ¿Por qué no se sitúa en el lado opuesto y se pregunta quién mató a Hunt?

Butler calló un buen rato.

—Los servidores han de ser eliminados —indicó finalmente—. Duermen en la otra ala del edificio, en la planta superior. Además, por una razón que todavía desconocemos, alguien cerró con llave su puerta de comunicación anoche, —las dudas de Butler, sus temores incluso, llegaron a tomar forma ahora. Esto suponía sólo el comienzo—. Hubo un fuerte alboroto en la casa... Desde luego, el asesino pudo ser uno de fuera.

—Usted sabe que no —contestó el doctor Fell—. ¿Tiene la amabilidad de llevarme a Cranleigh Court?

\* \* \*

Salieron a la terraza en el instante más caluroso de la tarde.

El doctor Fell se sentó en un sillón de mimbre. Harriet, con una expresión de profundo desaliento, se acomodó junto a él. Derek Henderson, vestido con prendas ligeras, apoyó su largo cuerpo en la balaustrada. Arthur Rolfe, solo, se había puesto un traje negro y parecía fuera de lugar allí. Los campos de Kent, cuyos matices iban del pálido verde hasta el castaño claro, no se ofrecían más que en muy raras ocasiones a la vista con colores fuertes. En aquellos momentos se notaban como encendidos. En aquel bochornoso ambiente, no soplabla la más leve brisa. Podía decirse que por allí no se movía ni una hoja. En el jardín, abajo, hacia la izquierda, la lámina del agua, semejante a un espejo, reflejaba la fortísima luz que se derramaba desde las alturas. Butler sintió que algo gravitaba sobre sus párpados...

La barba de Derek Henderson era tan pronto lánguida como agresiva.

—No me pregunte más por qué Hunt robó o intentó robar en su propia casa... No lo sé, como es natural. Le sugeriré una idea, sin embargo.

—Venga.

El doctor Fell escudriñó la faz de su interlocutor, aguardando su respuesta.

—Tratárase de mía razón u otra —replicó Henderson, sacando mucho el cuello—, opino que había de ser poderosa, Hunt era un hombre demasiado astuto, excesivamente cauto para hacer las cosas a tontas y a locas. Anoche mismo, sin ir más lejos, le dije esto.

—¿Cauto? ¿Por qué habla usted así?

—Le citaré un ejemplo. Estamos jugando... Yo tomo tres cartas; Hunt coge una. Digo una cifra; él me observa y la sube. Cubro la nueva y Hunt repite la operación anterior. Hunt deja las cartas. Eh otras palabras: está seguro de que las tuyas son buenas, pero no tanto de que yo no se las supere. Hunt prefiere así dejar el juego. Con tres sietes me arreglé para derrotarlo. Anoche hizo eso en una docena de manos.

Henderson dejó oír una burlona risita. Después, al observar el rostro de Harriet, muy serio, se contuvo, manteniéndose exageradamente solemne.

—Claro que anoche debía de sentirse asaltado por muchas preocupaciones —añadió.

Nadie dejó de advertir el cambio de tono.

—¿Sí? ¿Qué clase de preocupaciones?

—Podía comprometer a alguien en quien él siempre había confiado —repuso Henderson fríamente—. Por eso me sentí disgustado al ver aparecer ante mí con frecuencia el siete de espadas.

—Sería mejor que explicara usted eso —indicó Harriet tras una pausa—. No sé qué pretende sugerir... ¿Le dijo mi tío que se proponía comprometer a alguien en quien siempre había confiado?

—No. Los dos esbozamos la idea.

Fue el impasible Rolfe quien medió en la conversación entonces. Tenía el aire de un hombre decidido a ceñirse a la razón, encontrando, no obstante, dificultad para ello.

—Escúchenme —dijo secamente—. En un tiempo y otro, siempre he tenido motivos para saber que el señor Hunt era muy aficionado a eso: a comprometer a la gente. Perfectamente —Rolfe deslizó una mano sobre su pecho, por la abertura de la americana, en un gesto ya en él característico—. Pero, ¡por Dios, señores!, ¿a dónde nos lleva tal consideración? Él proyectaba lo que se ha dicho: comprometer a alguien. Y para lograrlo se pone la máscara y las ropas de un ladrón. ¿Es eso sensato? No tengo más remedio que expresarme en estos términos: ¡nuestro hombre estaba loco! No existe otra explicación.

—Hay cinco explicaciones más —subrayó el doctor Fell.

Derek Henderson abandonó lentamente su asiento en la balaustrada, pero tornó a dejarse caer sobre ella al observar un brusco ademán en Rolfe.

Todos guardaron silencio.

—Sin embargo —manifestó el doctor Fell—, no quiero hacerles perder el tiempo con cuatro de ellas. Nos referimos a una sola: la única posible y real.

—¿Conoce usted la explicación real del caso?

—Creo que sí.

—¿Desde cuando?

—Desde que se me deparó la oportunidad de verles a todos ustedes —declaró el doctor Fell.

Recostábase cómodamente en el sillón de mimbre, que crujía como las cuadernas de un buque a cada uno de sus movimientos. Había adelantado el mentón y asentía distraído, como para realzar algún punto que se aclaraba poco a poco en su cerebro.

—He hablado ya con el inspector de policía de esta localidad —añadió de pronto—. Dentro de unos minutos estará aquí. Por sugerencia mía, les hará a ustedes una petición. Espero que nadie le dé una contestación negativa.

—¿Una petición? —inquirió Henderson—. ¿De qué tipo?

—El día es muy caluroso —señaló el doctor Fell, mirando en dirección a la piscina y parpadeando deslumbrado—. Les va a pedir que se den un baño.

Harriet musitó algo, apelando con una mirada a Lewis Butler.

—Ésa será la forma más correcta de atraer la atención sobre el asesino. Entretanto, permítanme que haga referencia a determinado punto de este caso que, en general, parece haber sido pasado por alto. Señor Henderson, ¿conoce usted alguna peculiaridad acerca de las heridas producidas con una hoja de acero muy fina?

—¿Como la causada a Hunt, por su atacante? No, no. ¿Qué pasa con ellas?

—No hay hemorragia exterior, prácticamente.

—¡Pero...!

Había hablado Harriet. Butler la obligó a callar.

—El forense habló de una herida «difícil de localizar». La víctima fallece casi en seguida y los bordes de aquélla se comprimen. Pero, entonces —arguyó el doctor Fell—, ¿por qué motivo el jersey e incluso los pantalones del señor Hunt aparecieron profusamente manchados de sangre?

—¿Bien?

—La sangre del señor Hunt no llegó a manchar en ningún momento sus ropas —contestó el doctor sencillamente.

—Esto se me hace irresistible —declaró Harriet, poniéndose en pie—. Lo... lo siento, pero, ¿es que se ha vuelto usted loco? ¿Pretende negar que nosotros viéramos a mi tío tendido junto al aparador, con las ropas llenas de sangre?

—No, no, ni mucho menos.

—Dejemos hablar al doctor —propuso Henderson, que estaba muy pálido—. Dejémoslo que delire.

—Admito que esto es hilar delgado —reconoció el doctor Fell—, pero mi afirmación implica una respuesta a cierta pregunta formulada en las últimas horas

hasta la saciedad: ¿por qué el eminentemente sensato señor Hunt vistió aquellas extravagantes ropas, dedicándose a continuación a jugar a los ladrones? La contestación, señores, es muy simple: el disfraz le fue puesto a aquél cuando era ya cadáver.

\* \* \*

—Todos han de tener en cuenta —prosiguió explicando Fell— que el señor Hunt había montado una trampa destinada a alguien: al ladrón auténtico.

»Creía que cierta persona intentaría robarle, quizá, uno de sus cuadros, o varios. Habíase enterado, probablemente, de que esa persona intentó con anterioridad otros juegos semejantes en diversas casas de campo. Se trataba de hacer algo desde dentro de este edificio que pareciese haber sido realizado por un extraño al mismo. En consecuencia, le puso las cosas fáciles al ladrón, con el propósito de atraparlo, contando además con la solicitada colaboración de un policía.

»El ladrón, un necio, cayó en la trampa. Aquél, uno de los huéspedes, esperó hasta más allá de las dos de la madrugada. Entonces se puso unas ropas viejas, la máscara, los guantes y lo demás. Después salió por la puerta trasera. Hizo todos los movimientos que erróneamente atribuimos a Marcus Hunt. Luego, la trampa saltó. Cuando estaba entregado a la tarea de enrollar el Rembrandt, el hombre oyó un ruido. Paseó el haz luminoso de la linterna por la habitación y descubrió a Marcus Hunt, en pijama y bata, que lo contemplaba.

»Sí. Hubo una lucha. Hunt se lanzó sobre él. El ladrón cogió un cuchillo, defendiéndose. Marcus Hunt hizo retroceder la mano de su enemigo y entonces la hoja de acero de aquél tocó el pecho del desleal huésped, infligiéndole una herida superficial que originó, sin embargo, una intensa hemorragia. El ladrón, ahora, enloqueció. Le retorció la muñeca furiosamente a su adversario y acabó dándole una puñalada a la altura del corazón.

»Seguidamente, en el silencio de la casa, a la débil luz de la linterna, que había quedado sobre el aparador, el asesino ve algo que piensa que más tarde puede llevarlo a la horca: la sangre de la herida propia, que empapa sus ropas.

»¿Cómo desembarazarse de ellas? Son, en verdad, comprometedoras. No puede destruirlas. Tampoco es aconsejable que huya de la casa. Si las esconde, tarde o temprano serán halladas. El registro de la policía es inevitable en tales casos. Sin las manchas de sangre, aquella indumentaria no llamaría la atención colgada en su guardarropa. En cambio, con ellas...

—Sólo se le ofrecía una salida.

Harriet Davis se encontraba de pie, detrás del sillón de mimbre, protegiendo sus ojos ante el deslumbrante sol, con una mano que a modo de visera se había colocado a la altura de la frente. Aquella mano no tembló al terminar de expresar su pensamiento:

—El ladrón cambió sus ropas por las de mi tío.

—Exactamente —gruñó el doctor Fell—. Ésa es la triste historia del crimen. El asesino vistió el cadáver con sus ropas, desgarrando con el cuchillo levemente, en el sitio apropiado, el jersey, la camisa y la camiseta. A continuación se puso el pijama y la bata del señor Hunt, que no le hubiera costado trabajo hacer pasar por suyos nunca. El dueño de la casa apenas había sangrado por su herida. A mi entender, durante la lucha la bata se le abrió y el ladrón no encontró otro motivo de inquietud que un pequeño pinchazo en la chaqueta del pijama.

»Pero una vez llevado a cabo este trabajo se enfrentó con otro. Era precisó hacerles ver a ustedes que no había habido tiempo para llevar a cabo el cambio de las ropas. Tenía que poner de relieve que la lucha se había producido exactamente *entonces*. Había que poner a los habitantes de la casa en pie. Fue cuando armó el gran estruendo, lanzando el servicio de plata al suelo, subiendo las escaleras a toda prisa...

El doctor Fell hizo una pausa.

—El ladrón no pudo ser jamás Marcus Hunt —añadió luego—. Descubrimos huellas digitales tuyas por todas partes. Y, no obstante, el hombre asesinado llevaba las manos enguantadas.

Oyóse un rumor de pasos al pie de la terraza y unos segundos después en las escaleras de piedra de la misma. Surgió entonces ante los ojos de los presentes la figura del inspector de policía de la localidad, echando humo materialmente dentro de su uniforme. Lo seguían dos agentes.

El doctor Fell contempló el grupo con evidente satisfacción.

—¡Ah! —exclamó—. Me imagino que vienen a contemplar a los bañistas. Resulta fácil disimular una herida con la ayuda de esparadrapo y un poco de algodón. O con un simple pañuelo. Claro que no caben disimulos ya cuando el interesado no tiene más remedio que limitarse a su traje de baño.

La mirada de Harriet se posó sucesivamente en los rostros de todos.

—No es posible...

Sus dedos oprimieron el brazo de Lewis Butler; un gesto instintivo del cual se había de acordar mucho tiempo después, cuando la conociera mejor.

El doctor Fell resopló complacido.

—No. No pudo ser nuestro largo y delgado señor Henderson. Y con seguridad que el trabajo del ladrón no era el más adecuado para una chica menuda y fina como usted misma...

»Sólo hay una persona, entre nosotros, de complexión y altura semejantes a las de Marcus Hunt. Ella era la única que podía llevar sus ropas sin provocar sospechas. Se trata de la misma persona que, pese a haber logrado contener la hemorragia de su herida del pecho, ha estado llevándose constantemente la mano a éste para cerciorarse de que el vendaje continuaba en su sitio. Justamente lo que está haciendo en este preciso instante el señor Rolfe.

Arthur Rolfe permanecía inmóvil en su sitio, con la mano derecha todavía sobre

el pecho. Su tez brillaba por efecto del sudor. Sus ojos, tras los finos lentes, seguían siendo inexpresivos. Habló una vez solamente. Sus resacos labios se movieron para decir:

—Hubiera debido aceptar la sugerencia del viejo zorro. En fin de cuentas vino a señalarme que yo prefería seguir casi siempre el camino más arriesgado.

## MANOS INVISIBLES

Nunca pudo comprender después por qué se sintió inquieto, por qué incluso llegó a sentir temor, antes siquiera de haber visto la playa.

¿Jugarretas de la fantasía y la noche? Pero, ¿hasta dónde puede llegar la fantasía?

Enfilaba una fuerte pendiente. La carretera, sin embargo, era buena y él podía conducir con confianza. No obstante, a mitad del camino, en el descenso, antes de que le azotara el rostro la brisa del mar directamente, o bien escuchara el murmullo de las olas, Dan Fraser sintió que su frente se cubría de sudor. En la pierna dedicada al freno notó una especie de calambre.

«¡Esto es una estupidez!», pensó. Experimentó una especie de sorpresa, igual que cuando en la guerra sintiera miedo por primera vez. Pero entonces había sabido ocultarlo oportunamente, llegando a creer los que estaban con él que nunca lo tuvo, pese a su incuestionable realidad.

Observó la fugaz claridad de un relámpago a lo lejos, por encima de su cabeza. La noche era demasiado calurosa. La carrocería saltaba sobre sus suspensiones. El camino era una hondonada en la que en ocasiones parecía faltar el aire.

Después de todo, decidió Dan Fraser, tenía muchos motivos para estar canterito. Iba a ver a Brenda, Era el hombre más afortunado de Londres. Brenda escogía para pasar sus fines de semana sitios tan alejados como el norte de Cornualles. A él no le importaba seguirla hasta allí, desde luego, aunque viajara con veinticuatro horas de retraso.

La imagen de Brenda surgió frente a él, con la misma claridad del relámpago. Veíala entre risueña y enojada, con el rostro envuelto en la extraña luz que emanaban sus rubios cabellos. Era hermosa. Muchos hombres que hubieran deseado estar en su lugar lo envidiaban. Y él habría sido un individuo desleal de haber creído ver en las reacciones de Brenda algo censurable, algo engañoso.

Brenda LeStrange conseguía siempre cuanto apetecía. Había fijado sus ojos en él... sólo Dios sabía por qué. No se consideraba una especie de premio precisamente. De nuevo tornó a imaginársela en el suavemente ruidoso ambiente, con el inevitable fondo musical, de un club nocturno. Los hombros de Brenda surgían de un vestido que parecía de plata. Sus ojos, azules e insondables, eran los de la Eva eterna.

Lo lógico, lo natural, era que hubiese preferido a un tipo como Toby Curtis; fachendoso, brillante, al que asediaban las mujeres. Eso fue lo malo, le había confiado Joyce. Toby Curtis no había podido ver a Brenda por culpa de aquella «multitud», la que formaban sus eternas acompañantes. Entonces, la joven se inclinó por...

Bueno, entonces, ¿qué diablos le ocurría?

Unos minutos más y volvería a ver a Brenda. Le sobraban motivos para estar contento...

«¡Cálmate, Dan!».

Se encontraba ya en terreno descubierto, al nivel del mar. El coche de Dan Fraser avanzó dando saltos por unas cuantas terrazas naturales que conducían a la playa particular. Frente a él, con la fachada mirando hacia la inmensa extensión líquida, se hallaba la construcción, excesivamente grande, demasiado recargada de adornos, que Brenda bautizara grandilocuentemente con el nombre de «La casa del rey».

No se veía en ella ni una luz. Esto resultaba extraño. Sólo eran las diez y cuarto.

Dan paró el motor, apagando a continuación las luces de los faros. Luego se apeó del coche. Percibió en la oscuridad el embate inacabable de las olas contra la costa, una pugna eterna.

Dio la vuelta a la manecilla del portaequipajes y sacó del mismo su maletín, cerrando el compartimiento con un fuerte golpe que dominó por unos segundos el rumor que parecía envolverlo. Aquella parte de la costa de Cornualles era demasiado solitaria, demasiado desolada. Era la primera vez, sin embargo, que se le venía a la cabeza tal idea.

Encaminóse hacia la casa. Sus pasos resonaban en el pavimentado sendero. Una especie de resplandor procedente del mar le permitió ver por qué en la construcción no se advertía luz alguna.

Todas las cortinas de las ventanas habían sido corridas... Por aquel lado, al menos.

Al aproximarse a la entrada principal, Dan corría casi. Levantó el picaporte, llamando varias veces. Al volver la cabeza y mirar hacia atrás, por encima de su hombro, otro relámpago iluminó brevemente el firmamento por el oeste.

Contempló entonces de una manera fugaz la grisácea extensión arenosa de la playa, lamida por una lengua de espuma serpenteante. En el centro de aquella se encontraba una pequeña formación rocosa semejante a un sillón, modelado por la naturaleza. Miraba desde el más remoto pasado hacia el mar y había sido bautizada con el nombre de «La silla del rey Arturo».

Cerrado el deslumbrante ojo del relámpago, oyóse a lo lejos el estruendo de un trueno.

¡Era imposible que en la casa no hubiese nadie! Cabía la posibilidad de que Edmund Ireton y Toby Curtis estuviesen en la otra edificación, situada a cierta distancia a lo largo de la costa, pero Brenda tenía que encontrarse allí. Y también Joyce Ray. Y las dos doncellas.

Dan soltó el picaporte, buscando a tientas el tirador.

La puerta no había sido cerrada con llave.

Abrió, pues, aquélla, sintiéndose de pronto deslumbrado. En el vestíbulo, profusamente decorado, como sucedía con todas, las propiedades de Brenda, había

varias lámparas encendidas, iluminando el charro mobiliario y reflejándose en el pulido pavimento. En este lugar de la casa, Dan no vio a nadie.

Silbaba el viento a su espalda y el joven entró, cerrando con el pie la puerta. No tuvo tiempo ni de dar una voz. La puerta del fondo del vestíbulo se abrió súbitamente. Joyce Ray, la prima de Brenda echó a andar en dirección a él. Los brazos le colgaban desmadejadamente a lo largo del cuerpo y sus enormes ojos recordaban los de una persona sonámbula.

—Así, pues, has llegado —dijo Joyce, remojándose los resecos labios—. Viniste por fin, Dan.

—Yo...

Dan se interrumpió. La visión de Joyce le facilitó una nueva idea. No explicaba su desasosiego, sus temores... Pero no dejaba de proyectar alguna luz.

Joyce era una figura silenciosa, oscura, sencilla con sus negros y brillantes cabellos, con su serena elegancia. Era también la clásica «pariente pobre», cosa que ya se encargaba Brenda de que tuviera presente en todo momento. Dan permanecía inmóvil, mirándola. De repente, los ojos de Joyce perdieron su ensoñadora mirada.

Había cobrado vida, lo mismo que si hubiesen leído en la mente de él.

—Joyce... —balbuceó Dan—. Acabo de entender, de ver algo con absoluta claridad. No lo había sabido comprender hasta ahora. Tengo que decírselo...

—¡Cállate! —gritó Joyce.

Ésta se mordió los labios, levantando luego una mano, como para ocultar su rostro tras ella.

—Sé qué es lo que deseas decir, pero... habrás de guardar silencio. ¿Me has oído?

—Joyce, ¿qué hacemos aquí hablándonos a gritos? De todos modos, yo... yo no quería decirte nada a ti. Todavía no. Pensaba indicarle a Brenda...

—¡No podrás, no podrás! —insistió Joyce, levantando la voz.

—¿Quieres explicarme qué significa esto, Joyce?

—No podrás decirle nada, ni ahora ni nunca, ¡jamás! Brenda ha muerto.

\* \* \*

Existen frases o vocablos que pese a su fuerza expresiva, terrible en ciertas circunstancias, no producen ninguna impresión a raíz de ser pronunciados. Y es que quien los oye opta espontáneamente por no darles crédito. Sé prefiere tenerlos por una falsedad. Pausadamente, Dan Fraser se agachó, dejando su maletín en el suelo, irguiéndose a continuación.

Joyce tragó saliva.

—Esta mañana llegó aquí la policía... Se fueron ya. A ella se la han llevado al depósito. Allí es donde pasará esta noche.

Dan continuó mudo.

—El señor... el señor Edmund Ireton —prosiguió explicando la joven—, estuvo

aquí desde el comienzo de todo. Lo mismo que Toby Curtis. Y también, afortunadamente, otro hombre: el doctor Gideon Fell. El doctor Fell es un carcamal muy entendido en diversas cosas. Es amigo de la policía. Muy amable, ayudó a limar algunas asperezas. Sin embargo, Dan, si tú hubieses estado aquí anoche...

—Me fue imposible. Ya se lo dije a Brenda.

—Sí. Conozco cuánto se ha divulgado acerca del duro trabajo de los periodistas. Ahora bien, si tú hubieses estado aquí, Dan, quizá no hubiera sucedido nada.

—Joyce, Joyce. ¡Por el amor de Dios!

Hubo una pausa en la accidentada conversación. Después, la chica miró a Dan con los ojos muy dilatados.

—Lo siento, Dan. Lo siento muchísimo. Me sentía muy mal. He querido desahogarme con la primera persona que he encontrado ahora a mano...

—¡Oh! Deja eso a un lado. Dime: ¿cómo murió Brenda? —desesperadamente, Dan empezó a formular conjeturas—. Espera... Creo saberlo ya. Iría a bañarse esta mañana, como de costumbre... Estaría buceando por los alrededores de las rocas del pequeño cabo y...

—No —contestó Joyce—. Brenda fue estrangulada.

—¿Estrangulada?

Joyce había intentado decir «asesinada». No logró pronunciar este vocablo. Una fuerza misteriosa se lo impidió. Pero no apartó un instante sus ojos de los de Dan.

—Brenda fue a bañarse esta mañana a primera hora, sí.

—¿Y qué?

—Supongo, al menos, que eso fue lo que hizo. Yo no la vi. Estaba durmiendo todavía... Ya sabes dónde: en la habitación que siempre me asigna, en la parte posterior de la casa. Se marchó en dirección a la playa. Habíase puesto un traje de baño rojo y un albornoz blanco.

Automáticamente, la mirada de Dan se posó en un óleo colgado en la pared de la chimenea. Debido al pincel de un miembro de la Real Academia de Arte, abordaba un tema clásico, eterno. El autor había titulado su lienzo «Los amantes». Dejaba bien poco a la imaginación de quien lo contemplaba. Tratábase del cuadro favorito de Brenda, porque la figura femenina tenía muchos puntos de semejanza con ella.

Joyce, nerviosa, extendió ambas manos.

—Tú conoces la costumbre de Brenda... Solía quitarse el albornoz, extendiéndolo sobre «la silla del rey Arturo». Después se sentaba, fumándose un cigarrillo mientras contemplaba el mar y antes de tirarse al agua.

»El albornoz continuaba todavía en la «silla» cuando yo bajé las escaleras a las siete y media —prosiguió diciendo Joyce, haciendo un gran esfuerzo—. Pero Brenda no... Ni siquiera llegó a ponerse su gorro de baño. Alguien la había estrangulado con el pañuelo de seda que habitualmente utilizaba con el albornoz. Se le había ajustado tanto al cuello que costó trabajo quitárselo. Estaba tendida en la arena, frente a la «silla», boca arriba. Tenía la cara ennegrecida e hinchada. Desde la terraza se la podía

ver con toda perfección.

Dan repasó una vez más los frescos colores de «Los amantes». Luego apartó la vista súbitamente del cuadro.

Joyce, una joven serena y juiciosa, apenas podía dominarse.

—Menos mal que no eché a correr en dirección a la playa. Me encontraba pisando ya las losas de la terraza inferior... Gracias a Dios me lo impidieron...

—¿Que te lo impidieron? ¿Quiénes?

—El señor Ireton y Toby. El primero, mejor dicho. Toby no había pensado en ello.

—Pero...

—Toby, ¿sabes?, vino aquí un poco antes. Pero se encontraba en la parte trasera de la casa, ejercitándose en el tiro con un rifle del calibre 22. Oí a Toby disparar una vez. Él señor Ireton acababa de llegar. Los tres salimos a la terraza en seguida. Y la vimos...

—Vamos a ver, Joyce. ¿Qué más da que echaras o no a correr en dirección a la playa? ¿Por qué te alegras tanto de que ellos te lo impidieran?

—Porque de no haber procedido de aquella manera, la policía quizá hubiera afirmado que yo lo hice.

—Que hiciste, ¿qué?

—Hubieran dicho que yo maté a Brenda, ¿comprendes? —repuso Joyce sin más rodeos—. En la arena, Dan, no había más huellas que las de Brenda.

—¡Un momento! —protestó él—. Brenda, según tú, fue asesinada con el pañuelo de seda que llevaba, ¿no?

—¡Oh, sí! Eso es algo indudable para la policía y hasta para el doctor Fell.

—Entonces, ¿cómo pudo el criminal ir hasta donde estaba ella y volver sin dejar en la arena el menor rastro?

—Ésa es la cuestión, precisamente. La policía no se lo explica. Por tal motivo, los agentes andan muy preocupados y esta noche hará acto de presencia en la casa de nuevo el doctor Fell.

Joyce fracasó en su desesperado intento de expresarse con absoluta naturalidad. Estaba muy pálida. Tenía los bordes de los párpados amoratados. Vaciló otra vez.

—Dan...

—Dime.

—¿Comprendes ahora por qué me alteré tanto cuando nada más entrar dijiste lo que dijiste?

—Sí, por supuesto.

—Sea lo que sea lo que tengas que decirme... Y también si piensas una cosa u otra...

—¿Acerca de... nosotros?

—¡Acerca de cualquier cosa! ¿No comprendes que debes, olvidarlo para no referirte a ello jamás?

—Veo claramente por qué ahora debo callar. Muerta hace unas horas tan sólo ella, no sería honesto pensar en tal cosa —Dan no lograba apartar la mirada de aquel burlón cuadro—. Sin embargo, ¿es que ha muerto el futuro también? Si yo he sido un idiota y me he imaginado que con Brenda iba como sobre ruedas, cuando en realidad...

—¡Dan!

Cinco puertas daban al vestíbulo, en el que había demasiados espejos, por cierto. Joyce giró el cuerpo, paseando la mirada por cada una de ellas, temerosa de que alguien les estuviese preparando una emboscada.

—Por el amor de Dios, no levantes la voz, Dan —dijo en tono implorante—. En las habitaciones de esta casa no se puede pronunciar una palabra que no se oiga en el extremo opuesto de la misma. He dicho «jamás» y no por gusto; Si tú hubieras hablado hace una semana, hace veinticuatro horas incluso, quizá hubiera sido todo diferente. ¿Pensabas acaso que yo no quería que lo hicieras? Ahora, sin embargo, ¡es ya demasiado tarde!

—¿Por qué?

—¿Podría contestar yo a esa pregunta? —inquirió una nueva y seca voz con cierta inflexión zumbona.

Dan había avanzado hacia la joven, intensamente consciente de su hermosura. Detúvose, verdaderamente, azorado, en el instante en que se abría una de las cinco puertas.

Edmund Ireton, rechoncho, refinado a sus cincuenta y tantos años, surgió ante ellos con su viveza de costumbre. Todavía no había muchas canas en sus bien cepillados cabellos. Su rostro hubiera podido compararse con la de un sátiro benevolente.

—Perdóneme —dijo.

Por encima de su cabeza la espalda de él, se destacaba Toby Curtis, macizo y de varoniles rasgos, rubio, quien vestía un voluminosa chaqueta de género de punto. Este último fue a hablar, pero el señor Ireton le hizo una seña antes de que pudiera articular un vocablo.

—Perdóneme —repitió Ireton—. Es verdad lo que Joyce ha dicho. Lo que se habla aquí se oye, quiera uno o no, en toda la casa. Creo que esto seguiría pasando aunque estuviese lloviendo... —mirando a Dan agregó—: Si continúa gritando como hasta ahora y el doctor Fell lo oye, es posible que coloque a esa chica sencilla en una posición muy delicada.

—¿En una posición muy delicada? —inquirió Toby Curtis. Éste tuvo que aclararse la garganta—. ¿Por qué va Dan a poner...?

El señor Ireton, immaculado dentro de su bien cepillada indumentaria, se aproximó a la repisa de la chimenea. Levantó la vista, contemplando durante un buen rato, en silencio, el óleo «Los amantes» antes de dar la vuelta.

—El salmista nos lo dice: todo es vanidad. ¿No ha observado ninguno de ustedes

que el rasgo más sobresaliente del carácter de Brenda era su vanidad? Que Dios me perdone por hablar así de ella.

La mirada de Ireton se posó en Joyce, quien de repente giró en redondo, tapándose el rostro con ambas manos.

—Una vanidad aterradora la poseía, sí. Nada más por el hecho de haberla herido cualquier persona en aquélla, nuestra querida Brenda hubiera llegado a asesinar...

—¿No está usted yendo demasiado lejos, señor Ireton? —preguntó Dan al hombrecillo—. Ella no cometió ningún crimen. Por el contrario, fue Brenda...

—¡Ah! —saltó el otro—. ¿Y qué? ¿No cree que lo sucedido puede encerrar una gran lección?

—No irá usted a decir que se estranguló ella misma, valiéndose del pañuelo, ¿eh?

—No... pero oigan lo que voy a decir de veras. Nuestra Brenda, indudablemente, albergó muchas pasiones y fantasías. Sin embargo, hubo un único hombre en su vida, con el que aspiró a casarse. ¡Ah!, no se trataba del señor Dan Fraser...

—¿Dé quién, pues? —quiso saber ahora Toby.

—De usted.

Él asombro de Toby era demasiado auténtico para que los presentes pudiesen pensar que fingía. Su rostro perdió color. Una vez más, se vio obligado a aclararse la garganta para poder hablar.

—Me deja usted... Con franqueza, ¡no lo sabía! Nunca me imaginé...

—No, claro —insistió Ireton, más seco que antes. Floreció en sus labios una extraña sonrisa que desapareció en seguida—. Brenda era de las mujeres que podía escoger... Por tal motivo, volvió la cabeza hacia el señor Fraser y se prometió a éste. Todo lo hacía para sacarle a usted de su pasividad, señor Curtis para que sintiera el demonio de los celos. Usted continuó sin enterarse. A todo esto Joyce Ray y Dan Fraser se enamoraban lentamente, permaneciendo él ignorante al nuevo sentimiento... Estos casos se dan con relativa frecuencia.

Edmund Ireton miró a Fraser.

—Perdone mi brusquedad, señor Fraser. Es posible que en estos instantes sienta unos deseos enormes de retorcerme el pescuezo. Lo veo claramente en sus ojos. Sin embargo, ¿se atrevería a negar una sola palabra de las que he dicho?

Si había de ser sincero, Dan no podía hacer tal cosa.

—No —respondió.

—Bien. Ahora tengan cuidado los dos cuando se enfrenten con la policía. Ésta podría hacer determinadas conjeturas molestas para ambos. Joyce ya contaba con un motivo... Es la única persona que queda de la familia de Brenda y hereda todo su dinero. Si los agentes investigadores de este caso se enteran de que andaba enamorada del prometido de su prima, existe la posibilidad de que vaya a parar a la prisión, acusada de asesinato.

—¡Ya está bien! —exclamó Dan, que no se atrevía siquiera a mirar a Joyce—. Usted lo ha expuesto todo con excesiva claridad. Bueno, ¡basta ya!

—¡Oh!, eso era precisamente lo que yo quería, pero pensé que era necesaria mi intervención si ustedes se empeñaban en ponerse en evidencia.

—¡No te dejes embrollar, Dan! —medió Toby, dando un paso adelante—. En primer lugar, la policía no puede arrestarte. Tú no te encontrabas aquí. Yo sé...

—He oído ya todo cuanto tenía que oír sobre este asunto, Toby.

—Mira... —insistió Toby—. Cuando la policía termine con sus mediciones y fotografías, cuando haya efectuado el estudio de las huellas de Brenda, seré yo quien entre en acción.

Edmund Ireton sonrió.

—¿Intenta usted solucionar este misterio por su cuenta, señor Curtis?

—No es eso lo que quise dar a entender —contestó Toby muy fríamente—. Sin embargo, he de formularle a usted una o dos preguntas. ¿Por qué anda usted pinchándome todo el día?

—Con franqueza, señor Curtis: es qué lo envidio.

—¿Que usted me...?

—Por lo que a las mujeres respecta, joven, no poseo sus facultades. Yo no puedo contar nada acerca de una niñez romántica pasada en una verde pradera de África del Sur. Jamás supe conducir una yunta de bueyes, ni mucho menos espantar una mosca posada en la oreja de una bestia con la punta del látigo. No hubo tampoco nadie que me enseñara a ser un jinete de excepción y un tirador con arma de fuego de primera categoría.

—¡Oh! No siga.

—¿No quiere que siga? ¿Era ésa la terrible pregunta que se proponía hacerme?

—No. Me la reservo por ahora. Es usted... excesivamente sinuoso.

—Mis más expresivas gracias por su amable calificativo, señor Curtis.

—Oye, Dan —dijo Toby—. ¿Tú has visto esa formación rocosa bautizada por Dios sabe quién con el nombre de «la silla del rey Arturo»?

—La he visto cincuenta veces, pero todavía no logro comprender...

—Lo que yo no entiendo —medio de repente Joyce, sin volver la cabeza siquiera— es por qué me obligaron a acomodarme en el mismo sitio en que se colocara Brenda. Fue horrible.

—¡Oh!, la policía estaba reconstruyendo el crimen entonces —explicó Toby—. El enigma radica en esto, Dan: ¿cómo pudo acercarse a la «silla» el asesino sin dejar la más leve huella de sus pasos sobre la arena?

—Claro...

—Nadie pudo aproximarse allí —prosiguió explicando Toby, dándose mucha importancia—. El asesino, por ejemplo, no pudo llegar procedente del mar. ¿Razones? Una y muy simple: el punto más alto durante la pleamar, donde las aguas hubieran podido borrar las huellas, se encuentra situado a más de seis metros de la porción delantera de la «silla», ¡a más de seis metros!

—¡Ejem...! Un momento —intervino el señor Ireton, levantando un dedo—. El

inspector Tregellis afirma que el asesino debió de atacar a su víctima por la espalda.

—Eso no arregla nada tampoco. Desde las últimas losas de la terraza hasta la «silla» hay por ese lado otros seis metros más o menos. ¿Y bien, Dan? ¿Se te ocurre a ti alguna otra solución?

Dan, normalmente un hombre bastante despejado, no acertaba a pensar en aquellos instantes más que en Joyce. Habíanla separado de él bruscamente nada más encontrarla.

Hizo, no obstante, un esfuerzo para corresponder a la pregunta de su amigo.

—Pues... no sé. ¿No hubiera podido nadie plantarse de un salto allí?

—¡Alto! —dijo Toby burlón. Curtis era un deportista excelente y entendía de aquellas cosas—. Eso fue lo primero que pensó la policía.

—¿Otra hipótesis eliminada?

—Por completo. Un campeón olímpico sería capaz de lograr esa marea siempre y cuando dispusiese de un espacio para la arrancada inicial y de sitio donde caer, No contamos con nada, semejante. No existía señal alguna en la arena. Es imposible de todo punto que el asesino se plantase inesperadamente en la «silla», estrangulase a Brenda y se retirara después botando como si fuese una pelota o un saltamontes.

—Sin embargo, ¿alguien lo hizo, Toby!

—¿Cómo?

—Lo ignoro.

—Usted parece encomiar mucho la *hazaña*, señor Curtis —señaló Edmund Ireton llanamente.

—¿Yo? —inquirió Toby, perdiendo de nuevo el color.

—Esas infancias románticas...

Toby no perdió los estribos del todo. Pero ya le había declarado la guerra al otro.

—Bueno, mire, señor Ireton: yo le agradezco mucho su hospitalidad. No nos la ha negado cuando hemos venido aquí, a su casa, para pasar el fin de semana. Dejemos esto a un lado ahora... Desde hace varias horas anda usted haciendo cábalas sobre quién soy yo y lo que dejo de ser. ¿Quién es usted en fin de cuentas?

—No le entiendo.

—Usted ha mantenido una relación constante con nosotros por espacio de dos o tres años. Especialmente con Brenda y Joyce. ¿Quién es usted? ¿Qué es usted?

—Soy un observador de la vida —contestó el señor Ireton, tranquilamente—. Soy un hombre que se ha dedicado a estudiar la humana naturaleza y también, ¿he de decirlo?, un cortés tío para dos jóvenes damas.

—¿Es eso todo lo que usted es? ¿Para una y otra?

—¡Toby! —exclamó Joyce, impresionada hasta el punto de salir de su ensimismamiento.

La joven había dado la vuelta, mirando alternativamente a Dan y Toby.

—No te preocupes, Joyce —se apresuró a decir Toby, agitando una mano en dirección a ella. Esto no va contra ti.

Curtís no había apartado los ojos de Ireton.

—Prosiga —indicó el último, cortésmente.

—Alega usted que Joyce está en peligro. Nada hay de eso querido —manifestó Toby—. Es decir, en tanto que la policía no sepa cómo fue estrangulada Brenda.

—Los investigadores acabarán sabiendo exactamente todo lo que hizo el criminal. Yo estoy convencido de ello.

—¿Intenta proteger a Joyce?

—Naturalmente.

—¿Y por eso previno a Dan para que no dijera que estaba enamorado de ella?

—Desde luego. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Toby se irguió. Había hundido la mano en el interior de la voluminosa chaqueta de punto.

—Entonces, ¿por qué no se lo llevó de aquí en seguida, recomendándole que guardara silencio? ¿Por qué proclamó a gritos que él estaba enamorado de Joyce, exponiéndose por tanto a que lo oyera toda la casa?

Edmund Ireton abrió la boca como si se dispusiera a hablar, pero cerró de nuevo aquella, sin pronunciar una palabra.

Fue el golpe asestado burlando la guardia, tanto más inesperado cuanto que procedía de Toby Curtís.

El señor Ireton se plantó inmóvil ante el óleo titulado «Los amantes». La expresión de la supuesta Brenda del cuadro, esquiva y burlona, no guardaba semejanza ya con la suya. Todos permanecieron callados un buen rato. El silencio se tornó luego más impresionante. Dan Fraser comprendió que fuera había cesado la lluvia.

Los pequeños ruidos de la noche, como el crujir de las maderas de un mueble, o el goteo entre las hojas de los árboles, hacían más intensa la tranquilidad reinante. Oyeron un rumor de pasos, sonoros, fuertes, como los de un elefante, quizás. Aproximábanse a una de las puertas, desde el lado opuesto a ellos. Aquel acompasado ritmo proporcionaba una nota de misterio a la escena.

Pronto apareció, resoplante, apoyado en un bastón, un hombre tan corpulento que para cruzar la puerta de entrada hubo de colocarse de lado a la altura del marco...

Un espeso mechón de grisáceos cabellos le había caído sobre una oreja. De los lentes colgaba una ancha cinta negra. En circunstancias ordinarias, su gruesa faz debía de ser muy roja. Unas risitas frecuentes animarían, indudablemente, su papada. Ahora aquella cara presentaba una expresión distraída. Su dueño había arrugado los labios, haciendo prominente un espeso mostacho de bandolero.

—¡Ajá! —exclamó con voz atronadora. Parpadeó al mirar a Dan, con un gesto que denotaba su evidente interés—. Usted debe de ser el señor Fraser, el último miembro de este curioso grupo de excursionistas de fin de semana. ¡Hum! Sí. A su disposición, señor Fraser. Yo soy Gideon Fell.

El doctor Fell llevaba una capa tan grande como una tienda de campaña. En una

de sus manos se veía un sombrero de teja. Ensayó una reverencia y un ceremonioso ademán con ayuda del bastón, poniendo en peligro el mobiliario de las inmediaciones.

Sus oyentes no hicieron ningún movimiento. El miedo era allí casi palpable, igual que el olor a tierra mojada en el campo después de la lluvia.

—Sí. Había oído hablar de usted —manifestó Dan, quien levantó la voz más de lo debido, muy a su pesar—. Me figuro que su casa ha de quedar lejos de aquí... Supongo también que «la silla del rey Arturo» le inspira cierto interés... ¡ejem!... de tipo arqueológico.

El doctor continuó con la vista fija en Dan, parpadeando todavía incesantemente. Limitóse a mover la cabeza al contestar.

—¿Un interés de tipo arqueológico, ha dicho? ¡Mi querido señor! —Fell resopló suavemente—. De existir algunos datos positivos relacionados con un Rey Arturo semilegendario, hallaríamos aquéllos en Tintagel, mucho más al sur. No. Yo pasaba aquí unas breves vacaciones. Esta mañana, el inspector Tregellis me dejó fascinado al referirme determinadas circunstancias que concurren en un crimen que yo califico de fantástico. He regresado esta noche por razones personales.

El señor Ireton, más tranquilo, procuro estar a la altura de la cortesía del recién llegado al preguntar:

—¿Me permite que le diga que nos gustaría conocer aquéllas?

—Ante todo, deseaba interrogar a las dos doncellas. Sus habitaciones se encuentran en la parte trasera de la casa, lo mismo que la de la señorita Ray. Esta tarde, ustedes lo recordarán se hallaban fuera de sí, propensas casi a sufrir un ataque de histeria.

—¿Y eso es todo?

—Pues... no —respondió el doctor Fell, frunciendo el ceño—. En segundo lugar, quería retenerles a ustedes aquí durante una hora o dos. Tercera cuestión: tengo que asegurarme por lo que atañe al móvil de este crimen. En estos momentos confieso satisfecho que ya sé concretamente a qué atenerme sobre el particular.

Joyce ya no pudo dominarse.

—Entonces... ¡usted lo ha oído todo!

—¿Cómo?

—Sí, ¡usted ha oído hasta la última de las palabras pronunciadas por ese hombre!

A pesar de las señas que Dan hacía a la joven, ésta señaló con un movimiento de cabeza al señor Ireton, añadiendo:

—Sin embargo, juro que no he tenido nada que ver con la muerte de Brenda. Lo que le dije a usted hoy es cierto, completamente, cierto: no quiero su dinero, no pienso tocarlo siquiera. En cuanto a mis... mis asuntos personales, íntimos, todo el mundo parece estar al cabo de la calle, todos creen conocerlos, con la sola excepción de Dan y la mía propia —manifestó Joyce, muy encarnada—. Por favor, doctor Fell, no preste usted la menor atención a lo que ha declarado ese hombre.

El doctor Fell, atónito, no perdía una sola de las palabras de Joyce. Su asombro pareció convertirse luego en aflicción.

—Pero, ¡mi querida señorita! —tronó—. Ni por un instante la hemos tomado nosotros por la autora del crimen. ¡No, no! ¡Arcontes de Atenas, no! —El doctor Fell daba la impresión de juzgar aquello un absurdo incalificable—. En cuanto a lo que su amigo el señor Ireton haya podido estar diciendo, tengo que comunicarle que no he oído nada en absoluto. Sospecho que les haría partícipes de lo que me dijo a mí hoy y que ha servido para descubrir el móvil del asesinato. El cual no guarda la más mínima relación con los que hubieran podido impulsarla a usted a actuar.

—¿Es verdad lo que dice? ¿No intenta tenderme una trampa?

—¿Me cree a mí capaz de tal cosa? ¿Qué impresión le he causado entonces, señorita? —inquirió Fell cortésmente—. Es imposible que usted matara a su prima. A esta conclusión se llega estudiando el método empleado, sobre todo.

—¿Lo han descubierto ya? ¿Cómo murió Brenda?

Fell desechó el tema con un simple y elocuente movimiento de su mano.

—¡Oh! ¿Para qué detenernos ahora en eso? Le adelantaré que es el detalle más simple de toda esta historia.

El doctor Fell miró a su alrededor, viéndose reflejado en los diversos espejos de la estancia. A continuación dejó su bastón y el sombrero encima de una de las mesas. Seguidamente se enfrentó con su auditorio, adoptando una expresión que le hacía aparecer apenado y dispuesto a solicitar que lo excusasen por su actitud.

—Puede que les sorprenda —manifestó—, que un cabeza de chorlito como yo haya llegado a ser un observador excelente. Mi ventaja sobre la policía salta a la vista. Inicié mi vida como maestro de escuela, adquiriendo así una experiencia que me permitió luego descubrir a los habituales. Ciñámonos ahora a los hechos...

»¡Los hechos! —exclamó Fell haciendo una espantosa mueca—. De acuerdo con lo declarado por las doncellas, Sonia y Dolly, la señorita Brenda Lestrangle se encaminó a la playa con la intención de bañarse esta mañana, a las siete menos diez minutos. Dolly y Sonia se hallaban despiertas a esa hora, pero no se levantaron. Ocho o diez minutos después, el señor Toby Curtis comienza sus ejercicios de tiro con rifle a alguna distancia de la casa, detrás de la mismas.

—¡No me mire usted así! —gritó Toby—. El rifle que yo utilicé nada tuvo que ver con el crimen. Brenda no encontró la muerte como consecuencia de un disparo hecho con arma de fuego.

—Estoy enterado de eso, señor —repuso el doctor Fell, pacientemente.

—¿Qué pretendía usted sugerir entonces?

—Yo le pediría a usted un favor, amigo mío: le ruego que no juzgue cada una de mis consideraciones una trampa. Dispongo de ésta, desde luego, pero la destino al criminal solamente. Usted hizo varios disparos... Las doncellas lo vieron y lo oyeron —Fell se volvió hacia Joyce—. Usted también, ¿verdad?

—Yo oí un disparo —contestó la joven, confusa—. Así se lo dije a Dan. Esto fue

alrededor de las siete, cuando yo ya me había levantado y vestido.

—¿Llegó a asomarse a alguna ventana?

—No.

—¿Qué fue del rifle después? ¿Se encuentra aquí todavía?

—No —manifestó Toby—. Me lo llevé a la casa de Ireton después de ser hallado el cadáver de Brenda. Pero, ya que el rifle no ha tenido que ver con el crimen, ni yo tampoco, ¿a qué viene la pregunta?

El doctor Fell guardó silencio unos instantes. Finalmente hizo otra pavorosa mueca.

—Sabemos —siguió—, que Brenda LeStrange se había puesto un traje de baño y un albornoz, rodeando su cuello con un pañuelo de seda. ¿Qué dice usted a eso, señorita Ray?

—Es..., es cierto.

—No soy precisamente una autoridad en indumentaria femenina —prosiguió diciendo el doctor Fell—, pero... He observado en ocasiones que hay hombres que se echan al cuello una pequeña toalla, por ejemplo, cuando usan el albornoz. ¿Es habitual también esto entre las mujeres?

Hubo una pausa.

—No, no lo es —afirmó al cabo de unos momentos Joyce—. Yo no tengo tal costumbre... En Brenda sí que era eso un hábito.

—¡Ajá! El criminal contaba con ello.

—¿Con qué?

—Con su conducta en determinadas situaciones. Permítanme que les haga la sombría descripción de un crimen.

Los párpados del doctor Fell se habían estrechado. Sólo se veía brillar una temblona luz entre ellos. Del interior de una inmensa capa sacó una pipa de espuma gigantesca. Convencido de que ya había atascado ésta de tabaco, de que incluso habíala encendido ya, se colocó la boquilla entre los labios, dando unas chupadas ávidamente.

—La señorita LeStrange: es muy importante. Extiende su prenda sobre la *Silla* de piedra y se sienta. Lleva aún arrollado al cuello el pañuelo de seda. Tendría, aproximadamente, su estatura, señorita Ray. Se encuentra encajada hasta la altura de los hombros en una roca curva hundida en la arena.

El doctor Fell abrió los ojos.

—El asesino (es lo que nosotros creemos), la ataca por la espalda. Ella no ve ni oye nada hasta el instante de notarse cogida. Siente una presión intensa en las carótidas, esas arterias que quedan a la mitad del cuello, bajo la mandíbula. Unos segundos así y pierde el conocimiento; unos minutos más y sobrevendrá la muerte. Al recuperar su libertad el cuerpo, lo lógico era que el mismo cayese hacia delante. Pero, ¿qué ocurre en vez de eso?

Para Dan, aliviado al comprobar que ya no amenazaba ningún peligro a Joyce,

aquello fue como si se hubiera hecho la luz en su cerebro.

—Estaba tendida boca arriba —declaró—. Es lo que Joyce me dijo. Brenda había vuelto la cabeza hacia el mar, lo cual significa...

—Adelante.

—Significa que su cuerpo describió un giro al caer. Se trataría de algo relacionado con ese infernal pañuelo... No he dejado de pensar en el desde el principio, doctor Fell. ¿Fue acaso asesinada Brenda con aquel trozo de tela?

—Sí... y no, según se mire.

—¡Tiene que ser una u otra forzosamente!

—No necesariamente.

—Vamos a acabar todos en un manicomio —aseguró Dan desesperado—. No hay nada en este asunto que tenga sentido. El asesino no pudo andar de un lado para otro: habría dejado huellas de sus pasos por todos lados. Finalmente, estoy de acuerdo con lo que ha indicado Toby: ¿qué cuenta aquí su rifle? ¿Qué papel puede haber desempeñado en este asunto?

—De él da cuenta el estampido del disparo.

El doctor Fell se quitó la pipa de la boca. Dan se preguntó por qué había calificado sus ojos de vagos, de indecisos. Ampliados por los cristales de las gafas, no merecían tales calificativos, en absoluto.

—Un rifle del calibre 22 —continuó explicando el doctor, con su vozarrón de siempre—, hace al disparar un ruido característico. Al aire libre suena exactamente igual que el instrumento real empleado para cometer el presente asesinato.

—¿El instrumento real? ¿Cuál es?

—Estaba refiriéndome al estallido de un látigo de cuero retorcido.

Edmund Ireton, con aspecto de hombre sumamente cansado, dando la impresión de que en unas horas había envejecido diez años, se derrumbó en un sillón. Toby Curtis dio un paso atrás, y luego otro...

—Nunca he tenido ocasión de examinar él larguísimo látigo que los conductores de la yuntas de bueyes utilizan en África del Sur. Sin embargo, en América, he podido ver el látigo de cuero retorcido clásico, que llega a los siete metros de longitud a veces. Estoy seguro de que alguno de ustedes lo habrá admirado en manos de ciertos artistas de variedades o del circo.

El doctor Fell apuntó al grupo con su pipa.

—¿No se acuerdan? El hombre del látigo se sitúa frente a su gentil ayudante, a una distancia prudente de ella. Restalla aquél. Su extremo final se enrosca dos o tres veces en el cuello de la muchacha, que no sufre ningún daño. Pero su situación sería más que apurada si el otro tirara en aquel momento de la empuñadura hacia él. La chica se encontraría en grave peligro de verse retenida, sin poder hacer ningún movimiento.

»Hubo una persona que planeó un asesinato valiéndose de un instrumento parecido, de un látigo como el descrito. Llegó aquí a primera hora de la mañana. El

látigo en cuestión estaba arrollado a su cintura, disimulado por una chaqueta de punto muy amplia. Fíjense en la prenda que viste Toby Curtis...

Éste sólo pronunció una palabra. Fue un grito. Lo mismo podía haber sido de protesta, que de burla o reto...

—¡Oh! ¿Por qué no terminar ya con esta escena? —inquirió angustiada Joyce, volviendo de nuevo la cabeza hacia otro lado.

—Continúe usted, por favor, doctor Fell —solicitó el señor Ireton.

—La calma impresionante de la mañana le impediría disimular el fuerte restallido del látigo. ¿Qué hace entonces nuestro hombre?

—Se valdría, quizá, de otro ruido... —propuso Edmund Ireton.

—¡Exactamente! Él estaba siempre practicando con un rifle del calibre 22. Hizo varios disparos detrás de la casa para fijar así su presencia. Nadie observaría nada raro al restallar el látigo (el disparo aislado oído por la señorita Ray), un sonido procedente, al parecer, del lugar que ya he indicado del edificio.

—Entonces, él se encontraba, realmente...

—En la terraza, a seis metros de la víctima, inmóvil en la curva de «La Silla del Rey Arturo». El extremo del látigo se había enrolado en el cuello de aquélla, sobre la bufanda de seda. La señorita Lestrangle dejó de respirar en seguida. Por efecto del tirón dado por su fuerte atacante, murió asfixiada a los pocos segundos.

»Ustedes recordarán que en el escenario, o eh la pista del circo, un par de sencillos y rápidos movimientos de la mano de quien hace restallar el látigo bastan para que el cuello de su ayudante quede libre de nuevo. Toby Curtis se enfrentó con una tarea más dura. El pañuelo de seda había quedado tan encajado en el cuello que la joven daba la impresión de haber sido estrangulada con aquél. Nuestro hombre podía desalojarlo de allí... Pero únicamente con un enérgico movimiento de rotación del brazo, al tiempo de levantar el mismo, que hizo girar el cadáver, que al caer quedó boca arriba. El látigo regresó a las manos de su dueño sin dejar el más leve rastro sobre la arena. A continuación ya no tenía más que llevarlo a la casa del señor Ireton, con el pretexto de volver a poner en su sitio el rifle. Nuestro hombre acababa de cometer un crimen que en su inmensa vanidad calificó de perfecto. Eso es todo, señores».

—No. No puede ser todo cuanto termina de decirnos —clamó Dan—. ¿Por qué había de matar Toby a Brenda? ¿Qué móvil pudo impulsarlo a...?

—¿Quiere saber el móvil? Se lo diré: satisfacer su vanidad, *gravemente* ofendida. Edmund Ireton tiene que haberles dado a entender algo a este respecto. A mí, ciertamente, me ha sugerido muchas cosas.

Edmund Ireton abandonó un tanto agitadamente su asiento.

—Yo no soy juez, ni mucho menos ejecutor —declaró—. Yo... yo estoy desligado de la vida. Yo sólo me dedico a observarla. Si yo fuese capaz de adivinar por qué se hizo esto...

—¿No se siente con fuerzas para abordar directamente el tema, sin más rodeos?

—inquirió el doctor Fell, irónico.

—¡No!

—He aquí la faceta más trágica del asunto: la señorita Lestrangle quería a Toby Curtis, exactamente igual que éste la quería a ella. Su indiferencia, su desdén, eran fingidos. Brenda, mujer al fin, dio demasiada veracidad a su papel, hubiera llegado hasta, el crimen. Éste, en el mismo caso...

—¡Bah! —exclamó Toby—. ¡Todo eso no es más que una sarta de embustes!

—¡Fíjense en él! —dijo el doctor Fell—. Incluso en el momento de verse acusado como autor de un crimen no puede apartar los ojos de los espejos.

—¡Mentiras! —clamó Toby.

—Brenda se rió de él. Era forzoso, pues, que muriera. Comportándose con una brutalidad terrible, totalmente insensible, mató a una joven que hubiera sido suya nada más hacer confesión de sus verdaderos sentimientos. ¡Qué trágica ironía!

Toby Curtis había seguido retrocediendo. Hasta que su espalda entró en contacto con una de las paredes. Sobresaltado, volvió la cabeza, divisando un espejo a la altura de su cabeza.

—¡Mentirás! —repitió—. ¡Hable, hable, hable, si ese es su gusto! Nada hay que pueda usted probar...

—¿Está usted seguro de eso, señor? —preguntó el doctor Fell.

—Sí.

Fell irguió la cabeza.

—Les advertí al principio de la presente reunión que había regresado con el propósito de charlar con ustedes por espacio de una hora o dos. De esta manera, el inspector Tregellis dispuso de tiempo suficiente para registrar la casa del señor Ireton. Tregellis habrá regresado ya... Les hice saber también que me había entrevistado con las doncellas, Sonia y Dolly, quienes por la mañana no acertaron a decir más que frases incoherentes. Mi querido señor: usted, indudablemente, subestima sus personales atractivos.

Joyce pareció comprender ahora. Sin embargo, la joven no pronunció una palabra.

El doctor Fell obsequió a Toby con una feroz mirada.

—Por lo visto, Sonia sé había prendado de usted. Al oír el último y aislado «disparo», esta mañana, tornó a asomarse por la ventana. No andaba usted por allí... La cosa se le antojó extraña que echó a correr hacia la terraza delantera. La chica lo vio entonces.

La puerta utilizada por el doctor Fell para entrar continuaba abierta. Su voz cobró fuerza, resonando poderosamente en el vestíbulo.

—¡Entre, Sonia! Eh fin de cuentas usted fue la única persona que presencié el crimen. Usted, inspector, es conveniente que pase también.

Toby Curtis retrocedió atropelladamente. Pero por allí no podía encontrar ninguna puerta de salida.

Todos vieron la cara hinchada y manchada por las lágrimas de Sonia. Ante ésta desfiló una maciza figura embutida en un uniforme, portadora de lo que había sido hallado en la otra casa.

La imagen del inspector Tregellis se reflejó sucesivamente en todos los espejos. Llevaba arrollado al brazo un largo látigo... Sus vueltas hacían pensar en una cuerda: la de la horca.

RELATOS DEL SERVICIO  
SECRETO

## RIGUROSAMENTE DIPLOMÁTICO

Ahora que se encontraba casi al final de su cura de reposo, Dermot se sentía maravillosamente bien, como nunca se había sentido en su vida. Recostóse en su silla de mimbre, flexionando ligeramente brazos y piernas. Hizo luego una inspiración profunda. A sus pies, las llanuras situadas entre Francia y Bélgica se inclinaban en dirección al río, un río de curso lento y aguas verdes, por reflejar la vegetación de las orillas. A media milla de distancia podía ver las casas de la población, con los grandes tejados de cristal del balneario humeando bajo el sol de otoño. A su espalda, al final del emparrado, se hallaba la fachada posterior del hotel, ahora desprovista de sus toldos.

Sí, los habían quitado. Iban a ser cerradas muchas de las habitaciones. Solamente unos cuantos huéspedes deambulaban ahora por la terraza. Flotaba ya algo en el ambiente: la visión del trabajo cotidiano, el estrépito de Londres nuevamente, una perspectiva grata en aquellos momentos. Tiempo atrás, un mes apenas, había sido una pesadilla saturada de autobuses que avanzaban sobre el que soñaba como un puñado de casas con ruedas, haciendo saltar sus nervios, obligándole a emprender la huida...

Ni siquiera con aquel atronador ruido en sus oídos había querido él marcharse...

—¡No puedo tomarme unas vacaciones ahora! —le había dicho al doctor.

—¿Vacaciones? —añadió aquél—. ¿Llama usted a eso vacaciones? Usted sufre de un exceso de trabajo, algo corriente en la época en que vivimos. ¿Por qué no descansa? Nada de esfuerzos, ¿eh?

—¡Bah!

—Es usted un hombre demasiado consciente —subrayó el doctor con cierta envidia.

—No se trata de una virtud —manifestó Dermot, deseoso de mostrarse sincero—. No logro evitarlo. Todos los minutos que vivo lejos de mi trabajo me los paso preocupado. Así hasta que vuelvo a tomarlo. Estoy hecho así. No puedo descansar. Ni siquiera soy capaz de emborracharme.

El doctor emitió un gruñido.

—¿Ha probado a enamorarse?

—No he caído en eso desde los diecinueve años. Pero, bueno, esta cuestión no se resuelve así como así, igual que el que se dosifica una caja de píldoras. A lo mejor ocurre que también se me niega tal cosa.

—Bien —dijo el doctor mirándole atentamente—. Sé de un abogado de creciente fama que acabará en un manicomio si no se decide a administrar sus fuerzas. Le voy a dar un consejo: márchese al Continente esta semana. Hay allí un balneario que yo

conozco... En la «Île St. Catherine». Las aguas no le harán daño alguno y el golf le irá maravillosamente.

El médico, que era un viejo amigo de Andrew Dermot, sonrió maliciosamente.

—Lo que usted necesita, Dermot —agregó—, es algo de aventura. Sí: al gran estilo. He oído hablar de una zona especial en las inmediaciones, de ese lugar cerrada a piedra y lodo, custodiada militarmente. El casino, probablemente, está lleno de hermosas espías de ojos almendrados, adornadas con pendientes de jade. Olvídense de la gran ciudad. Elija una entre ellas y atúrdase un poco en compañía. Esto le irá bien.

\* \* \*

Dermot, que estaba solo en aquella parte del hotel, se echó a reír. El viejo Foggy no había andado descaminado, en cierto modo. La cosa, no obstante, había tomado otra derivación. Habíase enamorado.

Hubiera sido difícil imaginar una persona menos parecida que Betty Weatherill a aquellas espías de ojos almendrados imaginadas por su médico. Ni siquiera la tensión que destrozaba los nervios de todos los europeos por aquellos días se observaba en Île St. Catherine. Tratábase de un sitio tranquilo, casi aburrido. Inspeccionando los alrededores del balneario —plagado de fuentes y de personas que vivían pendientes de las flechas de las básculas automáticas—, Dermot se preguntó de dónde habría sacado Foggy su información sobre la zona supuestamente vigilada por soldados del ejército. Él se sentía descansado y libre. Tintineaban los timbres de las bicicletas por las calles, asomándose a ellas unas casas de decoradas fachadas. Por las noches, una banda de música tocaba en el parque, bajo los árboles colmados de luces. La ruleta del casino proporcionaba algunas emociones. Había quien iba allí a jugar con el paquete de la cena disimulado bajo la ropa.

Dermot vio a Betty Weatherill por vez primera en la mañana del día siguiente al de su llegada.

Era la hora del desayuno. No había muchos huéspedes en el hotel: un gordo holandés, buen comedor de queso, media docena de ingleses, un corresponsal de prensa extranjero, una pareja francesa muy pacífica, y, desde luego, la joven que se había sentado sola a una de las mesas situadas junto a las ventanas del edificio.

Dermot no se había recuperado todavía de los efectos del viaje. Se encontraba deprimido y nervioso. Al verla sintió algo así como un ramalazo de envidia por su salud. Lo deslumbró. Finalmente, se fijó en su fresca boca, en la tez, bronceada por el sol, en el aire que emanaba su persona de ansiedad, de ingenuidad incluso. Fue para él su presencia una auténtica perturbación. La miró una vez y otra y otra... En concreto, no sabía por qué.

Aquel día jugó de una manera detestable al golf.

Tornó a verla al día siguiente. Tropezaron casualmente al comprar unos sellos en la caja del establecimiento. Los dos sonrieron ligeramente y Dermot se sintió

embarazado. Había estado intentando recordar el color de sus cabellos, si éstos eran rubios o castaños. Comprobó que presentaban un matiz del último color en tono claro. Aquella tarde jugó todavía peor al golf. Era absurdo en él, a sus treinta y cinco años, que se sintiera viejo y arrugado, como un cartel pegado a cualquier pared. Estúpidamente, se dejaba gobernar por sus nervios. Dermot estuvo pensando en la joven largo rato.

En la jornada siguiente llegaron a darse los buenos días. A la tercera, él lo arrojó todo por la borda, dejándose caer ante la mesa situada junto a la de la joven.

—No puedo con ellos —la oyó decir medio riéndose.

Estas palabras originaron en Dermot algún sobresalto. Hombre poco avezado al trato femenino, creyó haber ido demasiado lejos. Sin embargo, experimentó la impresión de que acababa de quedar establecida una especie de comunicación entre ellos. Levantó la vista, observando entonces que la joven lo miraba.

—No puede... ¿con qué? —se atrevió a preguntar rápidamente.

—Con los desayunos típicamente continentales —respondió ella, como si los dos hubiesen sido un par de viejos amigos que habían abordado un tema francamente interesante—. Sé que no debiera hacerlo, pero la verdad es que todos los días pido que me sirvan a esta hora huevos y jamón.

Roto el hielo, lo demás fue rápido.

La joven se llamaba Betty Weatherill. Tenía veintiocho años y procedía de Brighton. Había trabajado como maestra de escuela, una cosa que a él se le antojó absurda, sin saber por qué. Poco tiempo atrás había heredado algún dinero y, según confesión propia, se estaba dedicando a gastar parte de aquél. Dermot no había conocido nunca una mujer tan absolutamente clara y terminante en todo, en lo que decía, en lo que hacía, en las respuestas que facilitaba a cualquier pregunta...

Aquella tarde visitaron juntos la feria, comieron «perritos calientes» y cabalgaron interminablemente en los tiovivos, a los sonos de un piano eléctrico. Por la noche se vistieron adecuadamente con el propósito de visitar el casino. Andrew Dermot se sintió contento y fue perfectamente consciente de ello, no sin que experimentara una gran impresión. «¡Santo Dios! Esto es como si hubiera resucitado», pensó.

Betty era muy popular en el hotel. El propietario del mismo, monsieur Gant, la conocía muy bien y la apreciaba mucho. Incluso el grueso doctor Vanderver, de la embajada de Sylvania, le dedicaba una risita siempre que pasaba junto a ella. No era que todo fuesen facilidades para Betty. Precisamente anda preocupada con motivo de su pasaporte. Había ido varias veces a la prefectura de policía, de la cual salió siempre con las mejillas encendidas y todo lo enfadada que la chica era capaz de sentirse...

En cuanto a Dermot... El hombre se había enamorado y lo sabía. Por eso saltaba de gozo sentado allí, en la parte posterior del hotel, frente a una mesita, a las cinco y media de una velada y perezosa tarde de otoño, en espera de que Betty se uniera a él. El lugar contaba con otras mesas de reducidas dimensiones, pero Dermot se hallaba

solo. En una bandeja se encontraba el servicio de té y restos de bocadillos. Dermot se sentía pletórico de facultades. No había alarmas exteriores que alteraran la vida dentro de Île St. Catherine; nada de negros emblemas que proyectaran sombras...

Así andaban las cosas poco antes de que sufriera la impresión más fuerte de su vida.

—¡Hola, Andrew! —dijo Betty—. Lo siento. Me he retrasado.

Dermot estudió la sonrisa peculiar que esbozaba la chica siempre que por un motivo u otro se encontraba excitada. Betty miró a su alrededor. No había por allí más que una camarera, ordenando las mesas. Él se puso en pie.

—No llegas tarde —le dijo—. Tú me indicaste que ibas a tomar el té en la población... Lo que he hecho yo ha sido adelantarme —Dermot la miró con un fingido gesto de desconfianza—. ¿Tú también, Betty?

—No te entiendo.

—¿Has tomado ya tu té?

—Sí, sí, claro.

No supo a qué atribuir aquello, pero la verdad es que Dermot se sintió repentinamente inquieto. Sus pesadillas habían desaparecido. Y, no obstante... En su mente persistían huellas de sus íntimos tormentos, igual que quedan en el cielo jirones de nubes sueltos tras una jornada tormentosa. ¿A qué atribuir aquello? De pronto, el aire parecía haberse enrarecido para él. Sencillamente: había observado un cambio de expresión en los ojos de Betty. Le ofreció una silla.

—No sé si te gustaría tomar otra taza de té, o un bocadillo, quizá...

—Pues...

Dermot se juzgó un necio que se había empeñado en hacer de nada una montaña. Con todo, continuaba inquieto. Llamó a la camarera, quien se llevó la bandeja, desapareciendo en el emparrado. Betty sacó un cigarrillo de su bolso. Al intentar encenderlo se le escapó de los dedos, cayendo sobre la mesa.

—¡Oh, cómo estoy hoy! —susurró la joven.

Luego fijó la mirada en la lejanía. Parecían sus ojos en aquellos momentos los de una persona ligeramente más vieja, de mayor prudencia. Resaltaba el blanco de ellos por el contraste con la bronceada faz. Sus párpados se abrieron y cerraron varias veces.

—Quiero saber qué es lo que pasa —dijo Dermot.

—No pasa nada —respondió Betty, moviendo la cabeza—. Únicamente que... quería hablar contigo. He de irme, Andrew.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Dermot pensó que todos sus planes se derrumbaban...

—Si tienes que marcharte forzosamente, ¿qué voy a decir yo? Yo he de irme también, tú lo sabes, a principios de la semana entrante. Creí que partiríamos de aquí juntos.

—No puede ser. Dentro de poco me parece que podré darte algunas explicaciones sobre el particular. Ahora sólo me es posible decirte que este lugar no es nada seguro para mí.

—¿Que no es seguro...?

Betty no le escuchaba. La joven llevaba un vestido blanco, como él siempre recordó después. También era blanco el bolso. Ella había abierto éste y rebuscaba en su interior apresuradamente.

—Derry, ¿has visto mi polvera? Esa de color marfil con una banda roja —Betty miró a su alrededor—. ¿No se me habrá caído antes, cuando abrí por vez primera el bolso?

—No sé. Yo no la he visto.

—Quizá la dejara en mi habitación. Perdóname un momento, ¿eh? Vuelvo en seguida.

La chica se puso en pie, haciendo crujir el cierre del bolso.

Dermot se levantó también. No sería justo señalar que «explotó». Era hombre de buenas maneras, nada emocional. Ahora bien, en los minutos anteriores había notado lo mismo que si se hubiera abierto frente a él una puerta que daba paso a un mundo que no comprendía.

—Escucha, Betty —dijo—. No sé qué te pasa... Insisto en que te confíes a mí. De andar algo mal dímelo, y entre los dos lo enderezaremos. Si...

—Dentro de un minuto estoy aquí de vuelta —le aseguró ella.

Sin hacer caso de la mano que Dermot extendió para detenerla, Betty Weatherill se retiró en dirección al emparrado.

El joven se dejó caer en su silla, sin apartar los ojos de su figura hasta el instante en que la perdió de vista. Velaban el sol unas nubes, dando un tinte gris al firmamento, haciendo aparecer desaseados los manteles de las mesitas. Una débil brisa agitaba éstos.

Dermot inspeccionó atentamente el emparrado, muy especial ciertamente. Monsieur Gant, el propietario del hotel Suchard, había importado de Italia sus parras. Ocupaban éstas una extensión de terreno en la terraza posterior del establecimiento que no tendría menos de veinte metros de longitud. Habíase formado allí un espeso túnel de entrelazados sarmientos, que en los meses de verano y en la primavera presentaban una coloración purpúrea. Junto al mismo había una hilera de mesas, con luces en la parte superior. Dentro del emparrado, por la noche, eran encendidas un puñado de linternas chinas que colgaban del *techo*. Se trataba de una de las peculiaridades del hotel, de una nota romántica. En aquellos instantes, no obstante, descuidado, falto de iluminación, el túnel en cuestión sólo sugería cosas desagradables.

—Es un buen sitio para cometer un crimen —había dicho en una ocasión Betty riendo.

Andrew Dermot percibía el «tic-tac» de su reloj. Deseaba volver a divisar cuanto

antes la figura de la muchacha aproximándose...

Encendió un cigarrillo. En el momento de consumir éste, cuando no restaba de él más que una punta, levantó la vista. Betty continuaba ausente. Se puso en pie. Por primera vez contempló la silla en que ella estuviera sentada, en el lado opuesto de la mesa. La silla era de mimbre. Encima del asiento, bien visible, se hallaba la polvera de color marfil con una banda roja...

¡Vaya! Betty, nerviosa, no se había dado cuenta. Lo más seguro era que anduviese por su habitación, buscando todavía aquélla.

Cogió la polvera y enfiló el camino que la joven había seguido.

Dentro del emparrado reinaba casi una oscuridad absoluta. Pero por entre los sarmientos se filtraba alguna luz procedente del exterior. La iluminación, en estas condiciones, resultaba desigual. El túnel, de arqueado techo, tendría míos tres metros de altura. El piso era de arena bien apisonada. Había allí dentro un fuerte olor a vegetal marchito. ¿Sería el árbol de Judas o de Judea, el árbol del amor, como también lo llamaban? Dermot experimentó un gran alivio al encontrar el interior del emparrado vacío. Descubrió que por él pululaban los mosquitos. Apretó el paso en dirección a la otra salida, saliendo a una terraza de rojas losas en la que había varias mesas, las cuales quedaban en las inmediaciones de las ventanas del hotel.

—Buenas tardes, señor Dermot —dijo una voz afable.

Dermot procuró hacer más natural su paso.

Le había faltado poco para echarse encima del doctor Henrik Vanderver, de la embajada de Sylvania, quien se hallaba sentado cerca del emparrado, fumándose un puro con evidente complacencia. Miraba a su interlocutor a través de los gruesos cristales de unas elegantes gafas.

—¡Ja, ja, ja! —rió el doctor Vanderver, sin el menor motivo, lo cual constituía un hábito en él.

—Buenas tardes, doctor Vanderver —contestó Dermot, cuyo desasosiego se había desvanecido ya—. Lo siento. Me he asustado. ¿Vio usted bajar por casualidad a la señorita Weatherill?

El doctor Vanderver se mostraba muy orgulloso de su inglés.

—¿Que si la he visto bajar? —inquirió al tiempo que fruncía el ceño.

—De su habitación, quiero decir.

—Pero... ¿no estaba con usted? La vi cruzar por ahí —señaló Vanderver, mirando hacia el emparrado— hace quince o veinte minutos.

—Ya sé. Es que se volvió con el fin de coger una polvera que creía haberse dejado en su cuarto.

Vanderver estaba ahora un poco preocupado por el inglés que pronunciaba y especialmente por el que oía.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó poniéndose una mano detrás de la oreja.

—He dicho que se volvió con el fin de recoger una polvera que se le había olvidado, un chisme como éste —Dermot mostró a su interlocutor la cajita—.

Volvióse por el emparrado también...

—Mi querido amigo, no sé si lo he llegado a comprender bien. La verdad es que nadie ha cruzado por aquí en todo el tiempo que llevo sentado en este lugar.

—¡Eso es imposible!

—¿Cómo?

Dermot creyó hallar la explicación.

—¿Quiere usted indicarme que lleva aquí sentado muy poco tiempo?

—Mi querido amigo —contestó Vanderver, sacando un reloj de uno de sus bolsillos, el cual, consultó—, he de decirle que llevo en este sitio una hora... ¡más!, ¡más quizá...! Es donde me siento siempre, a diario, para acabar fumándome un puro antes de subir a vestirme. ¿Estamos?

—¿Entonces, doctor?

—Vi a la joven entrar en el emparrado, pero, en cambio, no la he visto regresar. No he visto a nadie. En todo el tiempo que hoy llevo en la terraza no he visto un alma, si exceptúo a la doncella que recogió su bandeja con el servicio de té.

La terraza, siempre sombría por la vecindad de la parra, se tornaba cada vez más oscura.

—¿Quiere usted escucharme con atención, doctor Vanderver? —Dermot habló con alguna brusquedad. Los gruesos cristales de las gafas del otro se volvieron hacia él como atraídos por un imán, como si su dueño se hallase hipnotizado—. Voy a explicarme mejor. Sé perfectamente lo de la doncella, avanzando por el túnel del emparrado con una bandeja, la mía. Pero es que la señorita Weatherill se encontraba conmigo entonces. Más tarde, he querido indicar. M-á-s t-a-r-d-e, quise decir; unos minutos después. Usted vería a la señorita Weatherill cruzar por aquí hace unos minutos, ¿no?

—No.

—¡Pero si eso no puede ser! Yo la vi entrar en el emparrado por el otro lado y no llegué a apartar un instante los ojos de la entrada. No se encuentra dentro del túnel en estos momentos. Véalo usted mismo si lo desea. Lo lógico es pensar que haya salido.

—¡Basta! —exclamó Vanderver, poniendo una mano sobre la mesa, adoptando un aire muy digno—. Voy a hablar yo ahora... Ignoro qué puede haberle sucedido a esa joven. Es posible que la hayan raptado unos duendes, o que se haya disuelto en el aire... ¿Qué? ¿No lo cree? —el hombre estaba congestionado—. Cerremos esta conversación. Nadie, ¡nadie!, ¿me entiende bien usted?, ha salido por la boca del emparrado, aparte de la servidora a que aludí antes. ¿Qué más?

A las nueve de la noche, todos los huéspedes del hotel Suchard se encontraban poco menos que aterrorizados.

Hasta aquel momento, monsieur Gant, el director y propietario del establecimiento, se había abstenido de avisar a la policía. Al principio, el hombre tomó el suceso por una broma colectiva o algo por el estilo. Sólo comenzó a gesticular alocadamente y a correr de habitación en habitación cuando quedó bien de

manifiesto que Betty Weatherill no se hallaba en el hotel ni en las instalaciones anexas del mismo. Dé creer a Dermot y Vanderver, los cuales no habían retirado una palabra siquiera de sus declaraciones iniciales, la chica se había desvanecido en el aire nada más adentrarse en el emparrado.

Seguro que no había abandonado el mismo saliendo por una de las paredes laterales. Los sarmientos habían ido creciendo desde el suelo, naturalmente, enmarañándose a medida que ganaban altura. El muro se hacía más tupido con la presencia de los sólidos postes que perfilaban la arcada. Resultaba imposible pasar por allí sin efectuar continuos cortes. No fue descubierto nada de esto. Un mozo de gran imaginación sugirió la posible existencia de un pasadizo subterráneo. Desde luego, se trataba tan sólo de una fantasía. También era indudable que Betty no había podido ocultarse en el emparrado para que Dermot no la viera. No había allí ningún otro sitio en condiciones para ello.

Esto se puso de relieve cuando fueron encendidas las linternas chinas dentro del verdoso túnel. Monsieur Grant se subió a una escalera de tijera, sacudiendo frenéticamente los troncos de las parras. Le seguía todo el servicio del hotel en aquellos momentos. Fue un empeño familiar, en el cual todo el mundo tomó parte.

Alys Marchand se convirtió en la heroína del episodio. Alys era la camarera que había sido enviada en busca de más té y bocadillos, unos quince minutos antes de producirse la desaparición de Betty. No había regresado porque tuvo una discusión con el cocinero, quien le preguntó a qué hora estimaba ella justo servir el té de las cinco...

Aparte de Dermot, Alys había sido la última persona que viera a Betty Weatherill. La camarera había cruzado el emparrado sin novedad. Hablando con monsieur Gant, hizo una descripción minuciosa, subrayada con expresivos gestos, de su breve diálogo con monsieur Dermot al encargarle éste el té y los bocadillos. Llevó a cabo una demostración práctica de cómo había cogido la bandeja, cubriéndola previamente con una servilleta, igual que un hábil prestidigitador. Finalmente, relató su paso por el emparrado, rumbo a la entrada del hotel.

¿Había visto al doctor Vanderver en tal ocasión?

Pues sí; sí lo había visto.

¿Y dónde se encontraba él?

Sentado ante una mesa, en la terraza. Fumaba un puro y se entretenía sacándole punta con una pequeña piedra de afilar de bolsillo a una gran navaja de empuñadura de hueso.

—Eso es una maldita mentira —medió Vanderver, expresándose en un francés excelente.

Hacía mucho calor en el túnel vegetal, bajo la fila de linternas chinas. Vanderver permanecía apoyado en uno de los postes. Parecía menos bovino cuando hablaba en francés. Pero en su frente, a lo largo de la vena procedente de una sien, empezó a correr una gotita de sudor. Además, la expresión de sus ojos, tras los gruesos

cristales, dejó a Andrew Dermot helado.

—Lo que he dicho es verdad —insistió Alys, mirando a su alrededor—. En cuanto llegué a la cocina les conté eso a mi hermana Clothilde y también a Gina, y a Odette... Al verme se metió la navaja en el bolsillo con toda rapidez... ¡así!

—Son innumerables los usos que pueden darse a una navaja —declaró monsieur Gant a toda prisa, muy nervioso—. A propósito... Quizá fuera conveniente telefonar a la policía. Usted es abogado, monsieur Dermot. ¿Está de acuerdo conmigo?

Dermot respondió afirmativamente.

Había hecho lo posible por dominarse, saliéndose con la suya. Efectivamente, advirtió que acertaba a razonar fríamente y fue él quien se encargó de determinados trámites. En lugar de volver a sus pesadillas de antes se encontró con que aquella situación práctica le ayudaba a estabilizarse. Descubrió la salida claramente ahora. La cosa se arregló todavía más cuando llegó al hotel, entre unos cuantos policías vestidos de paisano, nada menos que monsieur Lespinasse, el *juge d'instruction*.

Después de haber inspeccionado el emparrado, monsieur Lespinasse los convocó a todos en el despacho del director. Era aquél un individuo delgado, alto, de melancólico semblante, cuya expresión acentuaban los dos huesos de sus mejillas. En el ojal de su americana campeaba el botón de la Legión de Honor. Sus ojos, muy vivaces, no descansaban.

—Por todo lo que sé —manifestó Lespinasse—, parece ser que nos hallamos aquí ante un milagro. Ahora bien, por el hecho de ser un hombre eminentemente realista, debo confesar mi incredulidad en lo tocante a tales fenómenos.

—Perfectamente —contestó Dermot, en un francés cuidadosamente elaborado—. Usted, sin duda, se habrá formulado ya una hipótesis, ¿no?

—He formulado una explicación, caballero.

Los inquietos ojos de Lespinasse se posaron en el abogado Andrew Dermot.

—De la inspección efectuada —prosiguió diciendo el policía—, deduzco que la señorita Weatherill no abandonó el emparrado utilizando un pasadizo secreto o algo por el estilo. Usted, monsieur, relata una cosa —miró a Vanderver—. Usted, caballero, cuenta otra historia —Lespinasse tornó a mirar a Dermot—. Es evidente, por tanto, que uno de los dos ha mentado.

Vanderver protestó.

—Debo recordarle —gruñó aquél, con un significativo gesto— que supondría una grave imprudencia por su parte incurrir en ciertos errores. En mi calidad de representante de su majestad el rey de Sylvania, gozó de determinadas inmunidades y privilegios...

—Sí, ya sé: privilegios de carácter diplomático. Esto no me interesa. Lo que a mí me importa es que usted no quebrante la ley civil.

—¡Yo no he quebrantado la ley! —exclamó Vanderver, cuya faz tomó un tono purpúreo—. ¡Yo no he dicho ninguna mentira!

El *juge d'instruction* levantó una mano.

—Vuelvo a repetir lo que he declarado antes: si no es un embuste la historia que usted relató, lo será la de monsieur Dermot, y viceversa: Pudiera ser que esa dama no hubiese entrado jamás en el túnel, en cuyo caso hay que tachar a monsieur Dermot de falsario. ¿Y si entró y usted por una razón que ahora ignoramos prefirió asegurar que no la había visto salir? Siendo así... —de nuevo levantó la mano Lespinasse—. Creo proceder rectamente al advertirle, doctor Vanderver, que la señorita Weatherill me informó que era posible que usted intentara matarla.

En la atestada habitación todos oyeron claramente el «tic-tac» de un reloj.

—¿Matarla yo? —preguntó Vanderver.

—Eso es lo que he dicho.

—¡Pero si yo no la conocía!

—Ella a usted sí, evidentemente —contestó Lespinasse. Su rostro había cobrado vida. Distraído, acarició con la yema de su índice la roseta del ojal—. La señorita Weatherill —explicó dando un paso adelante— fue a verme a la prefectura varias veces. Me habló de sus... criminales actividades en el pasado. No quise creerla, de momento. La responsabilidad era grande... Ahora, como ha sucedido esto, ya no puedo eludirla. Otra pregunta. Por favor, respóndame: ¿qué comentarios se le ocurren con respecto a la alusión de esa doncella a su navaja de empuñadura de hueso?

La voz de Vanderver sonó muy ronca.

—Nunca poseí tal navaja. Nunca vi ninguna como la citada por usted. Mire, señor Lespinasse, no quisiera lamentar...

—Espere que voy a enseñarle algo.

Lespinasse chasqueó los dedos. Entonces, uno de los agentes vestidos de paisano penetró en el despacho, depositando sobre la mesa un objeto envuelto en papel de periódico.

—Nosotros inspeccionamos el emparrado más detenidamente que monsieur Gant. He aquí lo que se encontró enterrado en la arena, a pocos pasos del sitio en que se hallaba monsieur Vanderver sentado.

La brillante hoja de acero de la navaja envuelta en papel de periódico tenía algo más que manchas de humedad... Lespinasse señaló otras más oscuras.

—Sangre humana —declaró.

Andrew Dermot pudo salir del despacho a las once.

Todos le dijeron que había actuado admirablemente como testigo, que sus réplicas habían sido serenas, concisas, ajustadas siempre a las preguntas y que había dado valiosos y atinados consejos sobre cuestiones de tipo legal, contrastando ciertas disposiciones vigentes en el país con las imperantes en Inglaterra.

Él ya no quería saber nada de esto. En lo único que pensaba era en tomar un avión cuanto antes y olvidar a Betty como pudiera.

Plantóse en la terraza delantera del hotel, lo más lejos posible del emparrado, en cuyo piso había sido enterrada la navaja. A un quilómetro de allí quedaban las pálidas y parpadeantes luces de la principal vía de la ciudad, al paseo de los Franceses... Un

frío viento barría la terraza.

Los agentes se llevaron a Vanderver, metiéndolo en un coche, Habíanle puesto las esposas, Las piernas le temblaban tanto que los policías hubieron de empujarlo para que subiera al automóvil. Rugió el motor de éste, arrojando por el tubo de escape una bocanada de humo: óxido de carbono, lo cual significaba muerte... Sólo se quedó allí el *juge d'instruction*, dedicado a registrar la habitación del detenido, para tratar de dar con una pista, con algo que explicara aquel crimen, cometido en las últimas horas de la tarde, junto a un hotel como tantos otros.

Andrew Dermot se llevó las manos a las sienes, presionándose éstas con fuerza.

Bien. Las cosas eran así y no podía cambiarlas.

Optó por sentarse, de momento. Las mesas, pequeñas y redondas, tenían manteles de color rojo, que le disgustaba profundamente, pero no se fue por ello. Pidió otra copa de coñac, que no pudo probar. La bebida le fue servida por el mismo individuo que había sugerido la posible existencia de un pasadizo subterráneo en el emparrado, el cual parecía tener interés en entretenerlo, formulando hipótesis relativas a los posibles móviles que habían impulsado al criminal. Dermot lo ahuyentó.

Pero si Betty tenía que irse —y este verbo quizá resultara el menos apropiado para el caso—, ¿qué sentido cabía dar al misterioso episodio? ¿Por qué? Vanderver no era, por lo que él había observado, un homicida maniático. Además, Dermot se hallaba confuso por la torpeza que delataba su acción. Si Vanderver era culpable, ¿por qué había insistido desde el principio en una mentira innecesaria al afirmar que Betty no había salido nunca del emparrado? ¿Por qué no se limitó a decir que no había visto a nadie en absoluto? ¿Por qué situarse en un sitio tan crítico? ¿Por qué atraer así las sospechas de todos sobre su persona?

Dermot no se preguntó dónde podía haber ido a parar Betty...

Pero, ¿y si Vanderver había dicho la verdad?

¡Tonterías! Vanderver no podía haber dicho la verdad. La gente no puede llegar a desvanecerse como una pompa de jabón en el interior de un recinto guardado.

Pronto serían apagadas las luces en aquella terraza expuesta al viento. En cualquier caso, el hotel Suchard se preparaba para cerrar sus puertas, cara al invierno. Aquella noche haría esto más temprano que nunca. A la espalda de Dermot quedaban los iluminados ventanales correspondientes al vestíbulo del edificio, al salón de fumadores, al comedor, donde por vez primera viera a Betty. El portero, arrastrando un poco los pies por las pulidas tablas del pavimento, dejó a oscuras primero el comedor y luego el vestíbulo. Andrew no tendría más remedio que subir a su habitación para intentar conciliar el sueño tan pronto se hubiese acostado.

Encaminóse al vestíbulo, perfectamente alfombrado. Pero... No podía evitarlo. Quería echar otra mirada al emparrado, escenario de aquel enigmático episodio.

Era un verdadero túnel ahora. En su interior, a lo largo de veinte metros, lanzaban destellos las linternas chinas hacia el techo. La arena aparecía removida allí donde fuera encontrada la navaja. En las inmediaciones alguien había dejado un par de

palas, preparadas para realizar excavaciones más profundas al día siguiente. Al descubrir aquellos preparativos y comprender su significación, Dermot empezó a verlo todo turbio. Había ahondado demasiado en sus reflexiones.

Tan abstraído se hallaba en sus pensamientos que al principio no oyó ningún rumor de pasos en la enlosada terraza. Después volvió la cabeza. Dos personas habían salido del edificio para unirse a él, saliendo, sin embargo... por diferentes ventanas. Ambas se detuvieron súbitamente, contemplándose una a otra con la misma atención que dispensaran a Andrew Dermot.

Una de aquellas personas era monsieur Lespinasse, el *juge d'instruction*.

La otra era Betty Weatherill.

—Y ahora, señorita —rugió Lespinasse—, ¿tendrá la amabilidad de explicarme el significado de esta ridícula y condenable treta?

Lespinasse, cuyos pómulos resaltaban más que nunca en su flaco rostro, era portador de una cartera y una maleta.

El hombre dejó, ambas cosas en el suelo.

—Tuve que hacerlo —contestó Betty, dirigiéndose a Dermot—. Tuve que hacerlo, querido.

No sonreía la joven. En su alivio, Dermot pensó que unos segundos más tarde los dos se echarían a reír a carcajadas. De momento, ya sabía que Betty se encontraba allí, que podía tocarla con sólo dar unos pasos y alargar la mano...

—Un momento —medió Lespinasse fríamente, interrumpiendo el diálogo no iniciado todavía—. Lo lógico, monsieur Dermot, es qué solicitara usted una explicación...

—¿Yo? En tanto que ella...

—... del incidente —el *juge d'instruction* levantó la voz—. Yo estoy en condiciones de decirle ahora *cómo* hizo la señorita Weatherill su jugarreta. A eso bajé precisamente... Lo que yo ignoro es el *porqué* de su acción.

Betty giró en redondo.

—¿Sabe usted cómo lo hice?

—Yo sé, señorita —saltó el policía secamente—, que usted planeo esto y lo realizó con la ayuda de Alys Marchand, quien merece un soberbio puntapié por el papel que desempeñó. Hace diez minutos vi a la camarera, embalada en dirección a su cuarto. Llevaba consigo un paquetito de billetes de mil francos. Su conducta exigía una explicación, ¿no? —Lespinasse se puso muy serio—. Alys no tardó en convencerme de que lo mejor era dármela.

El policía miró a Dermot.

—Le indicaré lo que sucedió. Usted irá confirmándomelo todo. ¿Es verdad que la señorita Weatherill le habló de encontrarse en este lugar con usted, señalando incluso la mesa que podían ocupar? ¿Es cierto que ella le dijo que llegaría después del té?

—Sí.

—A las cinco y media esta joven cruzó el emparrado... Primeramente se cercioró

de que el doctor Vanderver estaba en la terraza, en el sitio ocupado por él todos los días. El hombre acostumbraba a fumarse un puro aquí alrededor de la misma hora.

—Siga.

—¿Le costó trabajo convencer a la señorita Weatherill para que se tomara otra taza de té?

—Pues... no.

—Alys, la camarera, andaba en aquellos momentos por entre las mesas, ocupada aparentemente.

—En efecto.

—Usted habló con Alys... Ella cogió la bandeja, una bandeja grande, cubriendo el servicio con un paño, exactamente igual como lo vio en la demostración...

—De acuerdo.

—Entonces, la camarera se alejó de ustedes dos, cruzando el emparrado. En el momento de proceder así —aquí Lespinasse subrayó sus palabras con una mueca—, Betty Weatherill distrajo su atención solicitando lumbre para su cigarrillo, reteniendo aquélla mejor al dejar caer el mismo y fingiendo una agitación que en realidad no sentía.

Dermot miró brevemente a Betty. No sabía qué sería aquello, pero estaba seguro de que no se trataba de una broma ni de un puñado de falsedades. La joven había empalidecido visiblemente.

—La señorita Weatherill retuvo su atención con el fin de que Alys saliera del emparrado sin que usted se diera cuenta de ello. *¡Alys no cruzó, por aquel sitio!* Portadora de su bandeja, dio un rodeo, regresando al hotel por otro punto.

»La señorita Weatherill se encontraba ya lista para desempeñar su papel en la comedia. Después de «descubrir» la pérdida de la polvera, se adentra en el emparrado. A medio camino, en la oscuridad, hay algo que ellas dejaron allí. Se trata de otra bandeja, igual que la primera y cubierta además con un paño. Pero este paño no oculta platos ni tazas. Oculta...

Monsieur Lespinasse guardó silencio inesperadamente.

Parecía enojado, pero sus ojos revelaban de cuando en cuando cierta admiración.

—Monsieur Dermot, voy a hacerle conocer una verdad de tipo psicológico. Es difícil que se acuerde usted con exactitud de los rasgos faciales de una camarera. Uno suele mirarlas de cerca... sin llegar a verlas. Si pone en duda mi afirmación, cuando llegue a su aborrecido Londres no tiene más que meterse en cualquier bar y pedir luego a toda prisa la cuenta. A ver si entonces es capaz de identificar a la joven que le sirvió su taza de té... Esto lo sabía yo, como fruto de una observación personal. Y también la señorita Weatherill.

»La joven llevaba una fina falda negra bajo la blanca. La bandeja del emparrado contenía todos los elementos precisos para transformar a una rubia en morena, oscureciendo, mediante la correspondiente sustitución, los zapatos y las medias claras... Como disfraz, no era necesario más. El doctor Vanderver no llegó a mirar

siquiera a la figura que salió del emparrado llevando consigo una bandeja. No observó ninguna cosa anormal; no vio nada. Automáticamente, en su cerebro quedó grabada de una manera superficial esta idea: «La camarera ha pasado». Por tal motivo, la señorita Weatherill salió como Alys, sin novedad, del emparrado, por la sombra que el mismo proyecta en la terraza, en compañía de la gran bandeja cubierta con un paño que ocultaba el vestido blanco que se había quitado, así como las medias y los zapatos...

El *juge d'instruction* suspiró.

—Perfectamente —dijo—. Lo que yo deseo saber ahora es el porqué de todo lo anterior.

\* \* \*

—¿No lo ha comprendido todavía? —inquirió Betty.

—Debo excusarme si es que le parezco torpe. No. Con franqueza: no lo he comprendido. No es posible que haya llegado usted a producirse un corte al objeto de manchar de sangre la navaja que luego enterró. ¿Qué significa toda esta historia? En fin de cuentas, el doctor Vanderver no ha cometido ningún crimen.

—Todo lo justifica su condición de miembro de una embajada —declaró Betty con toda sencillez.

—¿Qué quiere decirme con eso, señorita?

—El doctor Vanderver se beneficia de la inmunidad diplomática —explicó la joven—. Nadie puede registrarlo, nadie puede ponerle las manos encima siquiera. Y yo, fíjese, logré que lo arrestaran las autoridades civiles y que por consiguiente fuesen examinados sus papeles.

Betty se volvió hacia Dermot.

—Lo siento, Derry —manifestó—. Es decir, siento no ser la ingenua maestra de escuela de que te hablé, en su paso por la tierra, camino del cielo. Deseo serlo, sin embargo. Quería divertirme. Por vez primera lo he hecho en el transcurso de este último mes. Bueno, lo que yo quería decirte es que aspiro a seguir haciéndolo a tu lado, contigo. Así que ahora que voy a liquidar el presente trabajo...

Monsieur Lespinasse murmuró unas frases. Tras permanecer rígido unos segundos, cogió la cartera y la maleta que dejara en el suelo. Ambas cosas eran de cuero verde, en el que se veían estampadas en oro las armas reales de Sylvania.

—... y, desde luego —estaba diciendo en aquellos instantes Betty Weatherill—, Vanderver no es el apellido de ese individuo, que tampoco tiene nada de doctor. En cuanto a su neutralidad diré que es tan neutral como pueda serlo yo. Falsificó unas credenciales y gracias a ello ha podido moverse a su antojo de un sitio para otro. Su nombre real es Karl Heinrich von Arnheim. Cuando sir George (usted, señor Lespinasse, ya sabe a quien me refiero, ¿verdad?), me pidió que me lanzara tras él...

Monsieur Lespinasse no logró hacer saltar la cerradura de la pequeña cartera de

documentos. Por último extrajo de uno de sus bolsillos una navaja de siniestro aspecto, la cual era de su propiedad, procediendo a cortar con todo cuidado el cuero.

Entonces dio con el secreto...

—Los ingleses —comentó— no son mala gente.

La hoja de acero de la navaja reflejó con los movimientos de su mano, centelleando, las luces copiadas por los vidrios de las ventanas del hotel.

—A mí me parece que el doctor Vanderver no abandonará así como así la prefectura de policía —monsieur Lespinasse hizo ante Betty Weatherill una profunda reverencia—. Nuestro hombre había conseguido apoderarse de los planos de las fortificaciones subterráneas, cuyo conocimiento por parte del enemigo traería como consecuencia el total derrumbamiento de la defensa a lo largo de éste frente.

## EL GABINETE NEGRO

Cuando el coche cerrado del emperador se aproximaba, oscilando suavemente sobre sus ballestas, a la entrada particular de la ópera, precedido por los vehículos de algunos caballeros y los blancos caballos de la Guardia Imperial, fueron arrojadas tres bombas en dirección a las escalinatas de acceso al edificio.

Y un minuto antes solamente, una chiquilla de nueve años de edad que se hallaba entre la multitud habíase agitado, en un ramalazo de rebeldía.

Era ya demasiado crecida, pensó Nina, para ir en brazos de *maman*, como si no hubiese contado más que cuatro años, o seis... Cierto que los abrigos —que olían a rancio—, y los sombreros de copa de los hombres, unidos a los gorros y crinolinas de las mujeres, formaban una móvil valla que únicamente le permitía ver los faroles de gas que iluminaban la fachada de la ópera y las deslumbrantes lámparas de aquella calle parisiense...

Hacía calor allí, entre la gente. La noche era una de las de mediados del mes de enero de 1858.

Arriba quedó Nina, en brazos de su madre, pues. Ya podían oír a alguna distancia los rítmicos aplausos —el lento y sostenido «clap-clap» de las manos de todos, como en un juego—, y los desgarrados vítores de la gente a medida que la comitiva se aproximaba.

Pero Nina no sabía qué pasaba ni por qué razón ellas se encontraban allí.

—Mamá, yo... —comenzó a decir en francés.

El gorro de su madre, cuajado de arrugas o volantes menudos, era tan largo que Nina no podía verle el rostro basta que ella giraba por completo la cabeza. En los oscuros ojos de italiana de la madre, siempre vivaces y alegres, apareció una expresión de odio y de triunfo en el momento en que comprimía sus labios contra los largos rizos de Nina. Eran éstos de un tono castaño, igual que los cabellos del padre de la pequeña, un americano.

—¡Fíjate bien! —susurró la hermosa signora Maddelena Bennett, hablando en italiano—. Por fin podrás ver la muerte de ese diablo.

Y Nina comprendió. Ella también odiaba, pues había sido enseñada a odiar, sin saber por qué. La habían enseñado también a no sollozar, a no temblar. Sin embargo, se le agolparon las lágrimas en los ojos, debido a que tenía miedo. En uno de aquellos carruajes se encontraba Napoleón III, emperador de los franceses.

«Clop-clop, Clop-clop», hacían los cascos de los caballos en el empedrado. Avanzaban lentamente, pero cada vez se encontraban más cerca de la alfombra de la blanca arena extendida enfrente y a un lado de la fachada de la ópera. Luego, de

repente, la expresión de la signora Bennett cambió... Nunca había soñado con que los asesinos —Orsini y sus conspiradores— se contuvieran durante tanto tiempo, ni que pensarán en arrojar las bombas desde las escalinatas del edificio.

—¡No! —gritó.

Sujetando a la chiquilla firmemente, la signora Bennett pasó por encima de su cabeza la punta de la pelliza, arrojándose sobre el cieno del piso, entre los espectadores. En el momento de caer, un negro objeto surcó los aires en dirección a las lámparas de gas...

Por entre una punta de la pelliza y el cuerpo de su madre, Nina vio algo así como un relámpago. La primera explosión le produjo el mismo efecto que si le hubieran pinchado los tímpanos. Hubo dos explosiones más con intervalos de segundos. Pero la calle se quedó a oscuras nada más comenzar todo. Flotaban en el aire trozos de cristales, fragmentos procedentes de las lámparas y los vidrios de las ventanas.

El grito que profirió Nina se confundió con otros muchos.

Poco o nada fue lo que después sintió la pequeña.

Quedóse como embotada, mirando a todos lados sin demostrar ninguna sorpresa. Su madre, que no había sufrido daño alguno tampoco, seguía agachada, respirando fatigosamente. Nina se había puesto en pie. Le temblaban las piernas.

La mayor parte de los brillantes sombreros de copa que habían obstaculizado su visión habían desaparecido. La arena blanca de delante del edificio de la ópera había quedado tintada en rojo. Al mirar a un lado, Nina divisó el carruaje oficial del emperador acercándose al pie de las escalinatas.

—¡Señor! ¡Señor! —gritaban unas voces varoniles, a las que se unió luego el alarido de un policía militar.

El coche se detuvo en el acto. Alcanzado por la metralla y los trozos de cristal, habíase inclinado hacia un lado. Se hallaba en buen estado todavía, sin embargo, si se exceptuaban las ventanillas. Una de las linternas, de dorada armadura, seguía encendida milagrosamente.

Antes de que los oficiales de la guardia del emperador pusieran sus manos en el tirador de portezuela, ésta se abrió, dando paso a un hombre de majestuoso porte, más bien de tipo rechoncho, que saltó al estribo y del mismo al suelo.

La luz de la única linterna encendida del carruaje se reflejó temblorosa en las doradas charreteras de los militares, en sus azulados gabanes, en sus blancos pantalones. Aquel hombre se llevó una mano aparentemente firme al sombrero recargado de adornos con que se tocaba, el cual enderezó. Por las fotografías que había visto de él, Nina supo que se trataba del emperador. Su cetrina faz presentaba unas bolsas bajo los párpados. Una fría sonrisa dibujaban sus labios, casi ocultos entre el negro bigote y la imponente barba.

—¡El emperador no ha sufrido ningún daño! ¡Luis Napoleón ha salido ileso del atentado!

—¡Larga vida al emperador!

Gravemente, el hombre del rostro cetrino tendió una mano hacia la portezuela del vehículo para ayudar a descender a una linda dama, bastante malhumorada, de tez tan pálida como las perlas de sus largos pendientes. Debía de ser la emperatriz Eugenia. Los oficiales, olvidando sus destrozados uniformes y sus manchadas caras, empuñaron sus sables, saludando.-

—¡Larga vida a la emperatriz!

—¡Y al emperador! ¡Y al emperador!

Oyóse un redoblar de tambores. Soldados de a pie, oscuras siluetas, se alinearon instantáneamente, presentando armas, formando apretadas filas, a fin de que el emperador no viese a los hombres que yacían en el suelo con los rostros destrozados. En torno al carruaje, cerca de él, había unas ciento cincuenta personas heridas o muertas.

El emperador sonrió francamente, tratando de disimular su agitación.

Por primera vez en su vida, Nina Bennett se sintió poseída por un odio que no había de abandonarla jamás. Su menudo cuerpo experimentó una fuerte sacudida, ahogándosele la voz. En parte, tal efecto podía ser debido a las enseñanzas de los amigos de su madre, los hombres de la joven Italia, los «Carbonarios», que burlonamente llamaban a Napoleón III el «nauseabundo papagayo» o el «diablo».

No hubiera podido dar una explicación de lo ocurrido. Pese a haber oído hablar de bombas no llegó a pensar en ellas, ni tampoco en los hombres que las habían arrojado al paso de la comitiva. Nina se imaginaba que el centelleo cegador había herido a los que cayeran, matándolos quizá. Así había muerto su padre un año atrás en Nápoles.

Pero el emperador, el hombre de la faz amarillenta, el de los negros mostachos y poblada barba, no había sufrido el menor daño. Hallábase de pie junto a su carruaje, sonriendo (para Nina) odiosamente. Él había sido el causante de aquello. Aquello era culpa suya. ¡Suya!

Instintivamente, queriendo dominar los redobles de los tambores, Nina comenzó a dar gritos en inglés, el lenguaje que su padre le había enseñado y que hablaba mucho mejor que el francés o el italiano incluso.

—¡Papagayo nauseabundo! —dijo forzando sus pequeños pulmones, pese a lo cual sus palabras se perdieron entre el griterío—. ¡Diablo! ¡Usurpador!

Su madre la palpó ansiosamente, temiendo que hubiese sido herida. Al mismo tiempo susurró furiosa:

—¡Calla, hija mía! ¡Silencio! Ni una palabra más, ¿eh?

Oprimiendo a Nina contra su seno, la madre comenzó a abrirse paso el gentío frenéticamente. Algunas personas se volvieron hacia ella con un gesto de desconfianza. Pronto se les plantó delante un policía militar.

—¡La chiquilla! —gritó la signora Bennett, abrazándose a Nina con un gesto más bien teatral. Luego levantó los ojos, trágicamente, hacia el oscurecido cielo—. ¡Mi hija está herida! ¡Herida! —mintió.

—Adelante, señora. Lo siento —gruñó el policía—. ¡Eh! ¡Dejen paso!

Aunque la distancia que las separaba de su lujosamente amueblado piso, en la calle de Rivoli, no era grande, madre e hija tardaron casi una hora en llegar allí. Las esperaba en la casa tía María, una italiana que hacía de dama de compañía de la signora Bennett. Nerviosa, a la espera de noticias, había estado entreteniéndose su impaciencia jugueteando con un cuchillo sobre una mesa de palisandro. De lo que vino más tarde Nina apenas recordaba nada. Habíase acordado a veces, al pensar en aquellos días, de una montaña de maletas y baúles y de un horrible mareo...

Pues la signora Bennett, Nina y tía María abandonaron París veinticuatro horas después. Hallábanse a salvo en Inglaterra cuando dos de los autores del atentado de las bombas —Orsini y Pieri— subieron al cadalso, inclinando sus cabezas bajo la hoja de acero de la guillotina,

\* \* \*

Todo eso había sucedido unos diez años atrás.

En ello pensaba la señorita Nina Bennett, a la muy madura edad de diecinueve años, una de las cálidas noches de los primeros días de cierto mes de julio, la tercera que pasaba en París desde su regreso. Nadie hubiera podido negar que era bella. Los años que había vivido en Inglaterra le dieron un carácter más reservado que los propios ingleses. Los gestos exagerados, como los habituales de su madre, ya fallecida, le inspiraban verdadero horror.

Aunque lucía un cielo claro sobre la plaza de la Concordia, Nina Bennett había dicho a tía María que corriese las pesadas cortinas de las ventanas. Tía María estaba muy gruesa ahora. Con el tiempo le había salido un bigote de cerdas verticales que ocupaba todo el espacio comprendido entre el labio superior y la base de la nariz. Anadeó un poco para cumplir la orden de su señora, y siempre con los mismos andares regresó a su silla. Exudaba ira, que se notaba en ella como si fuese un mal perfume.

Nina se acomodó en su tocador, ante un espejo de dorado marco. Dos mecheros de gas, a lado y lado de aquél, proporcionaban sendas llamas aplanadas de color amarillo, protegidas por los correspondientes tubos de vidrio. Hacían brillar el rosado rostro de Nina; sus ojos, de un azul inmenso; sus cabellos, de color castaño, partidos por el centro, pegados a la cabeza y a las orejas, para formar un moño sobre la nuca. El Vestido de noche aquel año presentaba un escote que se iniciaba unos milímetros por debajo de los hombros, curvándose, bordeado de encajes, sobre el pecho. El que llevaba Nina en aquellos instantes era de un rojo tan oscuro que parecía negro, excepto cuando «hacía aguas», a la luz de los mecheros de gas.

Pese al cuidadoso arreglo de su persona, o quizá por causa del mismo, la belleza de Nina tenía algo de la frialdad del mármol. Permanecía sentada, inmóvil, muy seria, con los brazos extendidos, tocando ligeramente con las puntas de los dedos la repisa que tenía delante.

«No», pensó. «No carezco de atractivos». Tal reflexión (eso al menos pensó ella) no le produjo ni disgusto ni placer.

Sobre el tocador, a la izquierda, había un gran ramo de flores, rosas amarillas, introducidas en un estilizado jarrón de vidrio que contenía agua. Habíalas comprado Nina Bennett personalmente y formaban parte de su terrible plan. También se veía encima del tocador el arma con que había de matar.

«No me tengo por una heroína», se dijo, escudriñando en el espejo sus azules ojos. «No me atrevería jamás a compararme con Juana de Arco o Carlota Corday. Puede que me tomen por loca, pero la verdad es que estoy bien cuerda. Y, no obstante, me propongo matar a este emperador hinchado como una pelota, quien, misteriosamente, continúa rigiendo los destinos de Francia. Lo mataré. Lo mataré. Lo mataré».

Puso tanta pasión en aquella idea que su respiración se tornó agitada y el matiz rosa de su tez se hizo más intenso. Seguidamente del fondo en sombras del espejo surgió la gorda figura de tía María, con sus canosos cabellos y su bigote de cerdas, moviéndose furiosa.

Tía María hablaba con voz ronca y en italiano.

—¿Por qué? ¿Por qué corres las cortinas y no te asomas, para aclararte admirando el hermoso París de nuestros días?

Nina vaciló antes de responder, remojándose los labios. Su inglés era perfecto y su francés tolerable. El idioma de su madre lo había olvidado casi y para hablarlo necesitaba una especie de preparación mental.

—Eres libre... Puedes formular las preguntas que quieras con tal de que no esperes que te responda.

Tía María abatió las palmas de las manos sobre los brazos del sillón que ocupaba, agitándose inquieta, casi llorosa. Nina no había creído nunca que tales gesticulaciones correspondieran a algo real, cosa en la cual se equivocaba. Ella las había tachado siempre de teatrales y le disgustaban profundamente.

—Fuera de estas paredes —jadeó tía María— se encuentra la ciudad de la luz, la ciudad del placer. ¿Y quién hizo de París esto? Sencillamente: tu odiado Luis Napoleón y el barón Haussmann, que planearon amplios bulevares, sus hermosas zonas verdes. Si nosotros podemos disfrutar hoy del bosque de Bolonia es porque Luis Napoleón ama los árboles.

Nina enarcó las cejas tan levemente que apenas se movieron.

—¿Es que quieres contarme ahora la historia del «papagayo nauseabundo»?

Silbaban débilmente los mecheros de gas en la habitación, sumida en suave penumbra. Graciosamente, con una gracia estudiada, Nina Bennett abandonó su tocador, dando la vuelta. Las monstruosas crinolinas del pasado, imperantes diez años atrás, habían perdido tamaño, convirtiéndose en los miriñaques, más manejables, que a cada paso producían un grato susurro al rozar con las enaguas. La oscura y perfectamente ajustada bata de Nina daba en ocasiones destellos de color carmesí.

—¿Lo has olvidado todo ya, María? —inquirió la joven apasionadamente, teniendo que hacer un esfuerzo para contener su ira—. Hace diez años ocupamos estas mismas habitaciones... Tú cogiste un gran cuchillo, clavándolo una docena de veces en el tablero de una mesa de palisandro cuando te enteraste de que Orsini había fallado el golpe. ¿Te atreverías a negarlo?

—¡Oh! ¡Por la *Madonna*!

—¿Te atreverías a negarlo?

—Tenía menos años. ¡Era una estúpida! —la ronca voz de tía María tenía una inflexión de súplica—. Fíjate en lo que pasa ahora. Este emperador, en su juventud, veneró la memoria de su tío, el señor de la guerra, el primer Napoleón, el Napoleón que ellos condenaron al exilio...

—Sí —convino Nina—. Y los reyes comenzaron nuevamente a dar señales de vida...

Tía María se sintió como galvanizada.

—Se trata de una genealogía noble, una genealogía que conmueve el corazón más insensible...

—Como la de la difunta señora Browning. Una minucia. No hay que darle importancia.

—¡Está bien! Nuestro joven... ¡sí, sí, ese es él camino que han seguido todos los hombres de su misma edad...! Nuestro joven fue también republicano, un amante de la libertad, uno entre los «Carbonarios». En cierta ocasión nos prometió una Italia unida. Pero se mostró vacilante y varios de los nuestros intentaron matarlo. ¡Ha vacilado siempre! ¡Yo lo reconozco! Sin embargo, ¿no es verdad que en estos últimos años ha hecho bastante en honor a su promesa? ¡*Corpo di Bacco*! ¿Ha hecho algo o no?

Nina bajó la vista, fijándola en María. Su expresión era de indiferencia. Los blancos hombros de la joven se levantaron ligeramente.

—¡Ay, Dios mío! ¡Y qué bien te aleccionó tu madre! —exclamó tía María—. ¡Demasiado bien! —la anciana vaciló—. No obstante, cuando murió, hace diez años, a mí no me pareció verte muy apenada.

—Es verdad que no lloré, que no me mesé los cabellos desesperada, si es a eso a la que deseas referirte...

—Se me antoja una cosa poco natural. ¿Te importa mucho a ti Italia?

—Un poco, quizá. Sin embargo, yo soy americana, como mi padre.

—Te he oído decir eso mismo otras veces.

—Y me he expresado con absoluta sinceridad —Nina suspiró. El vestido parecía oprimirle el corazón al tiempo que la carne—. Mi padre procedía de Nueva Inglaterra, en el estado de Massachusetts. Su dinero, aunque mi madre acostumbraba reírse de él, nos ha librado de la pobreza durante bastantes años. ¡Pobre María! ¿Es que te causan ahogos esas cortinas corridas?

Nina, con sus graciosos movimientos, acercóse a la ventana, por su parte

izquierda, descorriendo aquéllas. Ciertos detalles de la habitación, el ligerísimo olor a rancio de las telas, le hicieron recordar los gabanes masculinos... Nina se estremeció sin saber por qué. Finalmente, llevó a cabo idéntica operación con las cortinas de la otra ventana.

Fuera, sobre la calle de Rivoli y sujeto a los hierros forjados del balcón, se elevaba un mástil en posición inclinada. Colgaba de su extremo superior hasta casi la mitad la amada bandera, la enseña de la Unión, las barras y estrellas de la patria lejana, triunfantes tras dura guerra fratricida...

—¡Qué patriotismo tan raro el tuyo! —exclamó tía María desdeñosa—. Un país que no has visto nunca...

—Hay más —declaró Nina, sintiendo ganas de reír—. En cierto sentido, nos protege. ¿No has oído...?

—¡Habla!

—El de hoy es el Día de la Independencia nuestra, el cuatro de julio...

—¡Loca! ¡Loca! ¡Loca!

—Yo no pienso igual. Su majestad, Napoleón III, realizó un inútil intento con el propósito de establecer un imperio en Méjico. Esto no fue del agrado de los Estados Unidos de América —Nina levantó ambas manos, exquisitamente cuidadas, abatiéndolas a continuación—. Pero se han renovado las tradicionales relaciones amistosas de Francia con América. Esta noche, poco más o menos dentro de una hora, tu hipócrita emperador se trasladará con toda su comitiva a la ópera. Va a haber un grandioso baile de ambiente franco-americano, en unión de diversas ceremonias. Cuando el carruaje de ese hombre cruce la plaza de la Concordia...

Tía María hizo acopio de fuerzas, sacando su corpachón, que parecía un saco de patatas, de entre los brazos de su asiento.

—¡Por la *Madonna*! —gritó—. ¿Es que has planeado ese juego, propio de una loca, para esta noche?

—Naturalmente, María.

Por vez primera la joven sonrió.

Hubo un silencio. Nina se apoyó de espaldas en el marco de la ventana. El blando y mágico destello procedente del firmamento competía con la cruda luz de los silbantes mecheros de gas. La muchacha, en verdad, estaba nerviosa.

Había esperado que tía María se hubiese puesto a dar patadas en el suelo, que comenzara a gritar, que saliera al balcón incluso, pidiendo socorro. Pero la mujer acabó por dejarse caer nuevamente en el sillón, sin pronunciar una palabra. De sus ojos se escaparon unas lágrimas. Éstas le corrían por las gruesas mejillas, buscando la nariz, adentrándose por el pequeño bosque de cerdas del bigote, grotescamente. Nina Bennett se enfrentó inmediatamente con ella.

—Vamos, vamos, tía María. ¿No te parece esto ridículo? ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿Por qué lloras?

—Lloro porque eres una muchacha muy bella —respondió tía María

sencillamente.

Las dos guardaron silencio unos momentos.

—¡Bien! Yo... he de darte las gracias, María. Pero... vamos, tranquilízate ahora.

—¡Oh! Tu plan es bueno, sí —los llorosos ojos de tía María se detuvieron en el gran ramo de rosas amarillas del tocador y en el cajón que contenía el arma—. Indudablemente, querida, conseguirás matarlo. Luego irás a la guillotina. Subirás al cadalso con los pies descalzos y la cabeza oculta bajo un corpachón negro, querida. No olvides que tu acción será considerada un parricidio. Eso y no otra cosa significa matar al emperador. Desaparecerá de ti hasta el último aliento de vida. ¡No volverás a reír más! No sabrás más del afecto de nadie. No conocerás el amor de ningún hombre.

Nina se puso muy pálida. Por una razón que no llegó a comprender fue una réplica cruel la suya.

—Mi querida María: ¿qué experiencia acerca del amor podrías aportar tú?

—El tema te parece ridículo, ¿verdad? Se te antoja cómico, ¿eh? —tía María hizo un ademán violento—. Pues bien, yo he sabido del amor, y mucho más de lo que tú puedes figurarte... He conocido la pasión devastadora y la que deja como secuela una suave angustia. Pero tú no sabrás jamás de esto. Estás envenenada; tienes las venas emponzoñadas. Si un amante arrebatado mordiera tu brazo hasta que de él saliese sangre, moriría en el acto. ¡Ah! Ya veo que te encoges de hombros, disgustada, igual que podría hacerlo cualquiera de tus frías compatriotas.

—María querida, las mujeres inglesas sólo son frías en público. Ésa es una leyenda tan estúpida como la que proclama que todas son rubias.

—¡Escúchame! —saltó María, con los ojos llameantes—. ¿Sabes quién te envenenó a ti?

—Por favor, María...

—Tu propia madre. ¡Sí! ¿Crees que ella no conoció a más hombres que tu padre? ¡Santo Dios, qué equivocación! Tuvo amantes en cantidad suficiente para llenar toda una prisión. ¿Qué? ¿Te sobresaltas al enterarte de esto? Por el afán de dedicarte a su criminal «causa» te apartó de los hombres, te enfrentó con ellos. Acostumbraba hablar contigo durante largos ratos cuando solamente tenías trece o catorce años, en nuestra maldita casona de Inglaterra, cuya frialdad todavía recuerdo. ¿Es que no te he visto yo salir corriendo de sus habitaciones, con las mejillas encendidas, mientras tu madre se reía secretamente?

—Yo... yo he pensado en el amor —repuso Nina calmadamente—. Hubiera amado incluso, quizá, de no haber odiado... Bueno, María, es hora ya de que me traigas el joyero y que me saques el sombrero y la capa.

Tía María no le prestó la menor atención.

Acababa de cruzar por su cabeza una idea inspirada, a juzgar por la expresión de sus ojos. No parecía sino que se le había ocurrido por fin un medio eficaz para apartar a aquella rígida chica del alocado rumbo que seguía. Pero... el tiempo pasaba, ¡el

tiempo pasaba!

—¡Venga! ¡Una prueba! —jadeó tía María—. ¿Estás tú en realidad tan envenenada como dije? Vamos a ver...

—¿No has oído lo que te mandé, María?

—¡No! ¡Escúchame, Nina! Acuérdate de tres noches atrás, de la del día en que llegamos a París. Regresábamos de dar un paseo... Tuviste ocasión de trabar relación con un joven... ¡Vi cómo tus ojos se encendían! —tía María dejó oír una risita aguda y a saltos—. ¿Tú una mujer americana? ¡Tú eres una mujer latina donde las haya! En cuanto al joven... ¿qué era: francés o inglés?

Nina Bennett se irguió.

—¡Qué cosas tan fantásticas se te ocurren! —comentó—. No acierto a recordar nada en absoluto de lo que dices.

\* \* \*

Pero sí que recordaba el episodio, desde luego. Cuando Nina se volvió hacia la ventana, porque entraba una débil brisa, suficiente para agitar suavemente los vividos colores de la bandera que pendía del mástil, con sus barras y estrellas, evocó brevemente la escena con todo detalle...

Aquello había sucedido la noche del 2 de julio. Tía María se colocó junto a Nina al volver de su paseo ambas. Pese a que los tiempos habían cambiado, en aquella época, la más independiente de las jóvenes, americana o inglesa, no se hubiera atrevido a cruzar la ciudad después de ponerse el sol sin hacerse acompañar constantemente por una eficiente «carabina».

La casa en que ellas habitaban, toda amueblada, no se asemejaba a las otras de la misma calle. Pertenecía a otra época y se hallaba amueblada como un clásico palacio de noble dentro del recinto urbano. Por una puerta en arcada se pasaba a una especie de túnel que olía a piedras viejas, a la derecha del cual encontrábase el alojamiento del conserje. Después se salía a un verde patio. En tres lados del mismo se veían galerías y escalinatas de piedra con balaustres labrados figurando rostros humanos. En el centro de dicho patio había una fuente seca.

Nina seguía a Tía María. Vagamente, la joven descubrió la presencia de un hombre a cierta distancia, el cual, apoyado en un bastón de empuñadura de oro, estaba fumándose tranquilamente un cigarrillo. No le prestó mucha atención. Entre las manos, y sólo por ejercitarse, llevaba ella un gran ramo de flores (rosas rojas, concretamente), entre las cuales había escondido un objeto menudo y pesado. Dos dedos de la mano derecha sostenían su retícula (un gran bolso cubierto de polícromos adornos florales), por la cadena. Nina se mantenía alerta, pero es lo cierto que se hallaba muy cansada.

Quizás fuera debido a eso el incidente. A unos seis pasos de distancia de Tía María, el bolso se le escapó de la mano, bajando a saltos los peldaños de las escaleras

en que se encontraban, deteniéndose enfrente del primero.

Tía María lanzó una exclamación de impaciencia nada más volver la cabeza.

El joven desconocido, de bronceada tez, lanzó inmediatamente su cigarrillo al suelo. Debía de haberle pasado algo en la pierna izquierda. Sin embargo, usaba con tanta destreza el bastón que apenas se le notaba que cojeaba al andar desplazándose con prisa. Eh unos segundos llegó al pie de las escaleras.

Abandonó el bastón. Con la mano izquierda se quitó su alto y brillante sombrero mientras que con la derecha cogía el bolso del suelo. Sus ojos se detuvieron en la mano izquierda de Nina, desprovista de sortijas.

—Si usted me lo permite, señorita...

El hombre (¿francés?, ¿inglés?), resultó estar en posesión de una hermosa y resonante voz. De sus labios salían las palabras francesas con toda claridad. Sus morenos cabellos, separados formando una correcta raya a un lado, eran tan espesos que se elevaban en el mismo borde de aquélla. Un poblado bigote se amoldaba a la delicada línea del labio superior. Sus oscuras ropas, usadas un tanto negligentemente, eran de excelente calidad.

Nina Bennett, que también se había vuelto, lógicamente, lo miró directamente a los ojos. Nina, embutida en un vestido de tafetán púrpura y tocada con su sombrero alargado, adornado con una pluma, negaba con su sola apariencia que fuese una romántica...

«No se puede negar que es guapo», estaba pensando, sin incurrir en ninguna exageración. Debía de haber sufrido mucho... No había más que ver la palidez de su faz y los toques leves de gris que se observaban en sus cabellos. ¡Ah! Aquella burlona mirada que sorprendió en sus ojos parecía decirle que estaba bien informado acerca de todo lo tocante a las mujeres y sus maneras.

Bruscamente, Nina se irguió.

—Le agradezco, caballero...

Esto había empezado a decir cuando sucedió lo peor.

Nina, que todavía sostenía el ramo de rosas, casualmente, o por efecto de su nerviosismo, apoyó la muñeca izquierda en la balaustrada. Las flores se abrieron, dando paso a lo que habían escondido, una especie de tubo o pequeño cañón. Siguió la misma trayectoria que el bolso en el descenso, solamente que produjo más alboroto. El arma, pues un arma era, aunque no pareciese tal cosa a primera vista, por su insignificante empuñadura, se hallaba cargada... Sin embargo, no se disparó.

Nina se quedó inmóvil, horrorizada, igual que tía María. Por un momento, dentro del sombreado patio, a la rosada luz del crepúsculo, reinó un silencio tan profundo como si los tres se hubiesen encontrado en lo más denso del bosque de Marly.

El joven contempló con un gesto de profunda extrañeza la pequeña pistola y, repentinamente, saltó hacia atrás, igual que si hubiera temido una explosión. Tras una rápida mirada al alojamiento del conserje, colocó el bolso encima del arma. A continuación, cogió ambas cosas, subió unos peldaños y se las ofreció con grave

expresión a Nina.

—Permítame, señorita, que le devuelva su bolso, así como... el otro útil, que seguramente llevaba encima para defenderse de tanto indeseable como anda por ahí, en caso necesario. Yo quisiera sugerirle...

—Gracias, caballero. No es preciso que me sugiera nada.

—¡Ay! Oreó haber sugerido ya, sin proponérmelo, mi sugerencia —manifestó el desconocido, mirándola fijamente a los ojos. Hablaba con doble sentido, pero su sonrisa restaba seriedad a sus frases. Llevándose el sombrero a la altura del corazón, inició una reverencia—. ¡Hasta la vista, señorita!

—¡Hasta la...! —A mitad de la frase, Nina se interrumpió a sí misma. Habíase propuesto no pronunciar una palabra.

Mirando nuevamente hacia arriba, notando en sus manos el peso mortificador de las rosas, la pistola y el bolso, Nina acabó de subir las escaleras de tía María.

Ésta fue la breve escena que evocó la joven mientras miraba a lo lejos, junto a la ventana que se asomaba a la calle de Rivoli. No le costaría mucho trabajo olvidarla. Lo conseguiría en cuanto se lo propusiera. Pero sentía la mirada de tía María en su espalda y veía sus ojos, húmedos y astutos. Otra vez la dominaba una violenta irritación.

Girando en redondo, dio cuatro pasos, plantándose frente a la anciana.

—¿Por qué me has recordado eso? —inquirió.

—¡Vaya! Al parecer, la cosa te impresionó.

—Te equivocas —repuso Nina secamente, entornando los ojos.

Pero, cuando volvió a abrirlos, María echó la cabeza hacia atrás, asustada, Parecían los de una demente y resultaban, en verdad, aterrorizadores.

—¿Es que crees que cualquier sórdido episodio amoroso podría apartarme de la causa para la cual vivo, motivo de mi existencia?

—¡Bah! ¡La «causa»! —contestó, desdeñosa, tía María—. Viene a ser lo mismo que el calentador de la cama cuando se pretende sustituir con éste a un esposo. ¡Al diablo con la *causa*! Con tu cuerpo y tu dinero, con tu rostro y tus bienes, ¡*Corpo di Bacco!*, podrías tener el marido que quisieras —Bruscamente, con los ojos llorosos todavía, la gruesa mujer comenzó a reírse a carcajadas—. El que quisieras, sí, pero... no el joven italiano del patio. ¡Pobre Nina! ¡No, no! ¡Ése no!

—¿Por qué razón? —quiso saber Nina.

—Escucha hija mía. Presta atención a una vieja conspiradora como yo. Los conozco a todos... Estoy familiarizada con las maneras de aquellos que han desarrollado la misma actividad que yo años atrás...

—¿Cómo te atreves? —Nina se quedó desconcertada al notar su propia reacción. Procuró seguidamente dominarse—. ¿Es que crees poder superar el juicio que yo formule sobre un caballero?

—¡Oh! Ahora sí que estoy convencida de que saliste impresionada del encuentro, querida —Tía María se echó a reír otra vez. Después, poniéndose seria, agregó—:

¿Quieres que te diga quien es ese hombre en realidad?

—Habla.

—Es lo que los franceses llaman un *mouchard*: un espía de la policía.

—Eso es mentira —la joven hizo una pausa—. Bueno, es igual. Y ya que has decidido desobedecerme, negándote a sacar mi sombrero, en unión de la capa y el estuche de las joyas...

—¡No, no! Iré por ellas en seguida —declaró tía María, abandonando trabajosamente el sillón.

Arrastrando sus zapatillas por el piso, se aproximó resoplando ruidosamente un inmenso guardarropa situado junto a la puerta de la estancia, frente a las ventanas. Del armario sacó una capa corta de riquísima tela a rayas plateadas y rojas.

—¡Bien! —exclamó tía María, inspeccionando por encima la capa—. Saldrás de aquí para matar al Emperador... He prometido no inmiscuirme en este asunto y cumpliré mi promesa. He de advertirte, sin embargo, una vez más, que lo pasarás mal cuando te arresten, cosa que esa gente logrará, ¡no lo olvides!, antes incluso de que hayas tenido tiempo de disparar tu pistola.

La mirada de Nina se había detenido en la esfera del reloj de caja situado en la proximidad de la alcoba... Pasaba el tiempo rápidamente. Disponía todavía de muchos minutos, no obstante. Pero a no mucho tardar se congregaría una enorme multitud en las calles. Tenía que ocupar su sitio entre todos; había de plantarse en el sitio previamente elegido antes de que desfilase la comitiva imperial.

Tía María había conseguido por último inquietarla...

—¿Qué tonterías estás diciendo, vieja chismosa?

—Todo lo que acabas de oír. ¿No es suficiente?

—Vamos, María. ¿Es esta otra de tus infantiles tretas para que aparte la atención de mi objetivo fundamental?

—¡Infantiles tretas! —exclamó la mujer, verdaderamente enfadada—. ¿Fui o no fui durante veinte años la compañera inseparable de tu madre? En estas cuestiones sé tanto como el que más... ¿Lo niegas, acaso?

—En vuestros tiempos todo era muy distinto. Mi plan...

—¡Bah! —saltó María, perdida ya la paciencia por completo—. ¿De qué medios te crees tú que se vale Luis Napoleón para mantener tan tranquila esta hermosa y brillante ciudad? No olvides que para él es una especie de juguete. Pregúntales al prefecto de policía, a monsieur Pietri —sí, he dicho Pietri y no Pieri—, si bien yo te aconsejaría mejor, indicándote que dieras satisfacción a tu curiosidad poniéndote en contacto con monsieur Lagrange, el jefe de la policía política. ¡Tienen a sus órdenes más espías que granos de arena hay en Dieppe! Lagrange sería capaz de promover una rebelión sólo para demostrar la rapidez con que podría aplastarla.

Tía María sacudió la capa. Encogiéndose violentamente de hombros, introdujo de nuevo las manos en el guardarropa extrayendo del mismo un sombrero de terciopelo muy ancho de ala, del tono rojo oscuro del vestido.

—¿Te niegas a hacer caso de lo que te dice esta vieja? —inquirió Tía María, resentida—. Está bien. Hemos terminado. Tengo que comunicarte algo, pese a todo: tú has sido traicionada.

—¡Mentiras, mentiras y más mentiras! Traicionada, ¿por quién?

—¿Y me lo preguntas? Por el joven que conocimos en el patio.

Tía María estaba yendo demasiado lejos, a juzgar por la mirada de Nina, por su agitada respiración.

—¡Estúpida! Pero, ¿es que no te diste cuenta del sobresalto que experimentó al ver caer la pistola a sus pies? Pensó que una de las balas podía ser para él. ¿No observaste con qué rapidez miró hacia la casa del *concierge*, que nos estaría viendo, a lo mejor? ¡Ese *concierge* está, seguramente, a partir un piñón con la policía! Tú, una conspiradora, diste tu nombre auténtico, el verdadero. ¡Oh! ¡Cómo si el apellido de tu madre, el conocido Bennett, no fuese un pasaporte infalible para la prefectura!

Ahora bien, tía María no creía una sola palabra de lo que ella misma estaba diciendo acerca del joven. Efectivamente, tres noches atrás lo había clasificado como un paseante o conquistador más de los bulevares. Pero aquellas ideas habían ido desarrollándose en su cerebro. Sentíase incapaz de detenerse... Tenía que seguir hablando, atropelladamente, sin cesar.

Le pareció sorprender cierta vacilación en Nina...

Ésta se desplazó hacia un lado de la cómoda, observando con fijeza a la mujer. Su mano izquierda tiró de uno de los cajones del mueble, el que contenía la pequeña pistola, ahora cargada ya, con una cápsula fulminante descansando bajo la ligera presión del percutor.

—¿Qué haces? —gritó tía María.

A continuación, bruscamente, mirando hacia la puerta y levantando la capa y el sombrero de la joven, como para imponerle silencio, agregó:

—¿Has oído?

Al otro, lado de la puerta, la única de la habitación, había un saloncito. La pulida madera del piso no se hallaba cubierta por ninguna alfombra. Oyóse un sonido... Las dos lo identificaron en seguida. Era el golpeteo rítmico de un bastón, seguido por un susurro, el del pie ayudado por aquél, al avanzar. Alguien se acercaba, poco a poco, pero con decisión, a la puerta del dormitorio. Nina y tía María sabían perfectamente de quien se trataba.

«¡Dios mío», pensó, inquieta la vieja. «¡Resulta que es de verdad un *mouchard*!».

Unos nudillos firmes, autoritarios, aunque no escandalosos, tocaron la puerta del dormitorio.

Tía María, aterrorizada, fue retrocediendo lentamente hasta el lecho, sosteniendo la capa y el sombrero de su dueña a la altura del pecho, igual que si ambas cosas hubieran podido servirle de escudo.

Si la faz de Nina había llegado a reflejar antes alguna incertidumbre, ésta acababa de desaparecer por completo. Sus movimientos eran rápidos y nada atropellados.

Extrajo del jarrón el ramo de rosas amarillas, manteniendo en alto los tallos unos segundos para que quedaran bien escurridos. Seguidamente, procedió a envolverlos con un trozo de papel tela que halló en el cajón del tocador. Tras haberse colocado el ramo en la mano izquierda, preparó la pistola. Oyóse un débil «clic» al echar hacia atrás el percutor del arma, que situó en el hueso abierto en el centro del *bouquet*, asegurándose de que nada entorpecería la acción del dispositivo cuando se abatiera, en cuanto ella apretara el gatillo.

Disponía de tiempo para volver a cargar la pistola si en aquellos momentos se veía precisada a deshacerse de un intruso.

—¡Adelante! —dijo Nina con serenidad, utilizando el francés.

Era éste el idioma en que se desarrollaría luego la sorprendente entrevista...

Su visitante, el joven del patio, entró en la habitación, cerrando la puerta a su espalda. Cubríase parcialmente con una capa negra que le llegaba hasta el tobillo, la cual permitía ver la adornada pechera de la camisa. Una de sus manos, embutidas en sendos guantes blancos, sostenía su sombrero; la otra se apoyaba en la empuñadura de oro del bastón.

Otra vez notó Nina sus delicados rasgos faciales, en contraste con el espeso y negro vello del bigote. Era, desde luego, un hombre bien plantado.

—Antes de nada, señorita —dijo con una reverencia dirigida a las dos mujeres—, señora, debo excusarme por haberme atrevido a llegar hasta aquí.

Los menudos dientes de Nina cayeron nerviosamente sobre sus rosados labios.

—Todavía puede usted quedar como un caballero si se decide a retirarse inmediatamente —contestó la joven, señalándole con un movimiento de cabeza la puerta.

—Desgraciadamente, señorita, no me es posible proceder así.

El visitante, con la mayor tranquilidad, colocó su sombrero y su bastón encima de una mesita situada a la izquierda de la puerta. Sus ojos oscuros y su voz contenían algo indefinible que hablaba de una feroz sinceridad.

—He de agradecer, *mademoiselle*, que usted me inspira cierto interés.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

El visitante apoyó su espalda en el marco de la puerta, con un cuidado, con una suavidad que a Nina se le antojaron vagamente familiares.

—Digamos que yo soy el detective Lecoq, protagonista de las admirables novelas policíacas de monsieur Gaboriau. Lecoq es una persona real, téngalo en cuenta, como lo fue D'Artagnan. ¡Bueno! Yo soy Lecoq.

La respiración de Nina se tornó más agitada. Su dedo índice buscó el gatillo de la pistola.

—¿Cómo ha conseguido entrar hallándose la puerta principal cerrada con llave?

—Créame, señorita: he conseguido franquear puertas mucho más difíciles que la suya. ¡Alto! —El joven levantó una mano, sonriente, para impedir que Nina hablara—. Supongamos... (hablo de suponer solamente, ¿eh?), supongamos que

*mademoiselle* Nina Bennett se propone dar muerte al Emperador de los franceses. Quien le habla en estos momentos, señorita, vive también en este edificio, ¿y quién puede impedirme que le haga preguntas al *concierge*?

—¿No te lo dije? —inquirió tía María, escondiendo el rostro detrás de la capa y el sombrero que todavía sostenía.

Nadie hizo el menor caso de sus palabras.

—Cualquier lector de la Prensa francesa estará familiarizado con el apellido de su madre. De la nacionalidad de su padre habla claramente esa bandera, un alarde suyo, —manifestó el joven señalando hacia el balcón—. Pero... de proponerse usted matar al emperador, ¿dónde pensaría situarse? No muy lejos de aquí, me imagino, ya que de lo contrario en estos instantes se encontraría en la calle.

«Si tienes que matar a ése individuo», pensó tía Haría, como si pudiese coaccionar con sus ideas a Nina, «¡mátalo ahora!».

—Me parece que usted escogió la esquina que da a las calles de Rivoli y Royale. Cualquiera de los diarios de París le dio con exactitud la ruta que seguiría la comitiva y las horas en que llegaría a un sitio u otro. Nos hallamos en pleno verano. El carruaje utilizado por el Emperador será abierto y bajo. Luis Napoleón, todo el mundo lo sabe, se sienta siempre en el lado derecho, mirando al frente, y su esposa a la izquierda.

»¡Qué bonita...! —la fuerte voz del desconocido se quebró; El joven, evidentemente, consiguió dominarse con un esfuerzo—. Todos la tomarán por una inocente criatura cuando en la acera luzca su vestido y sus joyas, charlando afablemente en inglés, hablando de manera deliberada un mal francés. Los soldados, los oficiales de la escolta, los miembros de la policía militar, se limitarán a esbozar una sonrisa cuando usted se adelante poco a poco en dirección al vehículo, que se desplazará lentamente, y pronuncie unas palabras en el momento de ofrecer el ramo de rosas, ¿no es así?, a la Emperatriz Eugenia de Montijo.

«¡Yo estaba loca, loca!», gimió mentalmente tía María. «¡Ojalá le quite a Nina esa maldita pistola ahora!».

—Sosteniendo con la mano izquierda el ramo de rosas —prosiguió diciendo el visitante—, se adelantará hacia su majestad. Y, entretanto, empuñará la pistola con la derecha, disparando sobre la cabeza del emperador, tan de cerca que es imposible que yerre el tiro. ¿Ha interpretado monsieur Lecoq correctamente su plan?

Nina Bennett echó un rápido vistazo al reloj.

¡La hora! ¡La hora! ¡La hora! Unos minutos atrás, al asomarse a la ventana, había visto a la derecha un enrojecido cielo, por encima de Neuilly, más allá de los Campos Elíseos. Ya todo el firmamento presentaba aquella coloración, entre manchas blancas y de tono azul pálido. Las luces de gas parecían entonces más fuertes dentro de aquel gabinete de muros forrados de negras sedas, el cual podía haber sido considerado el símbolo del espionaje desde los días de Savary y Napoleón I.

—¿Es usted la única persona que conoce este... este plan...? —inquirió Nina, sencillamente.

—Sí, *mademoiselle*.

La joven extrajo la pistola de entre las flores. El visitante (esto es un hecho), no advirtió su movimiento.

—Y ahora tengo que explicarle por qué me inspira usted tanto interés. He aquí algo que me va a resultar muy fácil —dijo aquél irguiendo el cuerpo y apretando los puños—. Usted es Venus dentro del cuerpo de Diana; usted es Galatea, que aún no ha sido besada, a la que todavía no se le ha mostrado la verdadera vida. Es usted... no diré que la más bella entre todas las mujeres que he conocido, y he conocido muchas, pero sí la más enloquecedora, la más excitante —En el rostro y en las palabras del visitante había, ciertamente, un dejo de cinismo.

—Es usted muy modesto, ¿eh? —respondió Nina, furiosa.

—He declarado algo que es una realidad. Le he expuesto una de las razones que me inducen a hacerla permanecer en esta habitación por espacio de una hora, por lo menos.

Nina se sobresaltó, estando a punto de caérsele al suelo la pistola.

Llegaban a sus oídos voces y gritos procedentes de la calle en que se encontraban y de otras inmediatas. Percibió también un sordo arrastrar de pies. Más débilmente, escuchó el Clop-clop de los caballos de la comitiva, que se moverían nerviosos por las calzadas, entre las dos murallas humanas de los espectadores.

De acuerdo con las informaciones facilitadas por los periódicos, el desfile hacia la Opera estaría encabezada por la Banda Imperial. Sonaban ya los acordes de «Partant pour la Syrie», que era el himno oficial de Napoleón III.

*Saliendo ya para Siria.*

*El joven y bravo Dunois...*

Todavía tenía tiempo. La mano de Nina Bennett estaba tan firme como la de una estatua.

—Se ha llamado usted a sí mismo detective, monsieur Lecoq. En realidad, usted no es más que un espía de la policía. Y ahora, ¡vamos!, apártese de esa puerta.

—No, querida —respondió el joven, sonriendo y cruzándose de brazos.

—Contaré hasta tres...

—Cuenta hasta cinco mil, si quiere. Me sentiré encantado de oír su voz. ¿Qué ganará matándome? Casi todo el mundo —señaló mirando a su alrededor, como si paseara la vista por una gran multitud—, me cree muerto desde hace tiempo. Ponga su mano en la mía y que sean los necios quienes se las entiendan con pistolas y cuchillos o puñales.

—¡Una! —dijo Nina, que había hablado muy en serio.

El Clop-clop de las herraduras de los caballos se percibía cada vez más próximo. La joven sintió un escalofrío al oír la marcha que tocaba la banda ahora, en honor a los miembros americanos que tomaban parte en el baile de la Opera. Nada de

palabras. Sólo había sueños y recuerdos allí. Sonaba lento, sombrío, el gran himno de batalla.

*Mis ojos han visto la gloria resurgente de Dios.*

*Abatiendo los pies sobre el lugar en que están*

*almacenadas las uvas de la ira...*

—Dentro de unos segundos —continuó diciendo el visitante—, me acercaré a usted para quitarle esa pistola. No resulta una cosa adecuada para sus lindas manos. Pero primero habrá de escuchar lo que tengo que decirle —El supuesto monsieur Lecoq habló ahora en tono iracundo—. El asesinato político es algo más que un tremendo error. No cambia nunca nada. Viene a ser la acción de un idiota. Si yo fuera capaz de hacerla ver...

Bruscamente, el hombre calló.

Él también había oído las notas musicales... su rostro se ensombreció. Tía María, de haber, estado observándola, habría sorprendido en sus ojos el mismo destello de locura que era posible ver en los de Nina Bennett. El visitante pronunció entonces las palabras que iban a poner fin a su vida.

—¡Santo Dios! —exclamó despectivamente—. ¡Usted hubiera podido llegar a alcanzar la categoría de ser humano de no haber conocido a su madre y a ese maldito yanqui de su padre!

Nina oprimió el gatillo.

Había estado buscando su corazón, a menos de tres metros de distancia. Flameó la cápsula fulminante, oyéndose una tremenda explosión. Del cañón del arma salió una densa nube de humo. El visitante cayó de espaldas sobre la puerta, manteniéndose, sin embargo, en pie todavía.

Nina Bennett no había logrado alcanzarle en el corazón, pero el proyectil, después de destrozarse las costillas del costado derecho del joven, se hundió en sus pulmones.

La chica se dio cuenta en aquellos instantes de que nunca, nunca, hubiera podido hacer fuego sobre el Emperador, a menos que éste hubiese proferido algún insulto enloquecedor.

El herido se llevó las manos, de enrojecidos dedos, al pecho. Estaba muy pálido. Su respiración era cada vez más ahogada.

—Gracias, querida... Y ahora, ¡rápido!, póngame en las manos esa pistola. Así todavía tendré tiempo de decir que me herí yo mismo.

De pronto, Nina comprendió otra cosa...

—¡Usted ha estado expresándose en inglés! —exclamó en este idioma—. Desde el momento en que pronunció esas dos palabras: «maldito yanqui». ¿Es usted inglés?

Incorporándose un poco, tragando una bocanada de sangre, el joven acertó a responder:

—Soy americano, querida... ¡Ah! Nadie me ha considerado jamás un espía de la

policía. Mi nombre —añadió con toda naturalidad—, es John Wilkes Booth.

UNA NOVELA CORTA DE *SIR*  
HENRY MERRIVALE

## EL LABERINTO

Cuando Tom Lockwood la vio por vez primera, ella bajaba las escaleras, aterrorizada. A su espalda, en alto, quedaba la entrada de la catedral. La cúpula de San Pablo casi oscurecía desde allí el grisáceo firmamento primaveral. Una paloma batió las alas por encima de su cabeza. Había muy pocas personas en aquel sitio que hubiesen podido observar lo sucedido.

La joven miró por encima de su hombro. Estaba tan asustada todavía que a Tom, antes que, nada, se le ocurrió que podía tropezar y caer aparatosamente. En consecuencia, optó por echar a correr hacia ella.

Su siguiente pensamiento fue dictado por su instinto profesional. Su condición de periodista le hizo descubrir algo de grotesco en la escena; en el momento en que una sonora campana daba las cuatro, una linda chica de morenos cabellos y ojos claros, anchamente espaciados, huía presa de un terrible pánico de la Casa de Dios.

Unos segundos después, la chica tropezaba...

Tom la cogió en el aire, logrando incorporarla sujetándola enérgica, pero suavemente, por los brazos.

—Cálmese —le dijo sonriendo—. Aquí no tiene usted que tener miedo a nada.

Ella retrocedió instantáneamente. Luego, la muchacha observó la expresión de Tom y vaciló. Ni siquiera la madre de Tom Lockwood se hubiera atrevido a sostener que su hijo era un hombre guapo. Ahora bien, su sonrisa, siempre espontánea, tenía algo especial que invitaba a las mujeres a confiar en él... La verdad era que nunca se había arrepentido ninguna de proceder así.

—Aquí no ha de tener miedo a nada —insistió Tom.

—¿No? —inquirió ella bruscamente—. Anoche intentaron asesinarme... Me libré de la muerte por milagro. Y ahora, hace unos momentos, oí una voz donde no era de esperar que hablase ningún ser humano. Esa voz me anunció de nuevo que iba a morir... ¿Eh? ¿Qué le parece eso?

Corrían muchos taxis por Ludgate Hill. Un policía, de siniestro aspecto más bien, habíase plantado a la izquierda de la entrada a la catedral. A los oídos de Tom llegaron las palabras de la muchacha un tanto desordenadas, confusas.

Había puesto mucha pasión en sus frases. La voz era bella, indudablemente. Había descubierto cierto acento extraño en su pronunciación. Los cabellos, auténticos negros, le brillaban. El miedo había dilatado las pupilas de sus ojos, grises, sombreados por largas pestañas del mismo tono que el pelo. Tom fue de súbito tan consciente de su proximidad física que soltó de pronto sus brazos.

—¡Usted no me cree! —exclamó ella—. Bueno, ¿qué más da? Tengo que irme.

—¡No, no! ¡Espere!

La joven vaciló nuevamente, quedándose con la vista fija en el suelo.

Tom se sintió inspirado. Hasta la elocuencia, casi.

—Está usted sola. ¡Oh! Quizás se hallase dentro de la catedral en compañía de algunas personas... Bien. El caso es que ahora se encuentra sola; se siente como perdida; no confía en nadie. ¿Se atrevería a confiar en un hombre como yo, al que no conoce en absoluto, si le dijera que únicamente pretendo ayudarla?

Tom se puso nervioso al observar que los ojos de ella se llenaban de lágrimas.

—Usted lo que necesita de momento es... —comenzó a decir. Había tenido en la punta de la lengua: «un par de *whiskys*», pero esto, en la excitación de aquellos instantes, se le antojó poco romántico. Prefirió enfocar de otra manera—. Mire señorita: al otro lado de la calzada hay un bar. Lo que usted necesita es tomarse una taza de té y contarme sus cuitas. No se preocupe... Soy un hombre serio, respetuoso. ¿Ve aquel policía que hay allí?

—Sí.

—Me conoce —afirmó Toni—. Y no crea que es porque yo sea un granuja acostumbrado a cumplir quincenas periódicamente, como muchos. En realidad, yo soy reportero de sucesos del *Daily Record*. Vea mi carnet profesional.

—¿Es usted periodista?

Los ojos de ella se iluminaron.

—Sí pero, por favor, no vaya a pensar que mi interés por usted es exclusivamente profesional. Y usted... ¿usted es por casualidad, francesa?

—Soy inglesa —replicó la joven orgullosamente, irguiendo el cuerpo—. ¡Ah! Me llamo Jenny. Jenny Holden. El apellido es netamente inglés, ¿verdad?

—Desde luego. Mi nombre es Tom Lockwood.

—Sin embargo —prosiguió diciendo Jenny—, he vivido la mayor parte del tiempo en Francia. Cuando ellos planearon esta visita a Inglaterra la idea me sedujo, hasta que...

Jenny miró hacia atrás. El miedo la sobrecogió de nuevo, como si la acechara alguien desde la catedral.

—Por supuesto, señor Lockwood, no tengo ningún inconveniente en que me acompañe. Y no es necesario que le presente a usted, ningún policía. Pero... vayámonos de aquí en seguida.

Sortearon los vehículos que se deslizaban por la calzada, en dirección al bar existente en la esquina de Paternoster Row. Dejaron atrás al policía en cuestión, que Jenny había estado observando, fascinada. Era un miembro de la *Old Brigade*, corpulento, de casi dos metros de estatura, exactamente igual que los que forjaban las mentes extranjeras al pensar en los componentes de la citada unidad.

Tom le había hecho una seña, a manera de saludo. El hombre correspondió al mismo gravemente y en el momento en que Jenny volvía la cabeza hacía otro lado le guiñó picarescamente el ojo a Tom, tan picarescamente que el muchacho se puso

encendido como la grana.

En la puerta del bar, Tom se detuvo un instante.

—A ver... ¿Había alguien con usted en la catedral?

—¡Sí, sí! Mi tía Hester y mi prima Margot.

—¿Fueron ellas quienes la asustaron?

—¡No, no! Desde luego que no. —Jenny se mordió los labios—. Mi tía Hester no me agrada, ¿sabe? Se comporta como una duquesa que no se separará jamás de sus impertinentes. Cuando estamos en un restaurante, por ejemplo, su voz es la que más se oye. ¿Entiende lo que quiere decir?

—Muy bien, por desgracia.

—Mi prima Margot es joven y me resulta simpática. No obstante, desearía perderlas de vista a las dos. ¡Por favor, señor Lockwood!

—De acuerdo —contestó Tom, empujando la puerta del establecimiento—. Entre.

Paseando, sin prisas, el policía había seguido disimuladamente a la pareja. En el instante de entrar la chica en el bar, Tom dejó que la puerta se cerrara por breves segundos, los que necesitaba para decir unas palabras al representante de la ley:

—¡Dawson! No nos has visto, ¿estamos?

El policía asintió. Su guiño, ahora, fue más elocuente que el primero.

Atendían al mostrador del bar dos muchachas. Pero el lugar estaba vacío. Jenny y Tom se acomodaron en uno de los reservados, ante sendas tazas de té que por lo menos notábase caliente. Jenny se iba tranquilizando. Aceptó un cigarrillo, que ella misma encendió. De pronto, comenzó a hablar.

—¡Oh! ¡Qué difícil me resulta darle explicaciones! No quisiera que me tomase por una estúpida, que imagina fantasías tontas. No quisiera que me tomara por una loca. Sí; esto es lo que *ellos* piensan...

—¿«Ellos»?

—Tía Hester... y los demás.

—A tía Hester la pondremos a secar al sol, en la cuerda de tender la ropa, en la primera ocasión que se presente. Entretanto...

Tom calló porque la muchacha se había echado a reír.

—¡Oh! ¡Es usted muy simpático, señor Lockwood! —declaró ella en el tono de un magistrado que dictase sentencia—. ¡Qué agradable resulta dar con gente que le haga a una reír! ¡Qué diferencia...!

Jenny guardó silencio súbitamente, tornando a dar muestras de desasosiego.

—Es una tontería, pero debo hacerle la pregunta: ¿es usted capaz de explicar milagros?

—No. En cambio sé de un hombre que podría acometer tal tarea. ¿Ha oído hablar de sir Henry Merrivale?

—¿Sir Henry Merrivale?

—Sí.

—¡Pero si es un tipo terrible! —exclamó Jenny—. Se trata de un individuo gordo

y calvo, que tiene el hábito de jurar a cada paso, que tira a la gente por las ventanas...

—Quizás no sea el hombre fino que él se figura ser —admitió Tom—. Pero es capaz de explicar milagros, Jenny. Actualmente, no es otro su fin en esta vida.

—¿Habla... on sinceridad?

—Sí, sí, por supuesto.

—Entonces sería mejor que comenzara mis explicaciones por el principio. Mi nombre...

—Conozco ya su nombre —dijo Tom con los ojos fijos en la mesa—. Es probable que lo recuerde largo tiempo.

Hubo una pausa. Los dos tomaron unos sorbos de té.

—Bien... —declaró Jenny—. Mis padres se fueron a vivir a Cannes antes de nacer yo. A causa de esto, de la guerra y de otras cosas, yo nunca estuve en Inglaterra. Mi madre murió durante el conflicto bélico. Mi padre falleció hace un par de años. Mi tutor es un viejo amigo de aquél: el general De Senneville. Tengo veinticinco años. Soy lo que ustedes, dentro de Inglaterra, llaman una solterona.

—¿De veras? ¿Es usted una solterona? —inquirió Tom, cómicamente horrorizado—. ¡Santo Dios! ¿Ha llegado usted a mirarse alguna vez en un espejo?

Jenny miró muy seria a Lockwood unos segundos y continuó hablando rápidamente.

—Mi padre abrigó el deseo de que yo viniese a Inglaterra. Deseaba que visitara todos sus lugares y monumentos más característicos, como cualquier turista: la abadía de Westminster, la Torre de Londres, la catedral de San Pablo...

—Cálmese, cálmese. No se ponga nerviosa.

—Ahora me encuentro tranquila ya. El general De Senneville, mi tutor, opinó que la idea era excelente, que debía llevarse a cabo. En consecuencia, me envió aquí, en compañía de mi tía Hester. Esto había de ser poco antes de que yo contrajera matrimonio.

—¿Antes de que usted...? ¡Oh! —exclamó Tom, interrumpiéndola, auténticamente sorprendido.

La faz de Jenny se cubrió de carmín. Tom, ocupado en encender un cigarrillo, dejó que se consumiera la cerilla que tenía entre los dedos, quemándose. Lanzando una exclamación de impaciencia, arrojó aquélla en unión del cigarrillo a la taza. Luego, para hurtar su rostro a la ávida mirada de la chica, se agachó, vertiendo el té y lo demás en el suelo, debajo de la mesa.

—¿Qué otra cosa podía hacer yo? —inquirió Jenny, a la defensiva—. Todo ello fue concertado por mi padre y el general hace años. ¿No era eso lo mejor, contando como contaba veinticinco años de edad, siendo ya una solterona?

El daño había sido hecho ya. Tom y Jenny no podían mirarse a los ojos.

—¿Y quién es el individuo que va a convertirse en su esposo? —preguntó Lockwood, con mayor naturalidad que nunca.

—Armand De Senneville: el hijo del general.

—¿Usted le ama?

El carácter de Jenny, típicamente inglés, luchaba con su educación, estrictamente francesa.

—Pero... ¡usted no es un hombre práctico! —exclamó la muchacha con vehemencia—. Este tipo de matrimonios, convenidos con mucha anticipación, resultan siempre mejor que los otros. Es lo que asegura el general... Se sobreentiende que yo amo a Armand y que él no me ama a mí. Me caso con este hombre porque... bueno, porque tengo que hacerlo, a mis veinticinco años. Y él se casa conmigo porque desea entrar en posición de mi dote, que es muy importante.

—No tendría que jurármelo ese tunante...

—¿Cómo se atreve usted a...?

—Esas costumbres francesas tan anticuadas... —Tom se cruzó de brazos, quedándose en actitud cavilosa—. Se oye hablar de ellas, sabe uno incluso que están en vigor todavía, pero no llega a creerlo del todo. ¿Qué puede contarme de ese Armand de Senneville? Supongo que será un tipo de negros cabellos, empapados de brillantina, con unas patillas muy largas...

—¿Con qué derecho habla usted así de mi prometido?

—Está bien, señorita, está bien.

—Tiene los cabellos muy negros, sí, pero de lo otro no hay nada. Es un hombre encantador. Se le tiene por uno de los más emprendedores negociantes de Francia. Armand no ha cumplido los treinta y seis años todavía y ya posee tres periódicos: dos en París y uno en Burdeos.

—Mientras que yo...

—¿Qué ha dicho?

—No, nada. Supongo que habrá venido aquí con usted.

—¡No! Se opuso desde el principio a estas vacaciones. Le ha sido imposible abandonar sus actividades. Además, no habla inglés ni le gustan los ingleses. Ha tenido que ceder por deseo expreso de su padre. Eso sí, ha dado severas instrucciones a mi tía Hester, recomendándole que no me perdiera de vista un momento, no fuera que cometiese alguna estupidez enamorándome de alguno de mis aburridos e insípidos compatriotas.

Jenny hizo una pausa. Su cigarrillo, consumido en su mayor parte, había estado a punto de quemarle los dedos.

Tom la miró fijamente.

—Cabía esa posibilidad, ¿verdad?

—¡No! ¡Nunca! Por otro lado, ni tía Hester ni los De Senneville lo consentirían.

Mientras Stella y Dolly lavaban tazas, platos y vasos detrás del mostrador del bar, Tom Lockwood adoptó una secreta e importante resolución. Sus palabras no llegaron a traicionar un solo instante la idea que acababa de concebir.

—Bueno, ciñámonos ahora a los hechos. ¿Qué es lo que la asustó a usted tanto?

—Anoche —explicó Jenny—, alguien intentó asesinarme. Una persona

desconocida para mí, naturalmente, abrió la válvula de mi calefactor de gas, el que tengo en el dormitorio. No sé de qué treta se valió el que esto hiciera, ya que tanto las ventanas como la puerta de la habitación se hallaban cerradas. Es una realidad, no obstante. Yo había recibido con anterioridad una nota comunicándome que iba a morir.

Jenny parecía estar completamente concentrada en sus pensamientos.

—Menos mal que me salvaron... Ahora bien, yo no quiero hablar de lo de anoche. Esta mañana me encuentro... Indispuesta no es la palabra exacta... ¡Enferma! Me siento enferma, sí, eso es. Me notaba peor al levantarme. Se lo comuniqué a mi tía Hester, quien me contestó que se trataba de tonterías mías, añadiendo que se me pasaría todo en seguida dando unas vueltas por la ciudad. Por tal razón nos trasladamos a la catedral. ¿Usted conoce la catedral de San Pablo?

—Ha transcurrido mucho tiempo desde mi última visita a ese templo.

—Todo sucedió —declaró Jenny—, en la *galería de los susurros*.

La galería de los susurros.

Incluso allí dentro, en aquel bar, uno entre tantos, vulgar, absolutamente corriente, cercado por el tráfico, el fantasmal rumor, al ser evocado, atentaba contra los nervios.

—Usted sube por unas escaleras en espiral —explicó Jenny—. Arriba, arriba... Llega un instante en que el visitante se queda sin aliento. Entonces vacila, figurándose que jamás podrá llegar al final. A continuación viene una pequeña puerta por la que se pasa a la galería.

Tom hizo memoria... Sí. Recordaba que aquel lugar le había producido una fuerte impresión. Quedaba a mucha altura; justamente por debajo de la cúpula. De forma circular, mediría unos sesenta metros de longitud. Sólo con una barandilla de hierro para evitar la tremenda caída hasta el piso de la nave central, cubierta con centenares de sillas plegables.

Los ruidos cobraban allí una extraña sonoridad. Por entre las estatuas de mármol, de diversos santos, que rodeaban el vasto círculo, se filtraba una grisácea luz. El sitio imponía y, normalmente, se encontraba desierto. Prestaba, un servicio en dicho punto una especie de sacristán, casi siempre cubierto con una oscura capa.

Tom estudió con verdadera curiosidad el rostro de Jenny, sus labios, separados en un gesto de ansiedad, su agitada respiración.

—Yo no me tengo por una persona cobarde —declaró la chica—. Debo confesar, sin embargo, que el lugar no me sedujo lo más mínimo. Si usted toma asiento en el banco de piedra que corre a lo largo del muro y alguien (aunque esté situado a sesenta metros de distancia), susurra cualquier cosa con el rostro pegado a la piedra casi, lo que haya dicho se oye como un gorjeo salido de Dios sabe dónde.

»¡Escúcheme con atención, por favor! —añadió Jenny, que parecía expresarse con entera sinceridad—. Yo no me encontraba bien del todo, lo reconozco, pero tampoco podía consideráreme una desequilibrada. Desde el día en que recibí la primera nota comunicándome que iba a morir no quise confiar en nadie. Hoy, en

cambio, he depositado mi confianza en usted. Le juro que ésto sucedió tal como se lo estoy refiriendo.

»Había solamente cinco personas en la tenebrosa galería. Cuéntelas: mi tía Hester, mi prima Margot, un aldeano de roja faz que se había llevado un paquete de bocadillos y un termo con té... No nos olvidemos del sacristán, con su indumentaria habitual, quien refiere a los visitantes las curiosidades de la galería».

—Adelante.

—Primeramente, nos explicó el extraño fenómeno que se da en aquel rincón de San Pablo. Se apoyó en el muro, hacia la izquierda... Ni siquiera es preciso eso. Luego dijo algo que nosotros, a la derecha de la puerta, apenas oímos. Pero el sonido fue deslizándose lentamente, describiendo un misterioso círculo, hasta que entendimos las palabras proferidas por el hombre, que nos llegaron por el oído opuesto. Aquéllas empezaban así: «Comenzada la construcción de esta catedral por sir Christopher Wren...».

»Después de lo anterior nos separamos un poco unos de otros. Yo estaba nerviosa... Sí, ¡lo admito! Me senté en el banco de piedra, rígida. Tía Hester y Margot se aproximaron a la barandilla, asomándose al vacío. Mi prima dejó oír uña risita, murmurando:

»—¡Qué tremendo salto se podría dar desde aquí! ¿Verdad, mamá?».

»El gordo campesino, mientras tanto, se instaló a unos quince metros de distancia de donde me hallaba. Calmosamente, se aplicó a la tarea de abrir su paquete, hecho con papel impermeable a la grasa, del que extrajo un bocadillo. A continuación llenó la tapadera de su termo con el té que contenía aquél, hasta el borde... Cuando más a gusto estaba saboreándolo, el sacristán lo ve y se indigna, dirigiéndose a toda prisa hacia él. Ir de merienda a la catedral... Desde luego, esto no está nada bien.

»Señor Lockwood: ¡yo me daba cuenta perfectamente de cuanto sucedía a mi alrededor! El campesino no pudo haber hablado en aquellos momentos porque bebía su té. Lo mismo le digo del hombre de la capa negra, porque vi sus labios, aparte de que se encontraba alejado del muro, demasiado alejado de éste. En cuanto a mi tía Hester y a Margot... ¡Qué insensatez pensar tal cosa de ellas! Pero es que además se habían separado también mucho de la pared de piedra, ya que estaban apoyadas en la barandilla.

»Lo cierto es, sin embargo, que alguien me habló al oído en tan críticos instantes.

»Fue horrible... Esto oí, dicho en inglés: “Fallé la primera vez, Jennifer, pero no sucederá lo mismo con mi segundo intento”. Noté en la voz una alegre inflexión. *¡Y allí no había nadie!*».

Jenny calló de pronto.

A causa de los malos ratos que había pasado a lo largo de los días anteriores, tenía unas pronunciadas ojeras y estaba muy pálida.

—¡No dije nada, no! —exclamó la muchacha luego—. De haberlo hecho, tía Hester hubiera dicho que había estado imaginando cosas fantásticas. Es el mismo

comentario que hizo de lo de anoche. Sostenía que la única persona que podía haber abierto la válvula del gas era yo puesto que la habitación había sido cerrada con llave por dentro.

»Me puse en pie de un salto y eché a correr. Bajé a toda prisa las escaleras, para que nadie pudiera alcanzarme. No sabía a dónde me encaminaba, ni qué iba a hacer después. Si entonces se me ocurrió rezar alguna oración y pedirle algo a Dios fue...

—¿Qué? —inquirió Tom.

—Pues... ¡Dar con alguien como usted!

Tras haber pronunciado sus últimas palabras, Jenny bebió otro sorbo de té, ya frío.

—¿Qué podría hacer yo? —preguntó la joven a Tom. Brillaron unas lágrimas en sus pestañas—. Yo sé perfectamente que tía Hester no pretende causarme ningún daño... ¿Cómo iba a pensar eso ella? Sin embargo, no quiero hablarle, ¡no quiero! ¿Dónde encaminar mis pasos?

—Yo le diré a donde ha de dirigirse con toda exactitud —contestó Tom, cogiendo sus manos—. Va usted a acompañarme... Iremos a ver a sir Henry Merrivale, con quien hablaremos en un despacho al cual se da en la actualidad la denominación de «Ministerio de los Milagros». Luego...

¡Buuuummm!

La puerta del bar se abrió de pronto con un ruido ensordecedor, haciéndose pedazos uno de sus grandes vidrios. Tom, que se hallaba sentado dando la espalda a aquélla, volvió la cabeza, levantándose entonces instantáneamente.

En la entrada del establecimiento, sin mirar todavía al interior de éste, habíase plantada una dama de majestuoso aspecto que hablaba con alguien situado tras ella.

—Estoy en magníficas relaciones, agente —estaba diciendo—, con sir Richard Tringham, el comisario de policía. Sus falsos informes no le favorecerán lo más mínimo cuando yo tramite la denuncia correspondiente. Usted me dijo que no había visto a ninguna joven que bajara las escaleras de la catedral corriendo; usted ha negado que la joven en cuestión entablase conversación con un hombre vestido con una americana de corte deportivo y pantalones grises. Finalmente, declaró que no había visto entrar a la pareja en ninguno de los desagradables establecimientos que hay por aquí. ¿Es esto cierto o no?

—Es cierto, señora —respondió Dawson, el policía.

En tal momento, tía Hester hizo su entrada en el bar, igual que si hubiese sido lady Macbeth.

—Soy la señora Hester Harperden —anunció en tono grandilocuente a las paredes—. Poseo información clara, facilitada por un vendedor de periódicos. Tengo que...

Entonces divisó a Tom, de pie, inmóvil.

Hasta aquel instante. Stella (nota destacada de su rostro: dientes prominentes), y Dolly (evidentemente bonita), estupefactas, habían guardado silencio, siguiendo detrás de su mostrador. Pronto demostraron estar en posesión de sendas lenguas en

magníficas condiciones.

—«Desagradables establecimientos», ha dicho usted, ¿no? ¡Muy bonito! —comentó Dolly, desafiante.

—Ha roto un cristal de la puerta, agente —chilló Stella—. Nada más entrar.

Entretanto, mientras tía Hester avanzaba calmosamente, Tom giró la cabeza hacia Jenny...

Pero la chica no se encontraba ya en su sitio. Se había marchado; no estaba en el bar.

—Oiga, joven —inquirió tía Hester calmosamente—: ¿dónde para mi sobrina?

—¿Usted la ha visto aquí, señora?

—No. Pero eso no significa que... ¡Ah! ¡La entrada del servicio! ¿Dónde se encuentra la entrada del servicio aquí?

—¡Un momento! —exclamó Tom, plantándose a la iracunda señora—. ¿Tiene usted un permiso legal de registro?

—¿Es que acaso lo necesito para buscar a mi sobrina?

—¡Sí! —afirmó Stella—. Una de dos: o pide una taza de té, con pasteles, si le apetece, que es para lo que nosotras estamos en el bar, o se va a la calle. ¿Es eso justo, agente?

—Es justo, señorita —convino el policía dócilmente.

Tía Hester no se intimidó por la actitud contraria de los dos.

Vista de cerca, la mujer resultaba menos imponente. Tenía el caballete de la nariz muy alto y arqueado y unos ojos de un azul desvaído. A juzgar por la expresión de los mismos, debía de haber sufrido alguna grave desilusión en su juventud, no volviendo a reponerse jamás de ella. Tom hubiera podido asegurar que vestía a la moda, igual que Jenny, sin saber explicar por qué razón había reparado en semejante detalle.

—Por lo que aprecio, todos ustedes están contra mí —señaló sonriendo—. ¡Bien! Son muy curiosas las noticias que del presente suceso me hallaré en condiciones de facilitar al comisario de policía.

—A propósito —manifestó Tom, muy natural—. ¿Quién dijo usted que era el comisario de policía?

—¡Sir Richard Tringham, por supuesto!

—¡Oh! ¿Es que no sabe que sir Richard Tringham falleció hace siete años? El comisario actual es el coronel Thomas Lockwood. No tengo más remedio que estar enterado: es mi padre.

—¡Santo Dios! —susurró Dolly.

—Es cierto, señora —confirmó Dawson, el agente.

Tía Hester no se inmutó. Limitóse a encogerse de hombros.

—De acuerdo —declaró sin dejar de sonreír, burlona—. Puesto que ya he podido comprobar personalmente hasta donde llegan aquí los representantes de la ley, que no tienen el menor inconveniente en dejarse sobornar, apoyando mentiras, me voy.

Majestuosamente, echó a andar hacia la entrada del establecimiento. Luego, con

un olímpico gesto de desprecio, abrió su bolso y sacó de él un par de libras, murmurando unas palabras acerca del pago del cristal roto en el instante de arrojarle el dinero a Stella.

Hallándose a un paso de la puerta, giró de pronto en redondo, gritando en dirección a Tom, como una arpía:

—¿Dónde para mi sobrina?

Tom perdió la paciencia. Ésta se derrumbó igual que la bandeja de pasteles que Dolly había estado manejando.

—En un sitio donde usted no la encontrará jamás —gritó, deseando para sus adentros estar diciendo la verdad.

—Si yo prefiero formular una denuncia por rapto...

—¿Habiéndose ido ella por su propia voluntad? ¡No diga sandeces! Y... ¿quiere que le diga algo que puede parecerle interesante, señora Harperden?

—¿Es usted capaz de decir cosas interesantes en realidad?

—Esa joven cuenta veinticinco años... —indicó Tom, avanzando hacia tía Hester—. Su tutor carece de autoridad sobre ella ya, incluso bajo las leyes francesas. Ahora bien, su sobrina no parece estar enterada de esto. Un montón de fantasmas o fantasmones la obligan a casarse con una persona a quien no quiere, sólo porque aquéllos se sienten extraordinariamente interesados por su dinero. Escuche, voy a serle sincero: me propongo desbaratar su conjetura.

—¡Ah, ya! Busca usted dinero.

Hubo un profundo silencio que duró unos segundos dentro del bar.

—Sí —manifestó Tom—. Sus palabras resultan hirientes, usted lo sabe perfectamente. Conforme. Puesto que prefiere la guerra, lucharemos. ¿Le parece bien?

—Sí, claro —manifestó la señora Harperden, levantando altivamente la cabeza—. Y tengo la sensación, mi querido señor Lockwood, de que usted no va a salir victorioso de ella. Buenos días.

La mujer salió del local, cerrando la puerta. Habiéndose retirado de allí con todos los honores, giró hacia la derecha, en dirección a Paternóster Row. Todos pudieron ver a una jovencita de cabellos castaños, de diecisiete o dieciocho años de edad, en posesión de un rostro de maliciosa expresión, que echó a andar tras ella. La muchacha sería, indudablemente, Margot, la prima de Jenny.

Tom, exasperado al ver sobre el mostrador aquel par de libras dejadas por la tía de Jenny, arrojó encima otras dos.

—Ahí va ese dinero, para compensarles por los destrozos —dijo el muchacho.

—¡Uf! —protestó Dolly con voz emocionada—. Esto es demasiado dinero. Y, ¿de veras que su padre es el comisario de policía?

—Es verdad, señorita —corroboró Dawson, marchándose acto seguido.

—¡Qué mujer! —comentó Stella, mirando a Tom, que le había inspirado una gran simpatía—. No tiene por qué preocuparse, si piensa en la chica. ¡Naturalmente que

hay otra puerta para salir del establecimiento!

—¿De veras?

—Claro. Hacia el fondo... Pude ver a la muchacha salir nada más oír la voz de esa bruja en la calle. Puede ser que esté escondida aún en el pasillo que hay a continuación del cuarto de aseo o que se haya plantado en Paternóster Row.

—¡Mil gracias! —contestó Tom.

Éste avanzó en la dirección señalada por la empleada del establecimiento. Al poco tropezaba en la semioscuridad con una figura humana...

Tratábase de un hombre de escasa talla, de fuerte complexión y claros cabellos, cortados casi al rape, de acuerdo con mía moda americana por aquellos días imperante. Contaría unos treinta y tantos años de edad. Llevaba unas ropas muy ajustadas y su corbata hubiera podido ser vista a sesenta pasos de distancia, aunque su poseedor formase parte de una multitud.

—¡Alto, hermano! —ordenó apremiante—. Se expone a que se le haga tarde si opta por correr. ¿Qué cosas, eh?

Tom parpadeó varias veces, sin saber qué responder.

—La dama —prosiguió diciendo el desconocido, refiriéndose evidentemente a tía Hester— dejó su vehículo estacionado en Paternóster Row. Ya no se encuentra allí. Habrá ido en busca de la policía, y usted se expone a tropezar con ella. He de comunicarle, por otro, lado, que la chica está a salvo.

—¿La chica? ¿Se refiere a Jenny ahora? ¿Dónde ha ido?

Los labios del hombre se dilataron en una franca sonrisa que revelaba su satisfacción.

—Le dije al chófer que la llevara directamente a un individuo llamado sir Henry Merrivale, cuyas señas parecía aquél conocer. Siéntese un momento aquí, hasta que la señora se canse de dar gritos proclamando que le han robado el coche.

Tom Lockwood extendió en cordial actitud su mano derecha.

El otro se llevó las suyas a la espalda, declarando, a manera de explicación:

—Es posible que se niegue a estrechar mi mano cuando le diga quién soy yo.

Hablaba con acento ligeramente extraño, que, sin embargo, no hacía pensar en el americano. Tom no acertaba con la procedencia.

El desconocido no quiso que vacilara más.

—¿Se ha dado cuenta ya? Soy canadiense. Lamoreux es mi apellido, Steve Lamoreux. Nací en Montreal. Hablo el francés tan bien como el inglés. En París suelen decirme que mi acento es terrible, pero, en fin, me comprenden. Pertenezco al periódico *L'Oeil*. He estado en Francia seis meses seguidos. ¿Comprende ya?

—Pues...

Los astutos ojillos de Lamoreux, plantados en un rostro de duros rasgos faciales, que no obstante suscitaban cierta simpatía, lanzaban destellos. El hombre le habló a Tom con amargura.

—Yo soy un mercenario, el espía a sueldo de Armand de Senneville. He de vivir

siempre aparte, impidiendo por todos los medios que la chica me vea, que trabé relación con hombres jóvenes. Si ella llegara...

Tom, consciente de que no muy lejos de ellos se encontrarían Stella y Dolly, escuchando atentamente, levantó la voz.

—¿Le agradecería que tomásemos unas tazas de té? ¿Han oído, señoritas? —en otro tono indicó a Lamoreux—: Ahí, en uno de los reservados, estaremos bien. Procure bajar la voz todo lo que pueda.

Se sentaron uno enfrente del otro.

—¡Qué diablos! —exclamó Lamoreux—. Yo soy un ser humano. Esta muchacha es demasiado inocente y no quiero verla danzar sin ton ni son de un lado para otro. Hay más: no puedo soportar esta historia ya. No me avengo ni me avendré, aunque me diesen cien dólares semanales o lo que fuese. ¿Quiere que le haga saber una cosa? Es una casualidad que en estos momentos no se encuentre su cuerpo en el depósito de cadáveres...

Tan impresionante y sombría revelación se produjo en el preciso instante en que la campana grande de San Pablo comenzó a dar cinco campanadas...

—¿Le contó ella el terrible episodio de anoche? —preguntó Lamoreux.

—Con detalle, no.

—¡Me consta, me consta! La joven es valiente. Es justo reconocerlo. Hay que mencionar eso en su honor.

—Bueno, ¿y por qué le consta?

—Porque oí todas las palabras de su conversación, sencillamente. Mire... —el canadiense apoyó la yema del dedo índice de la mano derecha en la palma de la izquierda—. Cuando salieron hoy por ahí, dentro de su gran limosina, yo me lancé en su persecución alquilando un taxi. Tía Hester me conoce; sabe cuanto hay que saber con referencia a mi persona. Su esposo, el tío Fred y la joven Margot... me han visto una vez, aquí en Inglaterra. No logré evitarlo. Pero no me habían visto antes, así que no importa.

»De Senneville no se atrevió a enviar un francés como espía. Dentro de este país se haría demasiado conspicuo. Ahora bien, Jenny había visto este mapa que tengo por cara más de una vez en la redacción del periódico. Si ella me identificaba existía el peligro de que desconfiara de la buena fe de Armand.

—Armand de Senneville —murmuró Tom entre dientes—. ¡Cómo me gustaría...!

—Calma, calma, hermano. Está usted hablando de mi jefe.

—Es posible que deje de serlo dentro de poco. Quizá dé usted con otro mejor.

—¿Eh? A ver, explíquese.

—No importa... Siga con su historia.

—De acuerdo. Tía Hester, Margot y Jenny dejaron el coche estacionado en Paternóster Row. Ordenaron al chófer que esperara allí. Yo me apeé de mi taxi, instalándome en la limosina, junto al conductor. Desde nuestros sitios veíamos la fachada completa de la catedral de San Pablo. Sabíamos que teníamos que verlas salir

forzosamente.

—¿Y luego, qué?

—Usted sabe lo que pasó. Treinta y cinco minutos más tarde, la chica bajó corriendo las escalinatas del templo. Usted la cogió en el aire, o poco menos. Pensé: «Steve: ha llegado la hora para ti. Es preciso que intervengas». Siguiéndoles a los dos vine hasta aquí, penetrando en el local por la puerta posterior. Logré apostarme junto a un mamparo divisorio, tras ustedes. Cuando oí lo de la galería de los susurros y la voz misteriosa, estuve a punto de desmayarme. ¡Ah! Hay otra cosa aún.

—Diga.

Siempre nervioso, Lamoreux sacó de uno de sus bolsillos un paquete de cigarrillos, tabaco rubio francés. Seguidamente procedió a encender uno con el anticuado encendedor de mecha que por lo visto acostumbraba usar.

—Al verles hablando por vez primera, yo... —Lamoreux se detuvo perplejo.

—¿Qué?

—Pensé que me hallaba ante un encuentro casual. Más adelante, después de haber escuchado su conversación con la joven, me dije que usted era un hombre formal. Sigo opinando lo mismo ahora.

Los dos se miraron fijamente. Los cumplidos, entre hombres, no son corrientes, y menos de buenas a primeras. Tras una embarazosa pausa, Lamoreux prosiguió hablando:

—Decidí echar un vistazo a la calle y descubrí entonces que tía Hester se encaminaba a buen paso a este local, antes de que ustedes pudieran advertirlo. Yo sabía que Jenny querría irse y que no había olvidado que el coche se hallaba no muy lejos de aquí. Me puse en contacto rápidamente con Pearson, es decir, el chófer, para que la llevara al despacho de ese hombre llamado Henry Merrivale...

Lamoreux señaló a Tom, apuntándole con su cigarrillo al tiempo que realizaba con una mueca sus palabras.

—Ha de comprender, sin embargo, una cosa. Yo no soy el ángel guardián de nadie, ni el *preux Chevalier*. ¡Al diablo con todo ese asunto! Alguien intenta seriamente eliminar del mundo de los vivos a esa criatura. Ya ha hecho una prueba y repetirá. Yo no quiero tener la menor relación con tal historia. Lo que sí me gustaría es averiguar, de veras, quién es el que anda detrás de todo esto y el porqué de sus acciones.

Lamoreux fue subiendo poco a poco el tono de su voz, hasta que recordó que se hallaban en un lugar público.

Entonces comenzó a hablar en un susurro.

Los dos hombres guardaron silencio unos segundos. Preocupados, reflexionaban.

—Armand de Senneville... —empezó a decir después Tom.

El otro hizo un gesto de cansancio.

—Ya veo que la ha tomado con ése... Escuche: De Senneville desea casarse con la muchacha por su dinero. ¿Qué va a sacar en limpio si aquí, en Inglaterra, ella

encuentra la muerte?

—Es verdad.

—Miremos ahora hacia otro lado —arguyó Lamoreux—. Estudiemos el grupo de la casa situada cerca de Hampton Court. No se puede dudar de tía Hester... Sacará una buena tajada cuando el matrimonio se lleve a cabo. Ha estado en Francia docenas de veces, mirando el asunto como un negocio. Sí. ¿Qué motivo puede tener ella, o los demás, para matar a Jenny? ¿Es que van a querer perder su dinero?

Steve Lamoreux tomó por fin un sorbo de té, el cual le desagradó tanto que permaneció callado por espacio de treinta segundos.

—¡Mire uno por donde mire, la cosa no tiene pies ni cabeza!

—Daremos con la explicación, no le quepa a usted la menor duda. Para empezar, vamos a trasladarnos al despacho de sir Henry Merrivale sin pérdida de tiempo.

—Pero... ¡yo no puedo ir allí!

—¿Por qué?

—Porque podría verme Jenny. Sin embargo, si usted quiere localizarme a cualquier hora, antes de las siete de esta tarde, llámeme a este número de teléfono. De desear verme más adelante, he aquí otro número, el de mi hotel, en las inmediaciones de la casa.

Lamoreux arrancó una hoja de su agenda, garabateando en ella los dos números de teléfono. Seguidamente la puso próxima a las manos de Tom.

—¡Habitaciones cerradas con llave! —clamó Lamoreux—. ¡Voces susurrantes! Y no hay motivos... Daría lo que fuese, hermano, por acompañarlo. ¿Qué comentarios hará el viejo sir Henry Merrivale sobre el presente problema?

Tom Lockwood oiría aquéllos nada más que veinte minutos después.

\* \* \*

—¿No lo sabía? —inquirió sir Henry Merrivale, con sorprendente mansedumbre—. El gobierno y yo nos enfrentamos con una difícil papeleta que solventar...

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Tom.

—Bueno, es una papeleta, sí... —manifestó sir Henry como si meditara en voz alta.

Los ciento y pico quilos de aquel corpachón habían sido acomodados en una amplia butaca, detrás de la mesa de trabajo, en el despacho de costumbre. Las gafas de sir Henry, de armadura de celuloide, se le habían bajado casi hasta la punta de la nariz. Brillaba en su calva cabeza la luz que entraba por las ventanas. Su faz tenía la expresión de un mártir. Esto había suscitado desde el primer momento las simpatías de Jenny, despertando en cambio un sordo rencor en Tom.

—He estado dos o tres años en el extranjero... —prosiguió diciendo sir Henry.

—¡Ah, sí! —exclamó Tom—. ¿No fue en Nueva York donde, a la altura de la *Grand Central Station*, hizo usted descarrilar el metro, echándole el guante a un

asesino basándose en una prueba falsa?

—¡No sé de qué me estás hablando, hijo! —contestó el anciano, obsequiando al muchacho con una severa mirada.

—Y en Tánger, según creo, dejó usted escapar a un tipo que había hecho volar un barco, por una pintoresca razón: porque le fue simpático.

—¿Te das cuenta, muchacha, de cómo me trata la gente? —preguntó sir Henry, dirigiéndose ahora a Jenny—. Es que no se me tiene el menor respeto.

—¡Pobrecillo! —exclamó Jenny cordial.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Tom.

Al igual que muchos otros, nunca sabía resistirse a la tentación de burlarse del gran hombre. En ocasiones, luego, con gran asombro por su parte, se encontraba con mujeres que simpatizaban con Henry Merrivale al ocuparse de sus más ultrajantes hazañas.

—Pero, ¿qué es lo que ha originado esa papeleta que tiene actualmente con el gobierno?

—Al parecer, he estado gastando más dinero del que tengo en realidad... Por lo visto (¿querrás creerlo, hijo?), yo no debiera haber abierto cuentas bancarias en Nueva York, París, Tánger ni Milán.

—¿No sabía usted que eso no le estaba permitido?

—¿A mí solamente?

—Bueno, dejemos ese asunto a un lado —dijo Tom, rascándose la frente—. ¿Qué ha pasado?

—¡Dios me valga! A mi regreso a Inglaterra, de verme, me hubieras tomado por Guy Fawkes y los conspiradores de la calle Cato. La policía me cercó materialmente, llevándome a presencia de un amigo mío: el fiscal general.

»—Henry —me dijo—, podría empaquetarte fácilmente si quisiera».

—¿Se expresó en tales términos realmente el fiscal general?

—¡Bueno! ¡Qué cosas tienes! —manifestó el gran hombre, abriendo los brazos y mirando a Tom avergonzado—. Te estoy contando lo que pasó en esencia.

»—Henry —añadió—, basándome en las pruebas que tengo aquí podría condenarte a pagar una multa de cien mil libras o a permanecer en prisión durante todo un siglo —al llegar aquí, Merrivale guardó silencio, mirando suplicante a Jenny—. ¿Es esto justo? —inquirió».

—No, no lo es —declaró la joven.

—El fiscal general continuó hablándome:

»—No obstante, si te avienes a pagar una multa simbólica, lo pasaré todo por alto. Siempre que...».

—¿Qué?

—He tenido que volver a este despacho, al mío, ¿te das cuenta? Formaba parte de los locales asignados al Ministerio de Defensa, antes de que todo se desorganizara con motivo de la guerra. Además habré de encargarme de la «Octava Oficina

Central» de la policía metropolitana.

—Por favor, sir Henry: ¿qué es la «Octava Oficina Central»? —preguntó la chica.

—La «Octava Oficina Central» soy yo —replicó con sencillez Merrivale—. El que le llame el «Ministerio de los Milagros» se expone siempre... Ya se divirtieron bastante, ¡malditos sean!, con el desaparecido Ministerio de Información. Cuando surge algo verdaderamente extraño, raro, singular en Scotland Yard —algún caso al que no hay manera de meter el diente—, me lo pasan a mí.

Aquí la expresión de sir Henry cambió.

—Dicho sea entre nosotros, la cosa me tiene sin cuidado, prácticamente. Me estoy volviendo viejo...

—Lo es usted realmente —murmuró Tom empleando un tono burlón.

—... y me encuentro cómodo en este rincón. ¡Bueno! —exclamó Merrivale irguiéndose en su butaca y frotándose las manos—. El viejo vuelve a las andadas. ¿Deseáis que os explique algún milagro?

—Queremos exponerle uno —manifestó Tom, si es que Jenny no lo ha hecho todavía.

El muchacho había llegado al despacho en el instante en que sir Henry daba cuenta a Jenny de todos sus infortunios y tribulaciones. Dentro de la polvorienta habitación, situada en lo alto de Whitehall, Tom y Jenny se contemplaron en silencio.

El despacho, tal como el anciano había dicho, era bastante cómodo. Encima de la repisa de la chimenea se encontraba colgado el satánico retrato de Fouché, ministro de la policía cuando el gobierno de Napoleón. Había allí una caja de caudales impresionante por su aspecto. Leíase en ella el siguiente rótulo: «Documentos de Estado importantes. ¡No tocar!». Sin embargo, sólo contenía una botella de *whisky*. Las paredes de aquel cuarto habían sido mudos testigos de muchas cosas raras y lo serían de otras que acaecerían después.

—Le he dicho lo que me sucedió en la galería de los susurros, sí —contestó Jenny—. Pero... ¡aún no sé cómo logré llegar hasta aquí! Me disgustaba dejarle a usted en el bar, solo... Mi tía Hester estaba furiosa y a mí no se me ocurrió otra cosa que huir. Luego, en el coche, el chófer me dijo que un caballero canadiense...

—En lo tocante a esto no hay enigma. Puedo explicárselo más tarde.

—Un caballero canadiense que había estado sentado en el vehículo, con él, mientras nosotras nos hallábamos dentro de San Pablo, le indicó que me llevara directamente a las señas de sir Henry Merrivale. Como yo le había oído hablar de lo mismo a usted, no opuse ninguna objeción —Jenny arrugó el entrecejo—. Con respecto a sir Henry debo confesar que estaba equivocada.

—¡No me diga! —comentó Tom curioso.

—¡Sí, sí! Ni jura ni acostumbra arrojar a la gente por la ventana. Yo lo tengo ya por una joya.

—¡Hum! —carraspeó el gran hombre, modesto.

—Con franqueza —dijo Tom contemplando con atención a aquella especie de

mochuelo disecado que veía al otro lado de la mesa—: A mí me costaría trabajo dar con un calificativo que le cuadrara en justicia. Usted, Jenny, indudablemente acabará dando con él.

»A lo nuestro. Cuando me libré de su tía Hester, con la colaboración de las dos chicas del bar y un policía amigo, creí no llegar nunca aquí. Temía que le hubiera sucedido algo malo a usted, Jenny. Temí no volver a verla más».

—Usted podrá verme en lo sucesivo cada vez que lo desee.

Jenny extendió las manos en dirección a Tom.

—¡Un momento! —se interpuso una voz atronadora.

Sir Henry Merrivale los miraba con tal malicia que la muchacha se ruborizó.

—No quiero que se arrullen aquí dentro, ¿estamos? —manifestó—. Siempre me han fastidiado los jóvenes que únicamente piensan en esas cosas. Ahora escúcheme, muñeca.

Comenzó a oírse su vozarrón. El ambiente de la habitación cambió en el momento en que el hombre entornó los ojos detrás de sus gafas. Quizá fuera irascible, irrazonable e infantil en ocasiones, y hasta las tres cosas a la vez, pero la verdad era que seguía siendo el «viejo maestro» y había que correr ciertos riesgos para reírse de él.

Sir Henry se expresó sin apresuramientos.

—¿Has comprendido lo que te expliqué, muñeca? Ni el general De Senneville, ni Armand de Senneville, tienen derecho alguno sobre ti. Lo mismo pasa con tu tía Hester y compañía. ¿Sabes ya que eres una mujer enteramente libre?

Jenny se oprimió las mejillas con las palmas de sus manos.

—Sí. Supongo que siempre lo supe. Ahora bien...

—¿Qué?

—¡Es tan decidida la gente a veces! No cede ni un tanto así. La cosa siguió como siempre estuvo. En ocasiones, verdaderamente, he llegado a preguntarme en determinadas situaciones: «Bueno, ¿y esto a qué viene?».

—Tal resignación —sentenció Merrivale— es la causante de la desgracia de muchas personas. Estoy pensando especialmente en las chicas. ¿Cuál es tu disposición de ánimo actualmente? ¿Quieres luchar contra ellos y acogotarlos?

—¡Sí!

—¿Quieres seguir hospedándote en la casa de tu tía Hester? ¿Cómo se llama? ¿No está cerca de Hampton Court?

—Se llama *Broadacres*, encontrándose situada junto a la orilla del río. Me dijeron que habían ido dejando las mejores excursiones y visitas para lo último... Mañana, según me anunciaron mis familiares, iré a ver, por la tarde, el palacio de Hampton Court.

—¿Te han dicho eso, eh, criatura? —musitó sir Henry pensativamente. Algo pareció brillar un momento detrás de los lentes del anciano—. No importa. ¿Piensas seguir viviendo en la casa de tu tía Hester?

—No. Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer en definitiva, aparte de regresar a París?

Sir Henry, mirándola hoscamente, se rascó caviloso la nuca.

—Bueno... yo, muchacha, tengo una casa, una esposa, dos hijas y un par de yernos que no me sirven de mucho. Vengo manteniéndolos y soportándolos por espacio de dieciocho años. ¿Tienes inconveniente en unirme al grupo?

—¿Habla usted en serio? —inquirió Jenny, poniéndose de un salto en pie—. ¿De veras que me acepta en su casa? —preguntó la joven, incrédula.

—Claro, pero... no es para tanto...

—¡Si no sé cómo darle las gracias, sir Henry!

—No digas nada —contestó el gran hombre, austero.

Jenny volvió a sentarse.

—Tenemos la cuestión de tus ropas —musitó Merrivale—. Habrás de procurártelas y lo más seguro es que dispongas de un guardarropa completo.

—¡Oh! ¡Mis vestidos! ¡No me acordaba de ellos!

—No te preocupes —dijo sir Henry, esbozando una fantasmal sonrisa—. Irá un policía por todos. Si tal medida no convierte a tu tía Hester en un verdadero huracán, es que no conozco a la gente de tu estirpe. Tienes que comprender una cosa, sin embargo, querida...

Sir Henry Merrivale comenzó a hablar empleando otro tono de voz.

—Tu tía Hester devolverá golpe por golpe. No vayas a creer que ya está vencida. Es probable que toda la tribu de los De Senneville se te eche encima —Merrivale parpadeó al mirar a Tom—. ¿Qué, hijo, te parece que podremos barajarlos a nuestro antojo?

—¡Ya lo creo! —contestó Lockwood—. Y ahora sin guantes.

—Entretanto... —sir Henry escrutó el rostro de Jenny—. Estoy informado ya acerca del singular fenómeno de la galería de los susurros. Ahora bien, hay algo más que tienes que decirme, con entera claridad, antes de que se inicié nuestra colaboración.

—¡Un momento! —medió Tom.

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios, hijo! —aulló Merrivale—. ¿Qué pasa ahora?

—Sonó una voz allí donde era imposible que se oyera algo... ¿Cree usted que puede darse tal fenómeno?

—Naturalmente que sí.

—¿Cómo pudo ser eso?

Sir Henry obsequió a Lockwood con una mirada de conmiseración.

—No me irás a decir que esa treta te ha dejado desconcertado, ¿verdad, hijito?

—¿Usted sabe cómo fue hecho?

—Seguro que sí.

—¿Cuál es la explicación entonces?

—No pienso darte ninguna explicación ahora.

Tom se puso en pie, danzando un poco alrededor de su silla. Sir Henry, muy serio,

le ordenó que volviera a sentarse.

—No pienso explicarte nada —prosiguió hablando el viejo, muy digno—, porque en breve me propongo hacértelo ver prácticamente. Lo verás con tus propios ojos, ¿estamos? ¿Juego o no juego limpio?

Los ojos de Merrivale se quedaron entornados al mirar a Jenny.

—¡Alto! No queremos que tu tía Hester te localice demasiado pronto. Me has dicho que viniste aquí en un coche, conducido por su chófer. ¿Está el vehículo esperándote todavía? ¿O bien le indicaste al hombre que se marchara?

—Le dije que se fuera, sí. Pero yo creo poder confiar en Pearson, el chófer. Le di instrucciones... Dirá, sencillamente, que me marché sola con el deseo de tomar una taza de té en Lyons.

—¿Señalaste cuál de esos establecimientos?

Jenny abrió mucho los ojos.

—Soy inglesa, ya se lo he dicho, pero, ¿qué puedo saber de Inglaterra si nunca estuve allí? ¿Hay más de un local que se llame así? Los únicos restaurantes londinenses de que he oído hablar son los «Lyons». Ahora acabo de enterarme de que hay varios: el «Caprice» y el «Ivy».

—Ocupémonos del primer milagro: el de la válvula de gas, manipulada misteriosamente por alguien dentro de una habitación herméticamente cerrada...

Merrivale sacó de uno de sus bolsillos una negra y vieja pipa, que comenzó a llenar de tabaco, un tabaco de aspecto muy semejante al estropajo. Probablemente, éste, quemado, tendría idéntico sabor que el combustible utilizado por el gran hombre.

—Mira, muñeca: en el rompecabezas que es la presente historia faltan muchos elementos indispensables para componer aquél. Veo claramente, con los ojos de la imaginación, a tu tía Hester y también a su hija Margot, jovencita de dieciocho años sumamente revoltosa; veo, asimismo, a tu tío Fred, alto, de roja faz, que ofrece toda la apariencia de un comandante retirado del ejército; contemplo prácticamente la blanca casa georgiana, de largos ventanales, apostada en las cercanías del río... En cambio, ¡no sé nada en absoluto referente a detalles! ¡Que me aspen si miento!

—¿Qué quiere usted decir?

—Vaya un ejemplo por delante... ¿Duermes siempre con las ventanas cerradas? ¿Es ésta una costumbre francesa?

—¡No, no! Por supuesto que no.

—¿Entonces?

Jenny se mordió los labios.

—He estado eludiendo los detalles deliberadamente, porque no quería hablar de ellos. Es que son... excesivamente evocadores. Me contemplo a mí misma víctima del escape de gas. Pero, bueno, ¡da igual! Comenzaré por notificarle que tía Hester me asignó un dormitorio de la planta baja.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? —inquirió Jenny razonablemente—. La habitación de que hablo es bonita. Tiene un par de ventanas que arrancan casi desde el suelo. Tía Hester teme mucho a los ladrones, por lo cual me pidió que echara los cerrojos. A la hora de acostarme, yo tenía tanto miedo que hice lo mismo con el de la puerta. Fue durante la cena cuando llegó la nota a mi poder...

—¿Qué nota?

—Era una pequeña esquila que hallé entre los pliegues de mi servilleta, sentada ya a la mesa. Pensé...

—Sigue, sigue.

Jenny miró de reojo a Tom.

—Al principio me figuré que procedía de un joven a quien conocí en una reunión dada allí. Estuvo muy atento conmigo y...

—Convendrá, Jenny, en que ésa sí que es una vieja costumbre francesa —dijo Lockwood en un tono extremadamente cortés—. Usted creyó haber adivinado la procedencia del papel y no quiso que los demás se enterasen de aquel hecho.

La chica se volvió hacia Tom.

—El muchacho de la reunión no me gustó. No tengo el menor interés en volverlo a ver. Sin embargo, ¿estaba bien que lo pusiera en evidencia delante de todos por haberme enviado la nota?

—No, claro.

—El caso es que el papel no procedía de aquella persona. Lo leí colocándolo disimuladamente debajo de la mesa. Contenía solamente una línea, escrita a mano, con una letra para mí desconocida. Decía simplemente: «Esta noche morirás, Jennifer».

La muchacha se remojó los labios nerviosa. Sir Henry había encendido la pipa y flotaba sobre su mesa de trabajo una espesa nube de humo.

—Consideraré aquello, primeramente, una broma. ¿Qué otra cosa podía pensar? Estudié los rostros de quienes me rodeaban, no descubriendo nada anormal en ninguno de ellos. Me vi luego sola... Me consideraba una extranjera, pese a hallarme en mi patria... ¡Acabé sintiendo miedo!

»No me atreví a preguntar siquiera si el papel era, efectivamente, una broma. Lo escondí, perdiéndolo posteriormente. A las once, llegada la hora de acostarme...

—¡Adelante!

—Dormí muy mal. Esto me sucede casi todas las noches. Me vaya a una hora u otra a la cama, acostumbro despertarme a las cinco o cinco y media de la mañana. En Francia, viviendo con mis padres, adquirí un hábito que no abandoné más tarde, en la casa del general De Senneville: a las seis de la mañana, invariablemente, una criada me servía una taza de chocolate.

»Cuando tía Hester me preguntó si deseaba algo más, poco antes de encerrarme en mi dormitorio, le pregunté si podrían servirme una taza de chocolate, o de té, a la hora indicada. Hacía varios días que me encontraba allí, pero era el primero que me

atreví a formular tal pregunta. Tía Hester enarcó las cejas, inquiriendo:

»—¿Crees que está bien, Jennifer querida, que es justo que exijamos cosas como ésa a nuestros servidores?».

»Me apresuré a contestarle que no, desde luego, rogándole que olvidara lo que le había dicho. Pero Margot, una chiquilla de ojos verdes, muy afable, que está eh pie siempre antes de las seis de cada mañana, se ofreció para llevarme la taza de té a la habitación. ¡Magnífico! Entro en mi dormitorio. Enciendo la luz. Echo los pestillos y cerrojos de ventanas y puerta. Miro a continuación a mi alrededor... Entonces descubro sorprendida que una de las ventanas se halla abierta de par en par.

Jenny hizo una pausa.

Sir Henry Merrivale, envuelto en su nauseabunda nube de humo, resultaba tan inexpresivo como un ídolo.

—Crucé el dormitorio a toda prisa —prosiguió diciendo Jenny, levantando la voz—. Seguidamente pensé: «Supongamos que alguien se ha escondido aquí...». Hubiera sido una estúpida alborotando toda la casa, de manera que... me puse a registrarlo todo. En el cuarto no había otra persona que yo misma. Existía la posibilidad de haber sufrido una confusión... Me recuperé fácilmente.

»Hacía una noche cálida, excesivamente cálida me informaron, para una primavera inglesa. En consecuencia, al quitarme la ropa no tuve necesidad de hacer funcionar el calefactor. Corrí las cortinas de las ventanas. Encendí un cigarrillo o dos antes de hacer acopio de valor suficiente para apagar la luz. Finalmente, me arrojé en el lecho, quedándome pronto dormida. Luego...

—¡Un instante, joven! —dijo sir Henry, quitándose la pipa de la boca al tiempo que levantaba frente a Jenny la mano libre.

—Sí...

—¿A qué hora te retiraste? ¿Lo recuerdas?

—Sí, porque eché un vistazo a mi reloj de pulsera. Eran las doce y diez minutos.

—¿Conocía de antes algún miembro de la familia tu hábito de tomar una taza de chocolate a las seis de la mañana?

—No, no lo creo. ¿Cómo iban a saber...?

Jenny temblaba de nuevo. Y, lo que era peor, tornaba a mirar hacia atrás, por encima de uno de sus hombros. Sobre éstos puso sus manos afablemente Tom después de levantarse.

—¿No sería mejor suspender momentáneamente este interrogatorio, sir Henry? —inquirid Lockwood.

—No puedo suspenderlo, hijo, y tú sabes muy bien por qué. Esta criatura estuvo realmente en una habitación cerrada, y de veras, por dentro. Es casi imposible salvar los obstáculos que suponen unas puertas y ventanas equipadas con cerraduras y pestillos o cerrojos georgianos. A menos que se me ocurra alguna idea excepcionalmente inspirada, debo confesarme vencido.

—Me encuentro perfectamente, gracias —dijo Jenny—. Puedo continuar

hablando, si ese es su deseo, sir Henry.

—¿Qué hay más entonces? —inquirió Merrivale, llevándose otra vez la pipa a la boca.

—Tuve un sueño. Fue horrible, pero ahora no lo recuerdo. Luego, me di cuenta de que estaba despierta. Me costaba mucho trabajo describir mi estado físico en aquellos momentos. Bueno... sintiéndome morir, o casi inconsciente, es posible oír con claridad cualquier ruido, ¿no?

—Sí, muñeca.

—Puedo decirle que estaba amaneciendo, pero no más. Alguien llamaba a la puerta de mi cuarto, Oí la voz de Margot, que pronunciaba mi nombre. Intenté contestar. Era inútil. Respiraba dificultosamente. Me sentía enferma.

»Después oí la voz de un hombre junto con la de Margot. El desconocido hablaba con acento americano. No había tenido ocasión de escuchar nunca un timbre de voz semejante. El recién llegado inquirió:

»—¿Pasa algo, muchacha? ¿Es que ella no se encuentra bien?

»Margot dijo a gritos que la habitación se encontraba llena de gas. ¿Acaso no acertaba a oler el que se escapaba por debajo de la puerta del dormitorio?

»—Esta puerta no es fácil de derribar —señaló el hombre—. ¿Dónde queda la ventana?

»No llegué a estar inconsciente del todo. Pude oírlos bien, aunque un poco confusamente. Escuché el rumor apresurado de sus pasos. Alguien más se unió a ellos... Seguidamente, de una manera vaga, muy vaga, divisé un brazo enfundado en una prenda que golpeaba con fuerza el cristal de una de las ventanas.

»Era mi tío Fred, que también se había levantado. Abrió aquélla de par en par. No sé quién procedió a cerrar la válvula del calefactor. Creo que fue el americano. Profirió una exclamación malsonante, comentando:

»—¡Estaba abierta por completo!

»Margot se abalanzó hacia mí, tirando sobre la alfombra la bandeja con el servicio de té. Eso es lo que recuerdo hasta que el doctor se presentó allí».

Jenny dejó reposar sus manos abandonadamente sobre el bolso, encima de su regazo. Cuando la densa nube de pestilente tabaco llegó a donde estaba ella, la muchacha comenzó a toser.

Merrivale apartó la pipa de sus labios, vaciándola en el cenicero.

—El doctor, ¿eh? —preguntó—. ¿Y qué dijo ese hombre?

—No fue él quien me habló, sino tía Hester. Recuerdo perfectamente sus palabras: «Esto no está bien, Jennifer. Nunca justificarás tu decisión de suicidarte por el hecho de que el esposo elegido no sea de tu agrado».

Tom Lockwood oprimió con fuerza los hombros de la chica.

—¿Es verdad que su tía Hester pronunció tales palabras?

—Sí. Y no hay nada de lo que ella supuso. Claro, todos se preguntaban quién podía haber planeado mi muerte entonces, hallándose las ventanas y la puerta

cerradas por dentro...

—¿Algo más, Jenny?

—Pregunté: «¿Dónde está el americano?». Me respondieron: «¿Qué americano?». Sostenían que esto también había sido una ilusión de mis sentidos. Rodearon mi lecho, contemplándome con los ojos muy abiertos... Estaban allí tía Hester, mi prima Margot, mi tío Fred... Afirmaron que había sido una suerte que me atendiera su médico de cabecera, el cual no pondría el incidente en conocimiento de la policía por tal motivo. ¡Santo Dios! ¿Querrá usted creer que les he tomado miedo a todos?

Hubo unos segundos de silencio en el despacho de Merrivale.

—¡Sir Henry! —llamó Tom después, como si el gran hombre estuviera muy lejos.

—¿Qué hay?

—Habrá estado haciéndose cábalas acerca de ese misterioso americano...

—Con franqueza, hijo, sí. No he logrado ver su figura encajada en el asunto que nos ocupa.

—No es americano nuestro hombre, pero tampoco constituye una fantasía de la señorita Jenny —explicó Tom—. Esa pandilla cometió un grave error al afirmar lo contrario. Le contaré todo lo que hay sobre dicho individuo en el momento oportuno. Entretanto, dígame usted: ¿ve alguna salida sensata para la presente situación?

Sir Henry, que había permanecido unos instantes con los ojos cerrados, abrió los mismos lentamente, inspeccionando la figura de la joven.

—Sólo me queda por hacerte una pregunta, muñeca —dijo, mirando fijo a Jenny—. Quiero, sin embargo, que pongas el máximo cuidado en tu respuesta. Hallándote casi inconsciente, pudiste oír aquellas voces, desde luego, con bastante claridad. Percibiste, pues, los golpes en la puerta, un rumor de pasos acelerados y todo lo demás... *¿Llegó a tus oídos algún otro sonido aparte de aquellos de que nos hemos ocupado ya?*

Jenny se sorprendió.

—¿Qué... qué clase de sonido?

—Cualquiera, el que sea.

—No, creo que no.

—¿Seguro?

—Sí.

—¡Válgame Dios! —exclamó sir Henry, abriendo mucho la boca—. De manera que así fue cómo se operó en la habitación cerrada...

—¿Cómo?

—Yo soy quien aquí lleva la voz cantante —respondió Merrivale, dándose un golpe impresionante en el pecho—. Tú, hijo, habrás de permitirme que lleve las cosas a mi modo. Voy a entrar en acción inmediatamente.

Sir Henry descolgó el teléfono que había sobre la mesa, al alcance de su mano. Cuando le hubo contestado la telefonista de la centralita marcó un número. Durante la larga pausa que siguió, mientras oían sonar el timbre de llamada al otro extremo de la

línea, Tom Lockwood se dedicó a escuchar el ronroneo de un ventilador de techo, estudiando, asimismo, de cuando en cuando, la faz de Merrivale, de expresión tan maligna ahora como la del propio diablo.

El lejano timbre dejó de sonar por fin. Entonces se inició una conversación sorprendente, al menos en lo tocante a las palabras por sir Henry pronunciadas.

—Oye, muchacha, quisiera hablar con Sam... No tienes que decirle más que esto: que soy *él* viejo... Gracias. ¡Ah! ¿Eres tú, Sam? ¿Qué tal te va? ¡Mejor que ahora nunca! Deseaba hacerte una pregunta... Gracias, Sam. ¿Cuántos «vents» trabajan aquí actualmente?

Tom Lockwood posó la mirada, desconcertado, en el ventilador del techo. Jenny se mostró igualmente perpleja.

—¿Tres solamente? ¿De veras? Muy bien, Sam. Dame sus nombres y descripciones. Sí, ¡quiero que me los describas! Sí... No; ese primero no me sirve. Probemos el segundo... ¡Válgame Dios! ¡Si parece ser el que buscamos! Háblame del tercero, sin embargo, a ver si por una dichosa casualidad... No; no hay nada que hacer... Charley Johnson, ¿dices? Dame sus señas. Son las seis casi... Debe de estar en su casa ahora. Muchísimas gracias, Sam.

Sir Henry Merrivale cortó la comunicación, marcando otro número con el aire de una persona que hubiese acabado de solventar algo decisivo.

—¿Hablo con el sargento? Quiero un coche de cuatro plazas, incluida la del chófer, que sea rápido. ¿Dos minutos? ¿A la entrada de la avenida de Horse Guards? ¡Conforme!

Poniéndose en pie pesadamente, Merrivale cogió un viejo sombrero de panamá que había en una percha, poniéndoselo. El sombrero en cuestión, que llevaba una cinta de seda de escandalosos colores, tenía el ala vuelta hacia abajo en su totalidad, semejando un cuenco. Tal tocado hacía todavía más siniestra la faz ya de por sí impresionante del gran hombre.

—¡Sir Henry! —protestó Tom—. ¿Qué demonios significa eso de los «vents»?

—Tú querías que te explicaran mi milagro, ¿no? Perfectamente, muchacho. ¿Me acompañas o no?

En el coche de la policía, Jenny y Tom se acomodaron en el asiento posterior, mientras que Merrivale se situó al lado del conductor. Salieron a toda prisa de la avenida de Horse Guards, giraron hacia la izquierda y descendieron por Whitehall. Sir Henry, que no se había puesto nunca al volante de un automóvil sin atentar contra el escaparate de un establecimiento o derribar la primera farola que hallara al paso, hizo durante el trayecto cáusticos comentarios sobre la pericia del chófer. El policía tenía las orejas encendidas.

Más allá de las torres de Westminster, detrás de sus majestuosas terrazas y pisos, hay una zona de calles sucias y casi ignoradas. Mediante todo un alarde de tiradores y buzones de reluciente latón, sus vecinos intentan dar a sus viviendas otro aspecto distinto del que ofrecen las casas normales de alquiler.

Pero los vientos que soplan por las descuidadas vías de dicha zona arrastran continuamente a lo largo de los bordillos de las aceras papeles sucios, chillan a todas horas pandillas de críos por las calzadas y flota en el ambiente un discorde rumor de aporreados cubos llenos de basura...

Ante una de las casas de más cuidada apariencia se detuvo el vehículo.

—Vosotros dos, abajo —gruñó Merrivale.

Jenny y Tom se apearon, subiendo a continuación unas escalinatas que conducían a la entrada principal. Sir Henry clavó el dedo índice de su mano derecha en el botón del timbre.

—Por última vez: ¿quiere usted hacer el favor de explicarme qué es eso de los «vents»? —preguntó Lockwood.

Sir Henry se caló todavía más su indescriptible sombrero.

—He hablado de «vents», sí. Se trata, hijito, de la denominación profesional y abreviada de una actividad desarrollada por unos hombres llamados *ventrílocuos*. ¿Sabes ya lo que es un ventrílocuo?

Jenny se llevó ambas manos a la boca.

—De acuerdo con tu relato, muñeca —prosiguió diciendo Merrivale—, había solamente cuatro personas contigo en la galería de los susurros. Por ahora podemos dejar a un lado a tu tía Hester y a tu prima Margot: se encontraban apoyadas en la barandilla, demasiado apartadas del muro...

—Podemos desentendemos también del ofendido sacristán que vigilaba aquel lugar. ¿Quién más había allí? Según lo que contaste, un campesino gordo, de rojiza faz (excesivamente caracterizado como hombre del campo ¿no crees?), que llevaba consigo un paquete de bocadillos y un termo.

»Al oír tú las palabras amenazadoras, él se hallaba sentado junto a la pared y bebiendo té. ¡Muy bien! ¿Quién es el único ser capaz de hablar con toda claridad mientras se lleva a los labios un vaso con cualquier líquido? Me imagino que sabéis ya cuál es la respuesta.

»Telefoneé al que en justicia puede ser considerado el rey de los empresarios, averiguando así los nombres y señas personales de los únicos tres «vents» que en la actualidad trabajan en Londres. Este Charley Johnson no se hallará en condiciones de facilitarnos una información sobre el caso todo lo amplia que nosotros quisiéramos. Alguien le alargaría unos billetes para que hiciera lo que hizo. Se figuraría, y aún se figura quizá, que era una broma. Podrá decirnos, sin embargo, quién le propuso...

La puerta principal se abrió de pronto violentamente.

Aquella se estrelló de un modo ruidoso contra la pared y el golpe pareció resonar en toda la calle.

En la entrada, en el umbral, vacilando ligeramente, se había plantado el hombre gordo que Jenny viera en la galería de los susurros. Tenía la cara menos roja ahora; era calvo. Ya no vestía las ropas de campesino. Habíase embutido en una bata bastante desaseada a rayas de color naranja y negras. En una mano llevaba un vaso

con *whisky* y agua de seltz; en la otra, un bocadillo a medio comer.

Pero lo notable era la expresión de su rostro. Sus ojos se habían dilatado tanto que en torno a las pupilas se veía un círculo blanco.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —clamó sir Henry, dirigiéndose a los dos jóvenes.

Tom tiró de Jenny a tiempo.

Charles Johnson, produciendo un extraño ruido, una especie de burbujeo, dio un paso adelante torpemente. Por último, cayó de cabeza sobre las escaleras, rodando por ellas. Pudieron ver su faz dos veces todavía antes de que quedara tendido, exánime, encima de la acera.

El vaso se rompió en mil pedazos; el bocadillo se esparció por el suelo y las escaleras. A causa del extraño color y dibujo de la bata, transcurrieron unos segundos antes de que los tres espectadores de la extraordinaria escena descubrieran el puño del cuchillo que llevaba clavado en la espalda, por debajo de la paletilla izquierda concretamente...

Nadie hizo el menor movimiento, hasta que el policía conductor del vehículo se apeó de éste. Se arrodilló acto seguido junto al hombre. No fue necesario que hiciera ninguna seña para darles a entender que Johnson había muerto.

Unos chiquillos se deslizaron sobre sus patines por la acera opuesta, sin dejar de proferir gritos; abriéronse unas cuantas ventanas estrepitosamente; se asomaron a aquéllas varias cabezas femeninas... Eso fue todo.

Sir Henry se había quedado blanco como la cera.

Poniendo una mano sobre el brazo más próximo a él, el de Jenny, dijo con sorprendente amabilidad:

—No te pongas nerviosa, muñeca. ¿Es éste el hombre que viste en la galería de los susurros?

Jenny estaba tan impresionada que sólo pudo hacer un gesto de asentimiento.

—Entonces, lo que acabas de ver significa que no es nada recto entregarse a la tarea de asustar a una chica hasta sacarla de quicio si es posible. Significa, asimismo, que anda por ahí alguien decidido a salirse con la suya por encima de todo, recurriendo a lo que sea preciso... Ese alguien llegó aquí antes que nosotros, cerrando la boca de Johnson para siempre. Este asesinato quiere decir...

Merrivale reflexionó largo rato, frotándose suavemente las sienes con las yemas de los dedos. Tom se agitó impaciente.

—¿Qué es lo que quiere decir, sir Henry?

—Que ha producido una ligera variación en los planes de nuestro misterioso personaje. Y en los míos también...

—¿Eh?

—Tú, muñeca —añadió Merrivale—, no vas a pasar ya la noche en mi casa. Si no te falta valor para ello, dormirás en la de tu tía Hester.

\* \* \*

El dorado firmamento se teñía de púrpura sobre las finas chimeneas «Tudor» del palacio de Hampton Court.

Sir Henry Merrivale, en una de sus actitudes más exasperantes, hallábase sentado dentro de uno de los pocos patios cuadrados de la época que quedaban allí, con sus ladrillos de color rojo oscuro, con sus blancos leones de piedra arrancando de los muros, bajo diminutas ventanas. El gran hombre había encendido de nuevo su negra pipa y miraba a Tom sin hacerle mucho favor.

—Bueno, ¿y dónde se encuentra el grupo en estos momentos? —inquirió.

—Por lo que sé, siguen caminando a lo largo de galerías y más galerías de pinturas.

—Pero... de acuerdo con lo que indica mi reloj y los avisos puestos por ahí, este lugar debía haber sido cerrado al público hace ya largo rato. ¿No es verdad que debían, haber salido, hijo?

—Sí. Ahora bien, parece ser que tío Fred tiene mucha amistad con el director del establecimiento, o conservador, o como lo llamen... Han prolongado la visita a su antojo. Jenny, además, ha demostrado un gran interés por ver el laberinto, como usted ya sabe, y el laberinto se encuentra a bastante distancia de aquí.

—El laberinto, ¿eh? —repitió sir Henry, pensativo.

—Ahora tendrá usted que escucharme —rugió Tom, adoptando una postura de orador afectado—. Desde las seis de la tarde de ayer, cuando logró desembarazarse de todos nosotros, hasta hace media hora, en que volví a ver su fea cara, no ha cesado de formular preguntas y más preguntas. Sin embargo, usted no ha dado una sola respuesta... ¿Porqué?

—¿No soy yo quien dirige todo el cotarro?

—¿Y usted tiene ésa por una buena razón?

—Sí que lo es. Oye, hijito, ¿y cómo encaja... cómo...?

Tom obsequió al viejo con una rencorosa mirada.

—¿Cómo encaja Jenny todo esto? —preguntó—. ¿Qué diablos espera oír tras la estúpida orden de que regresara a la casa de su tía Hester anoche? Lo ha encajado mal, ¡ni que decir tiene! No obstante, no permitirá que los demás se den cuenta ni por un momento de que está asustada.

El gran hombre, en aquel instante por lo menos, pareció sentirse derrotado. Luego, dio una chupada a su pipa. A continuación miró con gesto maligno al joven.

—¡Está bien, está bien! —exclamó—. ¿Qué hicisteis anoche?

—Steve Lamoreux y yo vigilamos durante toda la noche las ventanas del dormitorio de Jenny...

—No corras tanto. ¿Sabe ella quién es Lamoreux?

—Ignora, naturalmente, que sea el espía de Armand de Senneville. ¡Si no lo ha visto siquiera! Ciñéndonos a lo práctico, aquél tiene poco de tal. Es incapaz de dar lugar a una violencia...

—Ya, ya. Hablé con él en mi despacho hoy. Continúa.

—Mientras esa gente cenaba, Steve y yo penetramos en el dormitorio, desmontando el calefactor de gas...

Tom guardó silencio. Ahora se sentía más exasperado que nunca. En los labios de sir Henry flotaba una sonrisita diabólica. Además, se balanceaba, sintiéndose casi en éxtasis.

—¡Pero hombre! ¿Es que pensasteis que el criminal intentaría utilizar la misma treta dos veces? Era excesivamente simple.

—¿Simple?

—Simple y cándido como una jovencita campesina.

—Quizá le interese saber a usted —señaló Tom tras una pausa, que necesitó para normalizar su respiración— que la puerta del dormitorio de Jenny fue cerrada y bien cerrada por dentro, hasta el punto de resultar a mi juicio absolutamente imposible abrirla, a menos que alguien la derribase...

—Te creo, hijo.

—Lo mismo se puede afirmar de las dos ventanas...

—No te lo niego.

—Puesto que he visto cuanto tenía que ver ya, métase ahora en la cabezota lo que voy a comunicarle: alguien situado realmente dentro de la habitación manipuló en la Válvula del gas...

—Estamos de acuerdo.

—Entonces, ¿cómo salió y entró de esa habitación el asesino?

—No pienso molestarme explicándotelo, hijo. ¡Espera, espera! —sir Henry apuntó a Lockwood con su pipa—. Ayer rabiabas por conocer la explicación del «milagro» del ventrílocuo, ¿no es así? Resultó una cosa la mar de sencilla. Pues bien, esto de ahora es igual de elemental, si no es más fácil todavía. Piensa en ello y verás. Quiero que medites... Entretanto, será mejor que repares en algo y en alguien olvidado.

—¿A quién se refiere usted?

—A Armand de Senneville. Tú le odias instintivamente desde el principio, dejándote llevar de los celos. Es posible que tu instinto no te equivoque. Llevé a cabo ciertas investigaciones hoy.

—¿Y qué?

—Es un hueso difícil de roer, hijo —subrayó sir Henry sombríamente—. Es más «duro» de lo que tú puedas imaginarte. Destacado hombre de negocios, periodista de los de primera fila, fue el oficial de enlace con los yanquis durante cuatro años, cuando la guerra. Añadiré para completar su retrato que es tan orgulloso como el mismo demonio. Ha jurado, en privado, que no existe nada que no haya conseguido habiéndolo deseado.

—Pero... ¡Armand de Senneville se encuentra ahora en París!

—No tiene por qué estar aquí, ¿comprendes? —manifestó Merrivale

pacientemente—. Escucha... Vosotros, Jenny, e incluso Steve Lamoreux, habéis pensado hallaros ante una conspiración de la familia Harperden (tío Fred, la joven Margot y tía Hester), contra tu buena amiga.

—¿Y no es así?

—¡No! Las coincidencias os han desorientado. Solamente hay una, una persona entre esas tres, que sabe algo... Una de esas personas, sobornada por Armand de Senneville, pagará el dinero que haga falta con el único propósito de asustar a Jenny Holden hasta hacerle perder la cabeza. Te he dado tres nombres: ¿cuál elegimos?

En el antiguo recinto las sombras se hacían progresivamente más densas. Tom comenzó a pasear de un lado para otro. Sus pasos rítmicos se alargaban sonoramente con el eco que de ellos devolvían los viejos muros.

Merrivale vació su pipa, guardándosela.

—¡Diablos! ¿Dónde para esa familia? —preguntó preocupado—. Suponíamos que tú los tendrías siempre localizados.

—No es cosa fácil eso. Tía Hester me conoce de sobras. ¿No se acuerda de la escena del bar que le conté? Steve los sigue. Siempre que puede se asoma a la ventana que encuentra más a mano para hacerme unas señas.

—Pero no van a quedarse ahí para siempre. ¡Se les va a hacer de noche! Daría de buena gana mis orejas, por saber dónde están...

No fue necesario, sin embargo, sacrificar las orejas de sir Henry Merrivale.

De pronto, en las inmediaciones de la arcada que daba acceso a otro patio se oyó una especie de siseo. Merrivale se puso en pie de un salto.

Steve Lamoreux se aproximaba con idéntica cautela que un piel roja por sus praderas nativas. Con algún trabajo, Tom había podido convencerle para que se pusiera un traje oscuro y una corbata que llamase menos la atención que la que llevaba habitualmente. Pero traía los erizados cabellos de siempre. Sir Henry se descomponía al oírse llamar por *el viejo*.

—Se encuentran ahí fuera, avanzando por un camino que hay por la parte posterior del palacio, entre éste y los jardines. Se han procurado los servicios del guía más anciano, el cual está sordo y ciego prácticamente. ¡Por el amor de Dios, *viejo!* Meta usted mano a esto si quiere evitar que nos quedemos encerrados aquí dentro.

Sir Henry Merrivale tuvo que sufrir un grave atentado contra su dignidad pacientemente. Poco menos que a rastras, cruzó una arcada y otro patio, al final del cual lograron ver los últimos destellos de la luz del día.

Se detuvieron. Frente a ellos se extendían los inmensos jardines. En los cuidados macizos de flores éstas perdían paulatinamente color. Mirando hacia su izquierda, Tom descubrió el camino a que Lamoreux había aludido. Era amplio y se hallaba cubierto con una capa de fina gravilla.

Cinco personas, con sus espaldas vueltas hacia los tres hombres, caminaban por allí, a un centenar de metros de distancia, aproximadamente. Pese a la, oscuridad, Lockwood identificó a los componentes del grupo uno tras otro.

En primer lugar, a la izquierda, caminaba con cierta vacilación un viejo guía, de uniforme. Seguía al hombre, con mucha viveza en los movimientos, tía Hester. Jenny, nerviosa, avanzaba entre Margot, que siempre estaba riendo (pasos de danza), y tío Fred, muy rígido (pasos marciales).

—Bien —susurró Tom—. ¿Qué hacemos ahora?

—Yo sé qué podríamos hacer —manifestó Lamoreux.

—¿Ah, sí? —preguntó sir Henry burlón.

—En efecto. Con esta luz, esa gente no puede reconocernos. Si nos lanzamos tras ellos, manteniéndonos a prudente distancia, nos tomarán por otro privilegiado grupo de turistas. Lo que propongo es factible siempre y cuando haya uno entre nosotros que se comprometa a desempeñar fielmente el papel de guía.

La idea excitó en seguida la poderosa imaginación de sir Henry.

—¡Hum! —dijo, golpeándose el pecho expresivamente—. Ése soy yo.

Lamoreux hizo un gesto de duda.

—No hay inconveniente, viejo. Usted es el jefe. Sin embargo... ¿seguro que conoce los detalles históricos del recinto en que nos encontramos?

—¿Qué? ¿Que si conozco...? —Merrivale se sintió ofendido—. El palacio de Hampton Court —resopló, sin apartar la mirada de Lamoreux—, comenzado a construir por orden del cardenal Wolsey en el año 1515, fue arrebatado a este digno prelado por aquel camero de Enrique VIII, cuyas esposas...

—¡Silencio, viejo!

—¿Soy o no soy un guía? —inquirió Merrivale engreído.

—Lo es, lo es —contestó Tom secamente—. Puedo ver a Jenny, ¿eh? Ahora no les será posible causarle ningún daño. Vamos.

Echaron a andar. Tom Lockwood caminaba entre Lamoreux y sir Henry.

Reinaba un silencio tan grande que podían percibir los rumores de los pasos de quienes les precedían. Hacía una noche cálida, primaveral. Flotaba en el ambiente el delicioso y natural perfume desprendido de los céspedes y plantas, de los espesos follajes de los árboles. ¿Quién hubiera osado afirmar que la muerte caminaba con ellos a lo largo del amplio camino, aproximándose más y más a cada paso que daban?

Tom Lockwood, por supuesto, ignoraba esto. No obstante, presentía un peligro. No apartaba la mirada de Jenny. Temía que desapareciera de pronto de su vista. Las sacudidas que experimentaban sus nervios recordaban los movimientos de un pez vivo en tierra firme.

El muchacho dio un salto cuando una potente voz lo apartó bruscamente de sus pensamientos...

—A nuestra derecha —tronó Merrivale—, tenemos los famosos jardines de Hampton Court, primeramente tendidos por Guillermo III y terminados en el año 1734.

—¡Por Dios, sir Henry! —susurró Tom—. Guillermo III murió en 1702.

Merrivale se volvió hacia él con los puños clavados en las caderas.

—¿Es que crees que ignoraba ese dato, estúpido? —resopló—. ¿He dicho yo acaso que ese monarca los acabara? Indiqué únicamente que los había tendido, u ordenado tender, que eso ya se sobreentiende, lo mismo exactamente que haré contigo si no te callas de una vez, si persistes en interrumpir mi conferencia.

—¡Viejo! ¡Más piano! ¡Válgame Dios! ¡Esa gente acabará oyéndonos!

Pero, fueran cuales fueran los planes de Merrivale —y Tom sabía que no hacía las cosas a tontas y a locas—, la verdad era que el daño estaba hecho. Cinco personas, simples sombras a la luz del crepúsculo, giraron en redondo, mirándose.

Del grupo se destacó, con la cabeza muy erguida, tía Hester. Cubrió la distancia que la separaba de los recién llegados, mirando a sir Henry descaradamente.

—¿Usted no es Merrivale? —preguntó fríamente.

—A nuestra izquierda —tornó a resoplar el gran hombre—, podemos ver el célebre campo de tenis. Este juego, que originalmente se jugaba con una pelota de madera, fue ideado con el laudable propósito de saltarle un ojo a alguien, objetivo que ha sido conseguido en innumerables ocasiones. Un partido famoso...

—¿Quiere usted hacerme el favor de responder a mi pregunta? —solicitó tía Hester—. ¿Quién le ha autorizado a usted a permanecer en este lugar después de las horas fijadas reglamentariamente como de visita general para el público?

Merrivale correspondió a tales palabras con una perversa mirada.

—Me ha autorizado sir Hugh Rossiter... la misma persona que a usted. Si le telefonea podrá comprobar que no miento.

Como sir Henry conocía a todo el mundo, aquello podía ser estimado posible. Tía Hester dio de lado su reto. Además, ella sentía mayor interés por otro componente del grupo.

—Me parece que con anterioridad tuve ocasión de conocer a uno de ustedes. Señor Lockwood: desearía charlar unos momentos con usted de veras.

—Hable.

—Usted raptó a mi sobrina ayer, devolviéndonosla sana y salva posteriormente. Ahora bien, la pobre Jenny no ha parado de decir tonterías, insensateces...

—¿Qué me dice?

—Es absurdo, pero esa muchacha cree a pies juntillas que se encuentra enamorada de usted...

—¿No me engaña?

Tom perdió la cabeza. Levantando la voz, añadió:

—¡Jenny! ¡Jenny! ¿Me amas?

La chica miró hacia ellos, en las sombras.

—¡Sí! —respondió.

—¿Querrás casarte conmigo?

—¡Sí!

Hubo un silencio.

—Muy bien —dijo sir Henry Merrivale, sumamente complacido—. Puesto que

todo ha quedado arreglado...

—¡Eh! —medió Lamoreux en un tono de voz desconocido para Tom Lockwood—. Si esa es la costumbre de la gente en Inglaterra cuando desean prometerse habrá que reconocer que son personas tan expeditivas como sus mayores, Y el matrimonio, ¿qué?, ¿se efectúa luego por teléfono, por ejemplo?

Tía Hester no se sentía divertida, no, en absoluto. Los afeites parecían haberse despegado de su pálida faz. Veíasele alerta sonriente y... peligrosa.

—¡Qué interesante! —exclamó, echándose a reír—. Este asunto despertará el interés del tutor de mi sobrina y también de su novio, del hombre a quien se encuentra prometida —tía Hester miró de reojo brevemente a no se podía saber quien—. Dígame, señor Lockwood: ¿Cuáles son sus ingresos anuales?

Tom clavó la mirada en el suelo.

—Pues... yo no quiero...

—¡Vamos, vamos, señor Lockwood! —apremió tía Hester con fingida dulzura—. Usted es reportero del *Record*, todos lo sabemos. ¿Qué gana usted anualmente?

—Díselo, hijo —ordenó Merrivale.

—¡De acuerdo! —manifestó Lockwood, levantando la cabeza—. Deducidos determinados impuestos personales, debo de percibir, aproximadamente, doce mil libras por año...

—Doce... mil...

—Esa cantidad no es que la gano yo —saltó Tom—. Son los intereses del capital que mi madre me dejó. Hasta ahora he publicado una sola novela, la cual no ha tenido éxito. Pasando ayer por Ludgate Hill iba pensando en abandonar mi trabajo actual para dedicarme de lleno a escribir. Es lo que haré cuando Jenny y yo nos casemos. He aquí la razón de que te dijera, Steve, que quizás pudieras hacerte con un jefe mejor... Ocuparás mi puesto, que seguramente te servirán en bandeja. Claro, yo no he pensado un momento en el dinero de Jenny, que me tiene sin cuidado. ¡Ojalá no tuviera un solo penique a su nombre!

—¡Pero qué fantástico...! —comenzó a decir tía Hester.

De repente, se quedó muda.

Sir Henry Merrivale acababa de alargar el cuello hacia ella, dispensándole una mirada que no hubiera podido compararse en modo alguno con la de Satanás en un momento de furia.

—Señora: usted no tiene nada que ver con nosotros, así que, para decírselo de un modo gráfico, suelte de una vez el anzuelo.

—Me niego decididamente...

Merrivale extendió un dedo... Casi llegó a tocar con él la punta de la nariz a tía Hester.

—Señora: ¿va a irse voluntariamente? ¿O prefiere verse de pronto sentada en uno de los hermosos macizos de flores del rey Guillermo?

Tía Hester optó por obedecer. Ante aquella centelleante mirada, capaz de obligar

a los ángeles de la luz a retirarse para enmendar sus suposiciones, ¿qué otra cosa hubiera podido intentar?

Apretó el paso en dirección a su grupo, poniéndose en seguida a hablar animadamente. Todos sus acompañantes echaron a andar entonces, más de prisa que antes. Jenny pareció objetar algo violentamente, pero Margot la cogió del brazo, forzándole a seguirles.

Tom Lockwood, un joven perfectamente constituido, de buenos músculos, inclinábase por ir hacia el grupo e iniciar una riña. Sus compañeros se lo impidieron.

—¡Cálmate, hijito! —le dijo sir Henry—. No ha llegado el momento de entrar en acción todavía. Los tenemos a la vista. ¿No ves que no pueden escaparse?

—He observado, viejo —dijo Lamoreux—, que ha empezado usted a vociferar diciendo no sé qué cosas acerca de los macizos de flores de Hampton Court y las pelotas de tenis, gracias a lo cual esa señora se ha vuelto, terminando por acercarse a nosotros. ¿Con qué fin ha procedido así?

—Pues... —sir Henry adoptó una actitud humilde—. Quería saber si una persona determinada conocía a otra... ¿Está claro?

—No. No lo está.

—Es lo mismo. Lo cierto es que esa chica me ha causado pocas preocupaciones. Además, tengo que decirle otra vez: no podemos perder de vista al grupo.

Lamoreux se detuvo de pronto.

—¡Se equivoca usted, viejo! ¿Dónde están ahora? ¡Han desaparecido!

Aquello era verdad...

Más allá de los jardines y de la alargada masa del palacio la carretera se hallaba rodeada de altos árboles, de oscuros y espectrales follajes. Cinco personas acababan de desaparecer de la amplia ruta.

—Usted, sir Henry —dijo Tora, cogiendo a su compañero por un brazo—, parece conocer al dedillo Hampton Court. ¿A dónde conduce este camino?

—¡Un momento! Conduce a una de las entradas principales: a la Puerta de los Leones. Sin embargo, si giras hacia la izquierda, antes de llegar a aquélla verás un amplio espacio en el que se encuentra el laberinto...

—¡El laberinto! —exclamó Tom, súbitamente atemorizado—. ¡Hay que correr!

Pese a su tremendo corpachón, sir Henry Merrivale corrió también. Y eso que le desagradaba profundamente aquella clase de ejercicio. Levantando la barbilla, como para hender el aire y disminuir su resistencia, avanzó con idéntica rapidez que sus acompañantes.

Ciento veinte metros más lejos descubrieron una débil luz. Luego venía una alameda, hacia la izquierda. Finalmente se encontraron en un espacio de terreno despejado, deteniéndose.

Por vez primera oyeron la voz apagada, ronca, del viejo guía.

—Bueno, supongo que dada la hora que es no pretenderán aventurarse por el laberinto, ¿verdad? —inquirió el hombre en un tono que resultaba más bien de

súplica—. Aquél no es muy difícil, ni tampoco hemos pretendido nosotros que lo sea. Todos prueban a la luz del día. No creo que de noche le divierta hacer un intento, señorita.

—Se equivoca —contestó Jenny—. He leído muchas cosas a lo largo de mi vida acerca del laberinto de Hampton Court. Me pasaría algo si me marchase de aquí sin internarme en él, sin explorarlo. ¿Quiere usted prestarme su linterna eléctrica?

En el claro había una choza o pequeño pabellón, evidentemente utilizado por alguien como residencia. Al lado de la casucha se veía un poste, en cuya punta lanzaba modestos destellos una bombilla corriente, impregnada de polvo.

El famoso laberinto quedaba algo apartado del pabellón. Era de forma oval, superando en poco la altura normal de un hombre. Verdes plantas un tanto descuidadamente recortadas delimitaban las callejas. Alternaban en el lugar sombras y luces, dando la impresión de ser más bien el tablado de un teatro que una secreta y maligna trampa.

La entrada debía de estar en el lado opuesto, porque todos los componentes del grupo se habían congregado allí. Margot no paraba de dar saltitos de gozo.

—¿Me dejarás entrar a mí también, mamá? —chilló—. ¿Me dejarás entrar?

—No, nada de eso —respondió tía Hester, severa—. Después, quizás, si Jennifer...

—Yo diría que habéis perdido el conocimiento —gruñó tío Fred, bajo su canoso y denso mostacho, poblado de canas.

—Por favor, ¿me deja su linterna eléctrica? —preguntó Jenny en un tono de voz al cual ningún hombre hubiera sabido resistirse.

—Está bien —murmuró el guía—. Aquí tiene la linterna eléctrica. Si se pierde en el laberinto me subiré a la escalera de tijera que hay junto a la entrada, al objeto de darle las instrucciones precisas para que pueda salir... Esto es, en el caso de que se extravíe.

—Allá voy entonces.

—¡Jenny! ¡Espera! ¡Voy contigo! —gritó Tom.

La chica no llegó a oír las palabras de Lockwood. Éste percibió el débil crujido de una pequeña puerta y el roce sin interrupción del cuerpo de Jenny contra las paredes del laberinto.

Tom dio un salto. Instantáneamente, sir Henry Merrivale le echó los brazos por encima, obligándole a retroceder.

—No, hijo, no —murmuró el gran hombre junto a su oído, con voz profunda, que sobresaltó al muchacho—. Tú no vas a entrar en ese laberinto.

—¿Por qué no he de entrar?

—¿Qué persona crees que es la que más me ha preocupado hasta ahora aparte de Jenny? ¡Tú, sencillamente!

—¿Se ha vuelto loco?

—No me he vuelto loco. Y tú no penetrarás en ese laberinto.

Lockwood levantó los hombros repentinamente, dando luego una especie de tirón. La poderosa tenaza de Merrivale no sirvió de nada.

—Lo siento, sir Henry. Penetraré en el laberinto, cosa que ni usted ni nadie logrará impedir.

Tom cruzó la zona despejada cubierta de gravilla, dando el rodeo necesario para acercarse a la entrada. Observó la asustada faz de tío Fred, quien se entretenía haciendo oscilar mi bastón amarillo. Su esposa se mantenía inmóvil, con los labios apretados. La linda y traviesa Margot se escabullía en otra dirección.

El guía se había subido ya a la escalera de tijera que había junto a la entrada. Tom abrió violentamente la pequeña puerta, torció a un lado, nada más internarse en el laberinto, e intentó correr.

Era imposible.

Los «muros» de aquél estaban a tan poca distancia entre sí que algunas ramitas le pinchaban en el rostro. La oscuridad era relativa... La sucia bombilla de las inmediaciones arrojaba una luz difusa que más bien entorpecía la visión, dando a las sombras fantasmales aspectos.

¡Con calma, con calma!

Tom se detuvo en una de las vueltas. Tentó pacientemente por la izquierda del sitio en que estaba y descubrió el fino muro de curvado alambre fijo, situado a la altura de su cintura. Recordó haber oído afirmar que en aquel laberinto era preciso girar siempre hacia la izquierda. Comenzó entonces a proceder así a medida que avanzaba.

En aquel momento vio el foco de la linterna eléctrica de Jenny. Después aquél tomó a desvanecerse, para mostrarse en seguida...

—¡Jenny! —gritó—. ¡Espérame! ¡Soy Tom!

—¡Tom! ¡Querido! —Su voz se filtraba por las paredes más bien que saltar por encima de ellas—. ¿Dónde estás?

—No lo sé. ¿Y tú?

—Muy cerca del centro del laberinto, creo.

—Párate donde estés, entonces. ¡Déjame alcanzarte!

—¡Oh, no! —replicó Jenny, en serio—. En cuanto llegue al centro apagaré la linterna. Después tendrás que encontrarme, momento en que espero oír de tus labios algo especial. Espero que me digas, por ejemplo cuanto me quieres.

—¡Jenny! ¡Aguarda, Jenny!

Pero la mariposa de luz que era el foco desapareció de su vista. Tom oyó un rumor: el de sus apresurados pasos. Transcurrieron segundos y entonces llegó a sus oídos un grito de placer. Evidentemente, ella acababa de alcanzar la meta que se fijara. La luz de la linterna se desvaneció definitivamente.

Lockwood siguió avanzando, ahora con más lentitud, con mayor cuidado. La bombilla del poste quedaba ahora tan distante que apenas servía de nada. El muchacho no sabía dónde se encontraba. Sentíase como cercado. No resultaba nada

agradable estar allí dentro, solo...

Hizo un alto, escuchando.

Alguien lo seguía.

Alguien de una corpulencia y peso aproximados al suyo marchaba sobre sus pasos... ¿Con qué propósito? Tom echó a correr y se detuvo. Su «sombra» corrió también y se paró de pronto. Lockwood corrió nuevamente. Las vacilaciones, no iban a atormentarle mucho tiempo...

Una sombra, en aquella semioscuridad, le hizo mirar a su espalda. Vio surgir una silueta humana... La lejana luz del poste se reflejó una fracción de segundo en la hoja de acero de un puñal, al ser levantado éste por el atacante, abatiéndolo a continuación.

Tom se salvó de morir apuñalado por la espalda, como cayera el ventrílocuo Johnson, gracias a que el paraje se hallaba pésimamente iluminado, lo que determinó antes que otro factor el fallo del asesino. La hoja del puñal desgarró la tela del gabán del joven sobre su hombro. El atacante se lanzó de cabeza contra su oponente, chocando con Lockwood, quien cayó al suelo, quedando tendido en éste cuán largo era.

Alguien gritó...

Oyóse un rumor de ramas quebradas. Tom logró ahora descargar un fuerte rechazazo sobre el rostro de su enemigo, partiéndole un pómulo. La cara de aquel individuo se llenó de sangre.

Tornaron a enfrentarse. Eran dos formas confusas que se movían en una de las estrechas callejas del laberinto.

Ninguno de los dos conocía las reglas del boxeo. Actuaban impulsados por la ira, movidos por una sola ansia: matar.

Cuando el otro volvió a empuñar el arma para asestar un golpe con más probabilidades de éxito, Tom le propinó una formidable patada en la ingle. El atacante gimió, doblando el cuerpo, cayéndosele el puñal de las manos. Percibióse un tintineo... Lockwood golpeó a su contrincante sin piedad.

Este último se irguió súbitamente, blandiendo ambos puños. Tom le alcanzó dos veces en el vientre, con la derecha y con la izquierda. Seguidamente le llegó el turno a la mandíbula del desconocido... La intentona, sin embargo, no le salió bien. Mejor, quizás, porque de no haber sido así el joven se hubiera deshecho la mano.

La oreja izquierda del hombre no tuvo tanta suerte. El cerebro pareció paralizársele y las piernas se le doblaron. El desconocido retrocedió, cayendo al suelo aparatosamente.

«Para estar donde estamos», pensó Tom, «hemos dispuesto de mucho espacio».

Había una razón que explicaba la aparente anomalía. Se hallaban muy cerca de la entrada del centro del laberinto. Por vez primera, a lo largo de unos minutos que se le antojaron interminables, Lockwood escuchó un rumor de voces. Alguien se movía por las inmediaciones.

A su espalda, descubrid el haz luminoso de una linterna. Y luego el rostro de sir Henry Merrivale, animado por una maligna expresión. A continuación, Jenny encendió también su linterna.

Los dos focos convergieron en el hombre que yacía en el suelo, boca arriba. Había cerrado los ojos y respiraba roncamente. Tenía la cara cubierta de sangre.

Jenny se puso tan pálida, volvió la cabeza hacia otro lado tan de súbito que Tom pensó que iba a caer al suelo desmayada.

Pero... No. No podía creerlo...

—¡Es imposible! —exclamó señalando al individuo con quien estuviera luchando—. ¡Se trata de Steve Lamoreux, el reportero!

—*Te equivocas, hijito* —contestó sir Henry—. *El que tienes delante es el propio Armand de Senneville.*

\* \* \*

—¿Explicaciones? —pregunto Merrivale, sorprendido y desilusionado a un tiempo—. ¡No me salgáis ahora con que necesitáis que os las dé!

Jenny y Ton se hallaban sentados al final del día siguiente junto a la mesa de trabajo del gran hombre, intentando convencerlo de que precisaban ciertas aclaraciones.

Sir Henry suspiró.

—Conociendo como conocías a tu antiguo prometido, muñeca, debieras haber tenido en cuenta determinadas singularidades de su carácter y modales. Armand de Senneville intentó evitar que te trasladaras a este país. No pudo impedir el viaje: la palabra de su padre era ley. Tenía bien presente que en Francia tú habías llevado una existencia retraída... Sospechaba, como le comunicó a tu tía Hester, que te enamorarías del primer inglés de buena presencia y con simpatía natural que fuese capaz de hacerte sonreír, un hombre, en fin, que no pensase que en la vida lo es todo la corrección y la seriedad. Esto mismo fue precisamente lo que sucedió.

»A continuación, De Senneville no tuvo más que cortarse el pelo al rape, casi, tintárselo de castaño, cambiar de indumentaria y presentarse como un reportero francés-canadiense de plantilla en uno de los periódicos que poseía.

—Pero es que Armand —objetó Jenny—, ¡no habla inglés!

—¿No? Eso es lo que él te dijo, muñeca. Como ya expliqué a Tom, ese individuo estuvo agregado durante cuatro años al ejército americano como oficial de enlace. ¡Ya lo creo que se encontraba en condiciones de hablar inglés! Efectivamente, su oído era excelente. Hablaba un americano perfecto. Veíase obligado a desempeñar el papel de un francés-canadiense para justificar su dominio de ambos idiomas.

Los ojos de Jenny se llenaron, a su pesar, de lágrimas.

—Con todo, no acierto a comprender la conducta de Armand. Si lo que él pretendía era que los hombres se mantuviesen alejados de mí, ¿por qué no decir que

sabía inglés, uniéndose inmediatamente al grupo?

—¿No comprendes eso, muñeca? ¡Pero si es la clave de su carácter!

—¿Por qué la clave?

—De Senneville era un tipo orgulloso, sumamente altivo y desdeñoso. No quería menospreciarse públicamente demostrando que se sentía inquieto. Jamás admitiría que podía haber en el mundo un hombre capaz de arrebatarle algo al gran Armand.

»Escucha esto, muñeca: ¡él nunca se propuso matarte! Tampoco pensaba en tal cosa tu tía Hester. No querían más que asustarte hasta el punto de que decidieras inmediatamente el regreso a Francia. ¿No recuerdas lo que tú misma dijiste, en este despacho precisamente? Yo te había preguntado: “¿Piensas todavía seguir con tu tía?”. Y tú me respondiste: “No. ¿Y qué otra cosa puedo hacer aparte de emprender viaje de vuelta a París?”. ¿Te das cuenta ya?».

—Entonces, con el exclusivo fin de conseguir mi dote, este hombre...

—Armand de Senneville quería tu dinero a toda costa —explicó sir Henry, grave—. Sin embargo, hacia el final de su aventura había algo más... La terrible lucha en el laberinto fue otra cosa. Seguramente, olvidó entonces todo interés material. Yo creo que, a su manera, muy extraña, eso sí, él había llegado a enamorarse de ti, muñeca.

Los ojos de Jenny se enturbiaron. Intervino Tom.

—¿Qué me dice usted del incidente de la habitación de Jenny, perfectamente cerrada por dentro? La válvula del gas fue abierta en el calefactor pese a dicha circunstancia...

Sir Henry suspiró, haciendo un gesto de cansancio.

—Sí. Será mejor que os explique eso también. Ese dormitorio me reveló toda la verdad de la historia antes incluso de que supiera quien estaba tras ella.

»En la famosa noche que podría llamarse «del terror» —añadió Merrivale señalando a Jenny—, tú encontraste entre los pliegues de tu servilleta, a la hora de la cena, una nota que rezaba: «Morirás esta noche, Jennifer». ¿Estamos?

—¿Quién la escribió? —quiso saber Lockwood.

—Tía Hester —respondió sir Henry, sencillamente—. Su figura ha encerrado desde el principio escaso misterio. Sus palabras y acciones fueron siempre muy expresivas. Era el personaje dominante en el seno de la familia, la única mujer con cuya colaboración contaba De Senneville, por haberla sobornado oportunamente.

»Después de la cena —prosiguió diciendo Merrivale, sin dejar de apuntar con el dedo a Jennifer—, tú te marchaste al dormitorio que te habían asignado. Eran poco más de las once de la noche. Una de las ventanas, que habías dejado cerrada, te la encontraste entonces abierta. ¿De acuerdo?

—Sí —respondió Jennifer, estremeciéndose.

—Volviste a cerrarla, echando el pasador. No necesitaste tocar el calefactor de gas, ni siquiera acercarte a él. Poco después de las once te acuestas, quedándote dormida en seguida. La próxima cosa que habías de notar es la llamada de Margot a

la puerta de la habitación, a las seis de la mañana. Una misteriosa voz «americana» inquiere: «¿Qué pasa?»... Ellos dan la vuelta a la casa, en dirección a la ventana, recogiendo a tío Fred por el camino. Éste último rompe uno de los cristales. El misterioso «americano», a quien no puedes ver, se abalanza sobre él calefactor de gas, exclamando: «¡Pero si está la válvula abierta!». A continuación, aparentemente, la cierra. ¿De acuerdo de nuevo?

—Sí, sí.

Merrivale movió la cabeza, dubitativamente.

—Fuera quien fuera el *americano*, debía de tratarse del hombre que movía los hilos en aquel tinglado... Acababa de mentir. La válvula no podía haber estado abierta.

—¿Por qué?

—Porque entonces tú hubieras muerto —aclaró sir Henry—. Supongamos que alguien, a cualquier hora de la madrugada, se hubiera deslizado en el interior del dormitorio, llevando a cabo la citada maniobra. Lo mismo da que fuese a una hora que a otra. Digamos que fue ya tarde; remontémosnos, por ejemplo, apurando mucho la cosa, a las cinco de la mañana. Ahora bien, no existe una sola persona en el mundo capaz de respirar por espacio de sesenta minutos dentro de un cuarto no ventilado. En consecuencia, te dirigí una pregunta para cerciorarme de que yo no pensaba mal...

—¿Qué pregunta?

—¡Ay, muñeca! Tú pudiste señalar hasta los más leves ruidos pesé a hallarte semiinconsciente. No oíste, en cambio, el que produce el gas al salir tras haber sido abierta la válvula por completo, que constituye una imitación a pequeña escala del soplido del huracán. Eso es todo.

—Entonces... —murmuró Jenny, que parecía por fin ver claro.

—¡Sí! Poco antes de que tú te retiraras a tu habitación, Armand de Senneville, alias Steve Lamoreux, penetró en aquélla, abriendo levísimamente la válvula del gas en el calefactor, muy poco, muy poco, hasta el extremo de que era imposible que se advirtiera. Luego salió, dejando la ventana abierta para que la habitación estuviera bien ventilada.

»Entraste tú y procediste a cerrar aquélla. ¡Bien! ¿Qué sucede normalmente en las habitaciones espaciales, como la que ocupabas, cuando hay una filtración ligerísima de gas? No lo puedes oír; no lo puedes oler hasta que transcurre aproximadamente una hora. Durante seis horas, el dormitorio se va llenando lentamente de gas. Cuando esa gente se acerca a ti te encontrabas en el estado que yo hubiera previsto, naturalmente.

»Armand de Senneville te acechaba, desde luego. Había hecho sus cálculos, como siempre. Ahora, sin embargo, se exponía mucho...

»Tuvo que tropezar con Margot. Le fue imposible evitarlo. Pero tu prima es bastante estúpida y, además, se hallaba tan excitada que no se le ocurrió preguntarse en ningún momento que hacía aquel individuo por allí. Tío Fred apenas advirtió su

presencia. Más adelante a tía Hester le costaría poco trabajo decirles, si se presentaba el caso, que habían estado soñando. Ella era la única persona que conocía a Armand de vista... A esto ha quedado reducido el “milagro” de la habitación herméticamente cerrada...».

—¿Y ya no hay más? —preguntó Jenny.

—¿Qué más deseabas?

—¡Qué desilusión! —exclamó repentinamente Jenny, descargando sus menudos puños sobre sus rodillas—. Desde el comienzo había considerado el episodio un auténtico milagro. Pensé en un problema que carecía de solución. Y luego usted me demuestra que es algo tan sencillo como ponerse a comer rosquillas. Sir Henry Merrivale: ¡lo odio a usted con toda mi alma!

Es mejor prescindir de la descripción correspondiente al siguiente comportamiento del gran hombre, con su atormentado rostro, con sus apasionadas apelaciones al cielo...

—De manera que esa es tu forma de darme las gracias, ¿eh? Desgraciadamente, esto me ocurre con frecuencia. La gente se presenta en mi despacho para contarme algo. «Es un milagro», me suelen decir. Yo sostengo lo contrario, poniendo más adelante las cartas boca arriba. Seguidamente, los que vinieron en mi busca tan apurados inquieran: «¿Y eso es todo?».

Transcurrió media hora antes de que logaran calmarlo.

—Está bien —dijo sir Henry, mirando rencorosamente a Jenny—. Me abstendré de declarar lo que pienso de alguna gente. Os relataré lo que sucedió posteriormente y lo tiró todo por tierra. Tía Hester tenía que llevar a su asustada sobrina a la catedral de San Pablo, donde habría de actuar el ventrílocuo alquilado por Armand.

»Pero... Steve Lamoreux, sentado en el coche, tal como explicó, te vio bajar corriendo las escaleras del templo, cayendo en brazos de Tom Lockwood. Cuando entrasteis en el bar, él se apostó tras el mamparo divisorio después de entrar en el establecimiento por la parte posterior. Oyó precisamente lo que más había estado temiendo... Os estabais enamorando uno del otro».

—No se equivocaba, si es que pensó eso —declaró Jenny.

—Lo mismo creo yo —aseguró Tom.

—Cállate —ordenó severamente el gran hombre—. A «Steve Lamoreux» sé le ofrecían diversas rutas a seguir. Eligió la mejor, que consistía en ganarse la confianza de Tom Lockwood y permanecer cerca de él. Así pues, deliberadamente, envió a Jenny a este despacho, figurándose el muy necio que yo jamás llegaría a descubrir su plan.

»Tras el episodio del bar, en el que actuó como destacado personaje tía Hester —agregó Merrivale, mirando a Tom—, entró aquí y refirió su historia. Conquistó algo más que tu confianza, hijo: se ganó tu amistad.

—En efecto —reconoció Tom, bajando la vista.

—Desde luego, él no podía acompañarte cuando tú viniste a este despacho.

Admitió que la joven Jenny no debió verlo. Resulta fácil de adivinar lo que hizo... Te siguió, deambulando por la avenida de Horse Guards. ¿Sabes? Me parece recordar todavía su faz cuando los tres nos acomodábamos apresuradamente en aquel coche de la policía, dando las señas de la casa en que habitaba el ventrículo que contratara.

»Llegó a su domicilio cincuenta segundos antes que nosotros. Lo más probable es que le pusiera delante de las narices a cualquier taxista unos cuantos billetes. Entró en la casa por la puerta de servicio, atacó al desventurado ventrílocuo con la misma rapidez que un reptil, y salió por el mismo sitio mientras el cadáver de Johnson rodaba aparatosamente por las escaleras de la fachada.

»Éste fue un acontecimiento decisivo. Como ya dije, el aspecto del asunto cambió radicalmente.

»De los incidentes del calefactor de gas y la galería de los susurros deduje que nadie se proponía matar a Jenny. Alguien intentaba asustarla con objeto de que ella, cansada ya, tomase el primer avión que saliese para París.

»Me pregunté: «¿Quién puede estar interesado en alcanzar tal metal, en colaboración con tía Hester?». Y también qué había sobre aquel «americano» o «canadiense» que, inexplicablemente, se presentaba en escena... Todo el mundo prometía justificar su aparición, pero nadie lo hizo.

Sir Henry dejó encima de la mesa las gafas, mirando atentamente a Jenny.

—¿Ves ya por qué me hallaba yo tan empeñado en que volvieras a casa de tu tía aquella noche? No peligraba tu vida, realmente. Además, no era probable que entonces alguien se atreviese a hacerte una jugarreta. De ir a suceder algo, todo pasaría en el transcurso de la visita a Hompton Court, a realizar al día siguiente... Tu tía Hester se mostró muy insistente. Deseaba llevarte allí a toda costa.

»Yo podía visitar también el lugar e impedir que fuera consumada cualquier acción sospechosa. Y, sin embargo, ¡maldita sea!, faltó poco para que se me hiciera tarde.

Sir Henry se volvió ahora hacia Tom.

—¿No observaste la expresión del rostro de «Steve Lamoreux» cuando preguntaste a esta muchacha, a voz en grito, si deseaba casarse contigo, contestándote ella afirmativamente?

—No. Pero oí las palabras de él, pronunciadas con una inflexión especial, para mí desconocida en «Steve».

—Perfectamente. ¿Y tampoco viste su faz cuando resultó que tú eras un hombre adinerado, por lo cual nadie podría acusarte ya de cazador de dotes?

—¡Sí! Estaba muy pálido; su gesto era el de un hombre presa de una tremenda depresión. Claro que entonces yo pensé que...

—Iba armado en aquellos momentos. Había tomado esta precaución. Debí de ser en estos instantes cuando decidió matarte...

Jenny se llevó ambas manos a la cara, mirando hacia, otro lado.

—¡Yo era el villano provisional de la farsa! —dijo sir Henry—. Después de

asignarme el papel de guía quise ver cómo se conduciría tía Hester al enfrentarse con Steve Lamoreux. Se portó magníficamente, pero no pudo evitar una mirada de reojo al mencionar el prometido de Jenny.

»Fue una preocupación tonta la mía, lo reconozco... Sí; por el hecho de haber llegado yo a conclusiones claras en relación con la historia planteada. Aquel mismo día —por haber actuado Armand de Senneville en las filas yanquis, en calidad de agregado—, me había procurado su expediente personal, viendo con tal motivo su fotografía. Para remarcar el clavo, «Steve Lamoreux» tuvo el valor de meterse en este despacho y soltarme su cuento.

»De no haber estado yo al cabo de la calle, él mismo se habría delatado. Fumaba cigarrillos de tabaco rubio, francés, utilizando un encendedor de mecha. En los momentos en que se hallaba excitado, automáticamente, acercaba o apartaba, indiferente, la mecha de su nariz...

—Sí —declaró Tom—. Yo lo vi en varias ocasiones hacer eso. Pero, bueno, ¿qué de particular tiene?

—¡Ay, hijito! Él alegaba haber permanecido en Francia solamente seis meses...

—¡Es lo que a mí me dijo!

—No hay forastero que con sólo seis meses de estancia en dicho país se acostumbre al encendedor de mecha, que nuestro hombre en tiempo de guerra vio utilizar frecuentemente en la región en que prestó servicio, juzgando aquél un detalle que redondearía su disfraz. Además, yo tuve ocasión de recibir en mi lugar de trabajo habitual, este en que nos hallamos, un francés que hablaba un yanqui exquisito.

»Tú, Tom, eras quien corrías peligro verdaderamente. De haber sabido yo de antemano que ibas a pasar la noche rondando la casa de Jenny en compañía de Armand de Senneville, me hubiera dado un ataque. Repito: atacó al pobre Johnson con la rapidez de un reptil, matándole. ¿Por qué? No quería que su amada se enterase de que era él quien intentaba sacarla de quicio. Se exponía, naturalmente, a perderla.

»Finalmente, vino lo de anoche, en Hampton Court... No sé qué se traían entre manos De Senneville y tía Hester. No había tiempo. Hice lo posible por que no te adentraras en el laberinto. ¿Es que no me viste buscar con la mirada a mi alrededor? ¿Es que no notaste que Lamoreux se había desvanecido allí?

»Por fin te saliste con la tuya, escapando de mis manos como una tromba... Lo más seguro es que De Senneville saltara por encima de una de las paredes exteriores del laberinto, puesto que no lo vi entrar, dedicándose entonces a localizarte. Con vuestra terrible pelea bajamos el telón...

Hubo una larga pausa. Tom se aclaró la garganta.

—¿Qué le pasará a ese hombre, sir Henry?

—¡Oh! No se ha podido probar que matara a Johnson... todavía. Entretanto, tendrá que hacer frente a dos acusaciones por intento de asesinato, mediante gas y arma blanca. De Senneville, hijito, acabará consiguiendo lo que se merece: la horca.

Jenny se puso en pie de pronto, temblorosa. Tom la abrazó, reteniéndola

cariñosamente.

—¿Qué te ocurre, querida Jenny? No tienes que temer nada ya.

—Sí, ya lo sé, Tom, pero eso será siempre que te tenga a mi lado... ¡y como en este preciso momento!

Por vez primera en su vida, sir Henry Merrivale no puso el grito en el cielo al escuchar unas frases tan tiernas entre las paredes de su despacho. Lenta, sombríamente, abandonó su sillón, plantándose frente a una de las ventanas. Allí, con las manos cogidas a la espalda, quedóse inmediatamente abstraído, contemplando la línea majestuosa del Támesis y el imponente panorama urbano londinense.

**FIN**



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

# Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo I de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Con guantes de acero*, *Sangre en el espejo de la reina*, *Los crímenes de la viuda roja*, *Los crímenes del unicornio* y *La Policía está invitada*. <<